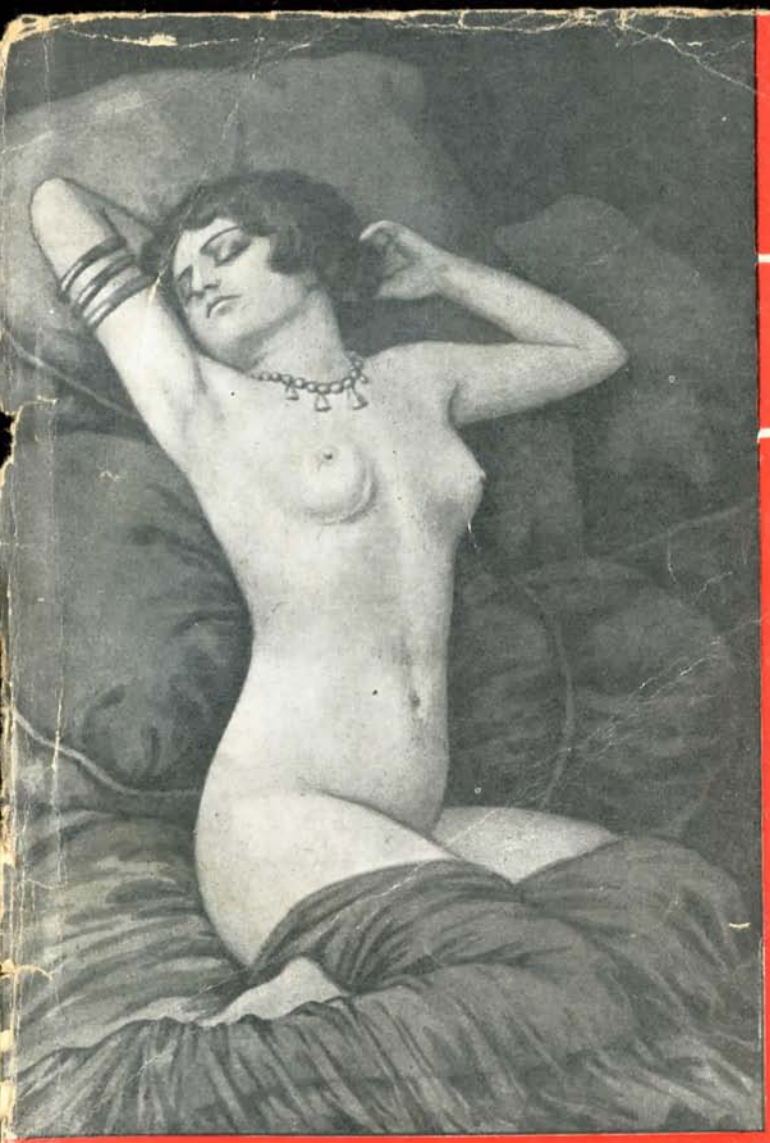


TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

[illegible] peseta

la intensidad del placer

A consecuencia del aumento de precio que han experimentado los trabajos de artes gráficas—imprenta, encuadernación, fotograbado—desde primero de año, nos resulta insostenible, a pesar de la gran tirada que un éxito excepcional ha proporcionado a esta publicación, el precio a que actualmente se vende.

Por consecuencia, nos vemos precisados a elevar también nuestro precio—desde el número 9—a **1,25 pesetas**, lo que todavía constituye un verdadero alarde, sin precedentes y sin comparación hoy por hoy, dada la calidad e importancia de esta publicación, en la industria editorial española.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

8

A. MARTIN DE LUCENAY

LA INTENSIDAD DEL PLACER

Las bases naturales de la erótica.—Técnica de la erótica.—Los recursos extremos.—Los sexos ante la erótica.—Influencias eti-estéticas.—Los estimulantes del placer.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASCASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 69.—MADRID

PROLOGO DEL TEMA

EN esta parte de la obra, después de haber estudiado con detalle en el volumen anterior lo que al coito se refiere, vamos a ocuparnos, preferentemente, de la erótica conyugal.

Aparte de los lazos espirituales, del platonismo, del amor puramente psíquico llevado hasta la exaltación si se quiere, hay otros lazos sensuales que son complemento imprescindible de aquéllos. La suma, el conjunto armónico de tan bellos elementos, es bastante para equilibrar la existencia completa de dos personas de diferente sexo. Pero lo mismo que sin el elemento anímico no es posible la satisfacción sexual completa, el bienestar lógico, la armonía debida, tampoco es dable prescindir de la erótica, de los recursos específicos del sexo, para entregarse de lleno a la adoración platónica, al amor inmaterial tan traído y llevado en declamaciones y escritos de todo género.

El concepto equivocado de los teólogos ascéticos condenando con acritud todos los goces del cuerpo, no está basado, ni mucho menos, en la más elemental de las leyes naturales. Disociar el espíritu de la materia, no es más que una utopía inadmisible, no sólo ahora, sino en todos los tiempos. Por fortuna, la civilización, obrando en sus evoluciones de acuerdo con el dictado de los principios naturales, ha derrumbado desde su base el artificioso edificio de esos mandamientos inhumanos.

Si se intentase llevar a la práctica las teorías de una eficiente política sexual, la primer asignatura a estudiar profundamente sería, por ejemplo, La Ciencia de la Erótica. *Y alrededor de este tema giraría la parte esencial de tan revolucionaria educación.*

La clave primordial de la felicidad de muchos matrimonios—ya hemos dicho lo que, naturalmente, hemos de entender por "matrimonio"—es la concordancia, la identidad de ambos cónyuges en los deleites sensuales, o sea, "la erotización, *que constituye uno de los medios más eficaces, en cierto sentido el único medio eficaz por excelen-*

cia, para salvar al matrimonio del profundo mar de desdicha en que se halla flotando".

Algunas veces, cuando existen desórdenes funcionales en alguno de los amantes, esta erotización resulta, si no imposible, bastante difícil. Entonces, de una manera inconsciente, la frigidez que en el individuo afectado se traduce en cierta repulsión hacia los placeres del sexo, ha de interpretarse, forzosamente, como un desmoronamiento más o menos prolongado de la buena inteligencia conyugal, surgiendo la dispareunia, la erotización deficiente, que suele llevar consigo los elementos esenciales de la aversión. No importa que la parte psíquica sea pródiga en recursos: si el elemento físico no obtiene la satisfacción adecuada, esta ansiedad, esta "neurosis de angustia" que dijo el psicoanalista Freud, impele al insatisfecho a procurarse en otra parte la satisfacción que anhela.

Pero no olvidemos cuál es la importantísima misión del marido, quien debe de tener la suficiente prudencia para establecer un límite en sus deseos. Si con los ardores naturales de los primeros días de matrimonio ha acostumbrado a su mujer a una suma de deleites abundantes, la capacidad de ésta, más estable y equilibrada, supondrá, a lo largo del tiempo, un contraste con las manifestaciones del impulso sexual de su cónyuge, el cual quedará en un plano bastante inferior en relación con el en que él, insensatamente, colocó a su compañera.

No obstante, no es posible decir de una manera incuestionable cuál debe ser la capacidad erótica del individuo: mas lo que sí nos es fácil definir es la parte que se refiere a los recursos de erotización, no sólo para equilibrar la intensidad del placer, sino para lograr su máxima expresión cuando los diversos temperamentos lo requieran para el logro de sus completas manifestaciones.

Desde luego, noble es advertirlo, el tema presente ha de parecer a los timoratos algo escabroso. Pero si tenemos en cuenta que en nuestro estudio no hemos de salirnos del límite justo de la estimación científica, y, más aún, de los enunciados que establecen las propias leyes de la Naturaleza, sin artificios de la civilización ni métodos innaturales, que sólo aludiremos por curiosidad, justo es decir también que todo resulta compatible con el amor, con el respeto, con la finalidad natural de la sexualidad, y, por lo tanto, con la moral verdadera, sin olvidar tampoco que el equilibrio anímico y fisiológico de los amantes no tiene por qué sufrir merma alguna, cuando ambos factores son lo suficientemente robustos y sus contornos se hallan bien perfilados para servir de garantía a la justa interpretación de los métodos enunciados.

LAS BASES NATURALES DE LA EROTICA

Erótica y civilización.—La influencia de los climas. En las zonas árticas.—Los gitanos yugoeslavos.—Los placeres del sexo y los de la mesa.—Causalidad de la erótica.—Teólogos y médicos.—La misión de éstos.—Un prelado ejemplar.—Las mujeres antiguas frente a la incomprensión de los hombres.—El masoquismo de Santa Teresa.—Los árabes del Sus.—Sexualidad y erótica.—Ambivalencias.—Matrimonios felices.—Diferencias de carácter.

Los placeres sexuales, desde su expresión más natural hasta la exaltación más perversa, no son, como algunos escriben, "una manifestación instintiva de animalidad"; son, sencillamente, el producto natural de nuestra constitución.

Ante la erótica, o sea la fórmula avanzada de las expresiones de la sexualidad, no falta quien trata de demostrar que ello es el resultado del desquiciamiento actual de la civilización que se derrumba. Pero tampoco es exacto. En todos los pueblos y en todos los tiempos, los extravíos y las perversiones sexuales fueron practicados por individuos completamente sanos, puesto que sus vicios o aberraciones no trascendían más allá de lo íntimo, mostrándose perfectamente aptos para toda clase de actividades, y, especialmente, para las más superiores. Muchos sabios, muchos hombres y mujeres célebres, ansiosos de extraer del sexo los más refinados deleites, dejaron a la civilización las muestras fecundas de su talento. Y actualmente, pueden advertirse idénticos ejemplos, precisamente en las más altas esferas de la intelectualidad.

Al analizar el temperamento, se ha tratado de los varios factores y condiciones que concurren en la práctica sexual. Especialmente el sexo femenino posee una naturaleza singular, que no sólo no es comparable a la de otro individuo semejante que reúna iguales características morfológicas, sino que es hasta susceptible de sufrir modifica-

ciones frecuentes, sin necesidad de que transcurran grandes períodos cronológicos.

Una cuestión que no deja de tener importancia, es lo que se refiere a la periodicidad del deseo sexual. Las opiniones en esta materia son también muy diferentes, hallándose supeditadas en el concepto del individuo a las cualidades temperamentales, al clima, estaciones, condiciones de vida sociales y económicas, prejuicios, etc., ya que todo ello influye sobremanera en las exteriorizaciones del impulso sexual de la humanidad, que a excepción de todo el reino animal, no tiene "época de celo" determinada, admitiendo como tal cualquier tiempo y cualquier hora. Otro punto interesante es el que se refiere no sólo a la edad, sino a las diferencias de edad de los cónyuges.

Dice Venette que el calor, según los climas, es también capaz de producir expresiones muy variables en los sentimientos sexuales. "Los españoles del reino de Granada—decía—, de costumbres muy distanciadas de los holandeses, habían de expresarse de manera bien distinta en virtud de la diferencia del calor de sus países, puesto que el calor excesivo y el aire que se respira son la causa de la bilis y de la violencia de nuestras inclinaciones."

No obstante, las pasiones amororsas de un esquimal y las de un centroafricano están siempre equilibradas, a pesar de la enorme diferencia de climas entre el círculo polar y la zona ecuatorial. Y ya que de esquimales hablamos, pudiendo incluir también a los habitantes de Laponia, pese a las temperaturas extremandamente frías que en esas latitudes imperan constantemente, estas gentes ofrecen particularidades muy notables en cuanto al análisis de dicha periodicidad.

Por lo general, la mujer esquimal y lapona, según el testimonio de los exploradores árticos, siempre está dispuesta a aceptar las caricias de cualquier hombre. Entre los esquimales de Alaska (lámina I, A y B), es costumbre entregar al forastero una mujer, sea soltera o casada, para que le acompañe por las noches durante todo el tiempo que haya de permanecer en el país. Se dice que el blanco que llega a desterrar la repugnancia que inspiran estas mujeres, comedoras de carne y pescado crudo, ha de poseer una gran capacidad para satisfacer el erotismo desencadenado de estas entusiastas del amor.

Yo he oído decir al mayordomo de un barco dedicado a la pesca del bacalao en Terranova que en una ocasión, aceptando la hospitalidad que le ofrecía uno de los encargados del depósito de pesca, estuvo en

su casa cuatro días disfrutando de los encantos de una joven hija de su amigo, "cuya naturaleza dejaría atrás a cualquiera de nuestras célebres mujeres del Algarve".

Este marinero portugués refirió otros casos, demostrativos todos de que las jóvenes esquimales de Alaska, viviendo en temperaturas de 20 a 25 grados *bajo cero*, "eran más ardientes que las portuguesas del Sur". Aseguraba, además, que el aumento de impulso podía notarse en los meses del deshielo, la estación más templada en aquellas latitudes.

En Laponia, aunque el clima no alcance de ordinario tanta crudeza, el mayor contingente de natalidad se produce en los meses de julia y agosto, lo que demuestra que la mayor actividad sexual tiene lugar en noviembre y diciembre, lo contrario de lo que ocurre en Alaska. Además, tengo entendido que los natalicios fuera de esos meses, son bastante raros. (Lámina II.)

En cuanto a la periodicidad, no ya sexual, sino de la mayor intensidad del deleite, especialmente en la mujer, un médico de Budapesth afirma que entre los gitanos yugoeslavos se prefiere los meses de abril y septiembre, en los que las mujeres experimentan "verdaderos accesos de furor sexual", entregándose de buen grado a cualquier hombre que solicite sus favores. (Lámina I, C.)

Acerca de este aspecto exclusivo de la periodicidad sexual, hemos de ocuparnos detenidamente en un solo volumen, a fin de tratarlo con la extensión que merece y desde el punto de vista de los dos sexos.

Después de lo anteriormente dicho, es posible afirmar que las diferencias de clima, estación, etc., no influyen demasiado en lo que a la intensidad del deleite se refiere; pero no es este aspecto el que más nos interesa de momento, por lo que seguiremos adelante.

Ya hemos dicho que el amor sexual es una necesidad orgánica inherente a nuestra naturaleza, de la que forma parte, y por lo tanto, como toda necesidad, debe ser satisfecho, si bien respondiendo al ruego de la Naturaleza sólo de acuerdo con las indicaciones de la función solicitada, y en la medida justa que la razón demanda. Lo mismo que el hambre y la sed, las manifestaciones directas del instinto de nutrición, reclaman, imperiosamente, ser satisfechas, así lo exige también el sexo, que tiene sus fueros, sus imposiciones, sus tiranías ineludibles. Pero si el hambre y la sed reclaman el alimento necesario, sólido o líquido, no cabe duda que la razón y el buen sentido han de imponerse para que ese apetito no degenere en pasión funesta y destructora. El abuso de todas las necesidades de nuestra naturaleza lleva consigo males tan numerosos como irremediables a veces. La intemperancia, la

gula, la sensualidad, el alcoholismo, etc., son de consecuencias desastrosas no sólo para el alma, sino para el cuerpo, en el que más visiblemente se manifiestan los efectos del mal.

Los moralistas están de acuerdo con los higienistas en este aspecto vitalísimo del desarrollo humano.

Desde luego, no es posible comparar demasiado los placeres del sexo con los de la mesa, ya que existe una gran diferencia, una evidente desproporción entre el apetito natural que reclama la alimentación cotidiana y el sentido genital de la unión de los sexos. Mas es bastante difícil, en los placeres de la mesa, hallar la medida justa de satisfacción cuando un manjar resulta agradable: y si esta relación la trasladamos al orden sexual, veremos que hasta resulta imposible establecer el límite de un placer para cuyo anhelo intervienen elementos más nobles, más atrayentes e infinitamente más vigorosos, puesto que son la expresión del más poderoso instinto que ha movido siempre a la razón de ser de la Humanidad entera.

Fuera del matrimonio, esto es, de la unión sexual duradera y reproductiva, la sexualidad debe ser contenida y rechazada toda satisfacción ilegítima, o sea la abstinencia completa. Pero en el matrimonio han de cumplirse, de perfecto acuerdo ambos cónyuges, todos los deseos, aunque éstos pudieran parecer extremos. Estamos conformes en que la castidad conyugal debe de ser una condición esencial del matrimonio; pero si recordamos lo que dijo San Pablo, veremos que la observancia de la castidad matrimonial es mucho más difícil que la continencia del celibato.

Mas dejémonos de consideraciones fuera de lugar, que ya tendrán cabida en otra ocasión, aunque, no obstante, hemos considerado oportuno hacerlas en tan corta medida, ya que ello es necesario para la mejor exposición de nuestras teorías respecto al asunto.

Los derechos de la Naturaleza son positivos: las prescripciones de la moral en uso son, en cambio, los elementos negativos que la sociedad opone a la evolución normal de los hechos naturales. Ahora bien, si los derechos de la carne han de ser reconocidos, también es necesario conciliarlos con las exigencias superiores del alma. Este es el punto de vista moral del matrimonio, y, prácticamente, de todos los problemas de la vida, en los que los derechos y deberes han de marchar estrechamente unidos para constituir toda la armonía necesaria al perfecto equilibrio.

¿Cómo conciliar y resolver los múltiples "casos de conciencia" que surgen a cada paso de la vida sexual armónica? La edad, el sexo, la

situación, el humor, el temperamento, el estado de salud o de enfermedad y múltiples condiciones más cuya influencia no es posible dejar de tener en cuenta, son bastantes para delimitar perfectamente las prescripciones de la ley sexual y para dictar el comportameinto que debe adoptarse de acuerdo con las circunstancias. Entonces, dirá el elector: ¿Qué es lo permitido? ¿Qué es lo que se prohibe? ¿Qué es lo que solamente se tolera?...

A tales preguntas, no podemos, francamente, contestar en términos concretos. La Iglesia contestaría en sus términos habituales; los casuistas dirían otra cosa; un biólogo se mostraría en desacuerdo con unos y otros... Y nosotros, simplemente, diríamos, en nuestro terreno, que la higiene es la defensa de la medicina, y que más vale prevenir que curar. Pero esto, ¡bien poco decir es!...

Mas reconocemos que es preciso descender de un sitial tan severo y ponerse en contacto con la realidad de los hechos. Reconozcamos, por encima de todo, que el instinto sexual, la concupiscencia, si queremos decirlo más claramente, jamás se separa de nuestra naturaleza, y el matrimonio, la unión sexual, tiene la insigne misión de satisfacerla: esta es una ley inexorable, que se cumple entre las personas sanas y entre todos los animales de las infinitas escalas zoológicas, como se cumple en las plantas y hasta en los metales: la piedra de imán, al atraer al hierro, ¿no parece deleitarse en la emoción de una cópula?...

El matrimonio, como ya hemos dicho en unos volúmenes atrás, no se instituyó para la satisfacción de apetitos puramente personales, sino que se trata de dos personas distintas que, a la vez y dependiendo ello de ambos, han de hallar tanto como quieran y dar tanto como se les exija. No se puede ir a la unión sexual por sí, sino por el conjunto. La vida sexual normal no puede ser segura ni fuerte más que por la unión estrechísima de todos los elementos que la componen, y los esposos no pueden gozar plenamente de todos los deleites si no es bajo el dictado de esas leyes universales. Y, dígase cuanto se quiera, los esposos no han de sujetarse sólo por el espíritu para marchar unidos por la senda de su vida sexual: han de asirse, el uno al otro, por la carne, por el sexo, por la comprensión inteligente de todas las necesidades; en una palabra: por la erótica.

No es posible realizar y guardar el equilibrio matrimonial cuando no se está de acuerdo sobre las condiciones mismas de la unión, ocupándose sólo de ejercitar los derechos sin parcticar los deberes. Y tengamos en cuenta, y de ello tendrán pruebas palpables todos los matrimonios que son y han sido, que no es posible llegar a este ideal ate-

niéndose, única y exclusivamente, a las leyes dictadas por la costumbre, por la moral, por las religiones que condenan con acritud los "excesos de la carne": por la ley conyugal tradicional, dicho de una vez.

No quisiéramos herir sentimientos ni susceptibilidades: aquellos que se consideren completamente felices en su unión sexual, practicada con arreglo a los métodos más puritanos, más morales—según ellos—, y hasta "más religiosos", si se quiere, piensen que no todos los individuos poseen esa fuerza de voluntad, ese espíritu de adaptación, esa castidad ascética, respetable solo por el hecho de haberles servido de fuente inagotable de felicidad y de venturas sin cuento. ¡Bienaventurados ellos, que así lograrán más presto los infinitos placeres de la otra existencia!...

Pero, por desgracia, cuando echamos una ojeada sobre los matrimonios desgraciados, sobre los casos de divorcio, sobre el adulterio y sobre todos esos males que moral y físicamente destrozan a la Humanidad, hemos de pensar que los remedios divinos van perdiendo eficacia, van perdiendo prestigio. Al teólogo y al confesor de otros tiempos, tan sabios en la investigación del alma, sucedieron los médicos, más crudos, más realistas, más humanos... A los beneficios espirituales de la plegaria, han sucedido los cortes del bisturí, las demostraciones de la investigación científica, la frialdad austera y rígida, pero apacible, humanitaria y grata, de la clínica. El médico, el hombre de ciencia, no es en la tierra el representante infalible de ninguna divinidad: es el siervo abnegado de la Naturaleza, que la ha anatomizado, la ha investigado, la ha arrancado la parte más importante de sus secretos para poner la suma de sus actividades al servicio exclusivo de la Humanidad.

Pero, a pesar de todo, como el médico no es más que un hombre necesariamente influenciado por el ambiente, no puede, hasta cierto punto, insubordinarse a los métodos que la mayoría impone, y su misión ha de limitarse a prescribir en los casos en que sinceramente se le requiere. Cualquiera que públicamente lanzase sus sinceras y enérgicas diatribas contra las imbecilidades y errores de los demás, perecería en la demanda. Si algunos alcanzaron la celebridad con su audacia, otros, los más, se hundieron bajo el peso brutal de las más solapadas persecuciones.

Entonces, se me dirá, ¿cuál es la misión del médico?... Naturalmente, él, con toda su ciencia, aún tratándose del más insigne psicólogo, nada podrá hacer espontáneamente; pero consultadle vuestro caso, contadle vuestras desventuras, confesaos con él. Sé de un venerable prelado de la Iglesia Católica, tan respetable y tan austero, que a fuerza de conocer casos llegó a constituirse en consultor insustituible de muchos matrimonios. En virtud de su sagrado ministerio, supo de muchas desventuras conyugales, algunas muy célebres, pero como tuvo facilidad para ahondar en los sentimientos de sus fieles, pudo remediar muchas catástrofes matrimoniales con su sabia experiencia. Y este hombre, casi santo, cuando el remedio más crudamente humano era necesario aplicarle, lo aplicaba. En su ánimo, ni era inmoral, ni sucio, ni grosero. Era, sencillamente, lícito, natural, único.

No hablaba así San Clemente, quien desde su alto puesto celestial no dejaría de condenar la inteligente conducta del ilustre obispo. Decía el santo "que cualquier comercio carnal con otro fin que el de la procreación, es ofender a la Naturaleza". Estaríamos de acuerdo con San Clemente si su opinión se refiriese sólo a los animales inferiores; pero no es posible admitirla "naturalmente" cuando se aplica al hombre, y sobre todo al hombre civilizado, cuyas necesidades eróticas están mucho más desarrolladas que las de los animales, hasta el punto de estar identificadas en absoluto con todo lo más bello, elevado y noble de su organismo. Para el animal, el deseo sexual sólo existe en aquellos momentos en que lo despiertan las condiciones que llevan consigo sus necesidades procreativas; pero el hombre no es así: el amor sexual es en él una necesidad insistente y continua, una condición de su desarrollo espiritual, completamente aislada del acto de la procreación.

Siempre se ha combatido a la erótica matrimonial por creer que era un factor innecesario, admitiéndolo sólo cuando estaba estrictamente subordinado al fin de la procreación. Los mismos antiguos, griegos y romanos, en sus épocas de mayor severidad y austeridad, abogaron para que el elemento erótico fuera eliminado del matrimonio, limitándose sólo su existencia a las relaciones extraconyugales de los hombres, ya que de las necesidades eróticas de la mujer no llegaron a ocuparse jamás.

Como es lógico, esta desatención hacia la mujer, que cuando era esposa no tenía otra misión que la de ser una incubadora, había de dar sus resultados naturales, pues lo mismo en estos tiempos que en todos, el sexo femenino ha tenido... sexo. Como se ve, el egoísmo sexual del hombre no es de ahora: la historia de Grecia y Roma nos dan las pruebas de ello. Pero contra esta actitud antibiológica del hombre, la mujer hubo de tomar sus medidas en la proporción y condiciones que la eran posibles.

Si el hombre buscaba los placeres del sexo fuera de su hogar, en el que sólo podía actuar como fecundador, la dama romana recurrió a la esteril potencialidad viril del *castrati*, esto es, del castrado, a quien se le habían extirpado las glándulas seminales, pero dejándole el miembro viril perfectamente capacitado para las más resistentes erecciones. Estos castrados eran esclavos, y su misión no era otra que satisfacer los deseos eróticos de la esposa de su señor. Luego, sucedió la época de decadencia caracterizada por toda clase de desenfrenos sexuales, en los que participaban por igual los dos sexos.

Y en Grecia, surgió Lesbos. La mujer, desatendida como la romana en sus naturales ansiedades eróticas, llegó a prescindir del hombre dedicándose a los placeres de la homosexualidad: también su erótica reclamaba fueros...

Esta desorientación de los caminos naturales llevada a límites exagerados, creó los primeros elementos destructores de la moral y el equilibrio de aquella humanidad. Menos mal que las doctrinas estoicas y la llegada del cristianismo acabaron con el espectáculo tremendo de un pueblo que se derrumbaba irremisiblemente, puesto que la decadencia siguió hasta el fin.

La reacción, entonces, fué enorme. El cristianismo consideraba que autorizar y ceder al impulso sexual equivalía a tanto como hacer una concesión a la flaqueza humana, aunque sólo se hacía en casos especialísimos y después de tomar numerosas precauciones. Desde un principio comenzaron los cristianos a cultivar el arte de la virginidad, y una vez colocados en esta actitud, no les era posible compaginar sus teorías con las del amor.

"Partidarios apasionados del ideal de la castidad—dice un autor—, sólo admitían y toleraban el amor humano revistiéndole de un carácter religioso y sacramental, y esa misma aureola sagrada daba al amor un carácter casi ascético, que excluía en absoluto el concepto artístico del amor."

Mas, a pesar de las nuevas doctrinas, el desenfreno erótico tardó mucho tiempo en anularse en la orientación de aquellas generaciones degeneradas. Luego apareció otra nueva fórmula psicosexual: el erotismo místico, asociado al dolor que se convirtió en motivo de placer, siendo perfectamente tolerado por las leyes religiosas que veían en los individuos presos en sus garras a las representaciones más puras de la divinidad. En estas manifestaciones se contenían los más sutiles refinamientos de la erótica: era el *masoquismo*, el "huevo de Colón" que muchos siglos más tarde descubrió Sacher-Masoch, y que no era

más que el placer de sufrir. María Magdalena de Florencia suplicaba a los hombres que azotaban sus carnes: "¡Basta! ¡No excitéis más la llama que me devora, porque si muero apaleada, moriré de placer!"

Tal era el masoquismo místico. Además, Santa Teresa de Jesús, explicando una de sus numerosas visiones eróticas, explica sinceramente sus emociones claramente sexuales diciendo: "El Señor quería que el ángel se mostrara en forma corpórea a los ojos del alma. Era un ángel bello y pequeño, con el semblante inflamado, un espíritu de alta jerarquía: llama y amor. Llevaba el ángel en la mano una flecha de oro y la flecha parecía encendida. De vez en cuando la flecha me atravesaba el corazón y penetraba hasta las entrañas. Al salir la flecha me dejaba llena de amor divino. Era tan vivo el dolor de la herida, que exhalaba débiles quejas y suspiros; era un indecible martirio que me hacía gustar, al propio tiempo, las más suaves delicias. No quería que éstas tuviesen fin, ni deseaba otra felicidad que la de Dios. Era una delicia espiritual, aunque el cuerpo tenía una intervención importante. Hay entre Dios y el alma una relación de amor tan suave, que no existen palabras dignas de expresarla."

Aún pudiera decirse mucho más de la insigne Doctora de Avila, cuyo erotismo, cuya desorientación sexual, era manifiesta. Desde luego, los placeres normales del sexo no hubiesen podido llenar las necesidades de tan exaltado erotismo completamente psíquico, aunque, ella lo confiesa, "el cuerpo tenía una intervención importante".

Hemos de referirnos en otro volumen titulado *Sadismo y masoquismo* a estos fenómenos de la sexualidad morbosa; pero, no obstante, para demostrar que la erótica parece ser el *primun movens* de la vida sexual en todos los tiempos, en todas las civilizaciones y en todas las latitudes, tenemos el ejemplo de los árabes del Sus, cerca del Sahara. Estas gentes poseen un temperamento tan ardiente como el clima en que habitan, y la satisfacción de su erotismo se opera en las formas más crueles que pueden imaginarse.

Cuando una de estas mujeres—más lúbricas que los hombres—desean los placeres del sexo, organizan entre ellas juegos violentos que consisten, principalmente, en perseguirse golpeándose con ramas de acacia, cuyas espinas son largas y agudas. El juego suele durar cerca de una hora, y cuando ya sus cuerpos sangran por las múltiples heridas y arañazos, rendidas, sin alientos casi, van a buscar a sus maridos, que esperan pacientemente el final de esos juegos brutales. Se dice que es tal la tensión erótica que alcanzan estas mujeres, que durante el acto del coito desempeñan una actividad inaudita, prolongán-

dose el deleite durante mucho tiempo, lo que no ocurre cuando la cópula se realiza normalmente, en cuyo caso adoptan una actitud completamente pasiva que exaspera a sus maridos. Estas árabes no sólo se ocupan de todas las faenas domésticas, sino que sustituyen a sus maridos incluso en las operaciones de cultivo de la tierra, albañilería, pastoreo, etc. (Lámina III).

El hombre y la mujer que consiguen una adaptación sexual perfecta, viven felices toda su existencia y, por el contrario, las separaciones, sólo ocurren cuando esa armonía erótica se destruye o no se logra al poco tiempo de verificarse el matrimonio.

Los negros de la Senegambia son de la misma opinión. Argumentan sus razonamientos diciendo que en el cuerpo hay un sólo órgano que procure placer, siendo, en cambio, todo el resto sensible a los dolores de todo género. Por ello afirman que los placeres de la carne no sólo hacen que se ame a la mujer que los procura, sino que los consideran como la única satisfacción que compensa los sufrimientos de la existencia. Y ellas son del mismo parecer. Durante las horas de trabajo, que son muchas al día, son castas y formales; pero tan pronto se ven libres de obligaciones, o recurren a sus maridos, o se satisfacen mutuamente como en los tiempos felices de la antigua Grecia, sin importarles nada lo demás. (Lámina IV.)

Van de Velde, en su ensayo titulado *La erótica en el matrimonio*, dice que es necesario delimitar los significados de las palabras *sexualidad* y *erótica*, en vista de que esta última, en el transcurso de los tiempos, ha adquirido un amplio sentido. "Debemos, sin embargo —dice—, entender el significado de la palabra sexualidad en sentido algo más estrecho de lo que se hace en los tiempos modernos, ya que generalmente con tal palabra suele caracterizarse casi todo cuanto nace de cualquier anhelo, de un deseo; es decir, todo cuanto se basa sobre el querer (considerado en el sentido que le daba Schopenhauer), pues para nuestros fines resultaría el concepto sexualidad poco adecuado. La diferencia que existe entre la erótica y la sexualidad tiene por base que en la primera la actuación sexual resulta ser una autofinalidad, mientras que en la sexualidad su fondo principal lo constituye el medio para tal fin, siendo éste el logro de la sensación de unificación. O, empleando otras palabras para definir dichos conceptos, podemos decir que la sexualidad anhela excitaciones sensuales y sensaciones de voluptuosidad, mientras que el deseo erótico tiende preferentemente, o al menos en gran parte, a las sensaciones voluptuosas sexuales de componentes psíquicos."



A y B. Esquimales

A pesar del clima extremadamente frío en que habitan, estas gentes son de fuerte temperamento sexual



C. Gitanos yugoeslavos

Los meses de abril y septiembre son las épocas del año en que con más intensidad se manifiestan en estas mujeres los deseos sexuales.

LAMINA I



FAMILIA DE LAPONES

En Laponia, cuyo clima es casi polar, la mayor actividad sexual se desarrolla en los meses de noviembre y diciembre. (La mujer tiene sobre sus rodillas a un hijo de pecho metido en la cuna de cuero que siempre lleva consigo.

LAMINA II

En efecto, la parte más interesante de la afirmación de Van de Velde, y por la que he de mostrar mi completo acuerdo, es en lo que se refiere a la erótica como expresión esencialmente psíquica de la sexualidad. Esto es, que la técnica erótica, la ciencia erótica o como queramos mejor decir, sólo debe admitirse y practicarse como normal cuando el amor sexual se basa, esencialmente, en el amor espiritual. Cuando un hombre o una mujer se entregan a los placeres del sexo sin más determinantes que el capricho, la oportunidad, el deseo especificante carnal, la unión es tan breve, y, además, tan falta de arraigados motivos psíquicos, que la carne agradecida por la satisfacción del anhelo parece tornarse insensible a otras nuevas tentativas. Cuando hemos hablado de la necesidad de variación en el comercio carnal, lo hemos hecho con el pensamiento puesto en la evidencia de la falta de esos componentes psíquicos imprescindibles. Cuando un hombre o una mujer se aman y completan el amor psíquico con los recursos físicos satisfactorios, no existe necesidad alguna de variación en ambos cónyuges. Puede decirse, sin temor al equívoco, que el hombre o la mujer que sienten esa necesidad de variación, son, por lo general, grandes egoístas. Un hombre de "cartel", un tipo aureolado de un prestigio evidente de catador de mujeres, pocas veces repetirá el acto con una misma. No cabe duda que su donjuanismo, completamente cerebral, habrá sido satisfecho y su erótica quedará complacida; pero la mujer que le haya concedido sus encantos quedó, a buen seguro, esperando algo, algo que anhelaba y que el calavera no la supo proporcionar.

Luego la erótica es esto: comunidad de satisfacciones. De otra forma, sólo podrá parecernos lujuria, lubricidad, bestialidad y libertinaje. Y a la vez, no siendo la erótica ambivalente, se convierte en el más destacado móvil de aversión sexual, que es lo que sucede con más sensible frecuencia y de lo que el más culpable suele ser siempre el marido.

Los matrimonios felices pueden dividirse en dos categorías: componen la primera aquellas uniones en las que por encima de todo predomina el elemento esencialmente anímico, la hiperestesia espiritual como factor fundamental de todas las emociones, y que ejecutan el acto sexual, no como un derecho de la naturaleza, sino como un deber del individuo: éstos forman, como dijo un filósofo, "el barro fecundo de la humanidad".

En la segunda categoría entran las parejas fuertemente vinculadas en el aspecto espiritual, como origen de la unión de los sexos, pero en

los cuales esta determinante fué reemplazada por las emociones más significativas de la sexualidad específica, de las exigencias concretas del instinto o el impulso sexual. Todo depende del temperamento, a que ya nos hemos referido anteriormente, cuyos factores tienen una importancia innegable, ya que precisamente los individuos más temperamentales, de carácter más acusado, son, en ambos sexos, quienes están más expuestos a sufrir las consecuencias de una dificultad en la adaptación erótica.

De aquel hombre o aquella mujer casados que se dice: "es una buena persona", puede inferirse, automáticamente, que son felices en su vida conyugal. Su temperamento será así, apático, tranquilo, enemigo de las estridencias y de las grandes inquietudes emocionales. Este espíritu de transigencia, de fácil adaptabilidad a todo, no tiene una excepción en la congruencia sexual. Las necesidades eróticas de estos individuos serán bien reducidas, y, por lo tanto, fáciles de satisfacer. Pero en lo que se refiere a la selección sexual principalmente, casi siempre se evidencia un fenómeno muy digno de tenerse en cuenta, y es que el individuo se enamora de aquella persona que no es semejante a él en todos los aspectos del carácter y del temperamento. Por lo general, cuando la diferencia de cualidades es muy destacada y uno se somete a la reconocida capacidad de dirección del otro, la felicidad es posible, aunque no sea equivalente. Y también sucede que al encontrarse dos temperamentos, dos "genios iguales", como ocurre que cada cual se estima con más capacidad que el otro, ninguno de los dos cede y surgen entonces esos conflictos cotidianos como nubes tempestuosas que se ciernen sobre el perfecto equilibrio conyugal.

Y aquí hemos llegado al punto en que queríamos hallarnos "para entrar en materia". Estonces, cuando la igualdad de temperamentos, de educación, de derechos, de concepciones, etc., se manifiesta en todo su poder, cual es lo que sucede en la vida moderna caracterizada por las necesidades de la civilización, la realización del acto material del matrimonio trae como consecuencia la anulación de múltiples prejuicios, la desaparición de todas las anteriores trabas y de abundantes convencionalismos que fueron el sostén del idilio, de aquel amor incompleto, puesto que faltaba el elemento natural del sexo. Se inicia la aversión; la tempestad aletea sobre la soñada dicha conyugal; la felicidad se derrumba... No hay otra salvación que la erótica.

TECNICA DE LA EROTICA

Hombres y animales.—¿El hijo o la erótica?—Un dicho popular.—El hombre acaba y la mujer empieza.—Los hipócritas.—Lo que es normal.—Los refinamientos normales.—Coito normal.—Inconvenientes de los preventivos.—Repetición del acto sexual.—Límite de capacidad y recursos de imaginación.—Las necesidades naturales de la mujer.—Cómo satisfacerla plenamente.—Los graves peligros del "coitus interruptus".—Técnica del "coitus reservatus".—La comunidad Oneida.—Cómo se practica en algunos pueblos.—Los japoneses, maestros en el arte erótico.

Apesar de las predicaciones desorientadas de los teólogos y falsos moralistas que siempre se empeñaron en mirar a la sexualidad procreadora a través del prisma de las ciencias exactas, como finalidad única de conservar la especie, la armonía conyugal perfecta estriba, esencialmente, en la base de la más completa satisfacción del impulso sexual, instituído, no por los hombres, sino por Dios, por el imperio absoluto y poderoso de las leyes de la Naturaleza.

Si los animales inferiores al hombre no están subordinados a la regla humana, también la Naturaleza lo dispuso así. Si algunos autores han tratado de significar una inferioridad del género humano con relación al resto de los animales por el hecho de que el hombre necesite constantemente de los placeres del sexo, mientras que aquéllos sólo atienden a la procreación en fechas y épocas regulares, yo estimo que no es así. El hombre, superior en todo, supedita el instinto de animalidad al impulso de espiritualidad, ya que el espíritu, en los seres sanos, es la determinante de la sexualidad. Pero prescindamos de estos aspectos que no necesitan discusión.

Se ha dicho infinitas veces que la esterilidad de un matrimonio es un punto de partida de la infelicidad conyugal. Un matrimonio sin hijos—dicen—es una flor sin aroma o una torre sin campanas. Yo opino que, contrariamente a lo que sostienen las religiones intransi-

gentes, las desavenencias conyugales entre matrimonios jóvenes no son, en la inmensa mayoría de los casos, imputables a tal defecto; hay que investigar primero en las condiciones de vida en que la pareja se desenvuelve, en los temperamentos de ambos, en la educación también. Y si encontramos que todos estos factores evidencian una normalidad completa y armónica, no tenemos más remedio que decir, si se nos consulta, que esa aversión que empieza a alejar a los cónyuges tiene su origen, única y exclusivamente, en una mala interpretación de la vida sexual, en un defecto fundamental de satisfacción erótica.

Es cierto que el matrimonio perfecto debe de estar constituído por un trío; esto es, la suma de un hijo. Pero esto, cuando ambos cónyuges están de acuerdo en que el remedio para su felicidad sólo puede dárselo el hijo, pues yo diría, sobre todo con relación a los matrimonios jóvenes, que cuando los primeros trastornos de la concepción se manifiestan en la esposa, más produce en el ánimo de ambos—más en el marido—, un sentimiento de disgusto que un motivo de alegría. Y ello porque instintivamente, se comprende que el nuevo e inesperado estado traerá consigo ciertas interrupciones en la vida sexual y no pocas alteraciones en la capacidad erótica de ambos cónyuges, pues si el anuncio del nuevo ser significa una gran contrariedad, es fácil que ello se traduzca en una obsesión suficiente para dificultar la clara expresión de un completo bienestar interior como el que sucedió hasta entonces desde el instante mismo de la primera unión carnal.

En la acepción castiza que dice *contigo, pan y cebolla,* se pone de manifiesto de una manera que no admite réplicas, que el instinto de nutrición queda muy por bajo del instinto sexual, ya que éste es más fuerte, más imperioso. En el amor, cualesquiera que sea la forma en que se manifieste, puesto que al final habrá de parar en la satisfacción sexual, se prescinde por completo de la injerencia de agentes económicos y sociales de toda especie, y el enamorado no varía de norma de conducta en sus afanes ante esos elementos que, en parte, han de considerarse necesarios al buen equilibrio conyugal.

Pero efectuado el matrimonio, "comido el pan de la boda", se advierte que el factor económico no deja de ser interesante como lo son los demás factores que intervienen en la estructura social de la existencia. Ahora es cuando las nubecillas de que antes hablábamos empiezan a convertirse en negros nubarrones pletóricos de tormenta, que no tarda en desencadenarse sobre la inquieta paz del idilio, dando al traste con el significado del pan y la cebolla...

Denominando matrimonio perfecto al que se produce por selección

natural y libre exclusivamente—no podemos admitir otra fórmula—, huelga decir que hasta el instante preciso de la desvirginización o de la posesión, los cónyuges llevan ganado el noventa y cinco por ciento en las posibilidades de su felicidad, puesto que esa misma necesidad de conservar el amor aconseja, sin necesidad de recurrir a ningún tratado, la norma de conducta a seguir, pues si los cónyuges están bien constituídos en todos los aspectos, y, más que nada, mentalmente, no ha lugar a muy significadas inarmonías.

En la mujer principalmente, las diversas neurosis que pueden tarar el equilibrio temperamental son causas que el marido no comprende muchas veces. Pero lo más probable es que esos estados neuropáticos tengan su origen, precisamente, en una abstinencia sexual prolongada, en una ansiedad constante de emociones eróticas. Según los freudianos, todas las funciones animales tienen su origen en el impulso sexual; y las hembras, más que los machos, no pueden escaparse a la subordinación del principio con la facilidad que aquél tiene para hacerlo, especialmente en el género humano que ofrece el mayor volumen de vulnerabilidad.

En apariencia, se estima que la perfecta armonía erótica es fácil de conseguir, aunque yo creo que ello no deja de ofrecer grandes dificultades por la simple razón, harto demostrada, de que si el hombre se rinde a los pocos asaltos, la mujer, en cambio, recibe cada vez mayores estímulos. Ya hemos dicho en todos los tonos que si es cierto que la energía sexual de ella se despierta mucho más lentamente que en el hombre, también es innegable que a medida que crece aumenta su poder: ambos actúan, naturalmente, en un sentido inverso.

Esta inferioridad masculina tiene su remedio cuando se recurre a ciertas prácticas discretas, no de golpe, sino después de una preparación inteligente que debe tender a explorar el estado de ánimo de la mujer, a quien determinadas caricias pudieran producir efectos diametralmente opuestos. No es necesario incurrir de lleno en el índice de las perversiones sexuales como finalidad de la ansiedad erótica, sino sólo acudir a esos refinamientos en calidad de medio para conseguir otro fin.

Antes de seguir adelante, puesto que de este aspecto esencialísimo hemos de ocuparnos con la atención debida en el volumen presente, sé de sobra que, *hipócritamente,* habrá quien en un comentario público condene mis teorías, si bien en su fuero interno mostrará su absoluta conformidad conmigo; pero que no tenga ningún rubor al comprenderlo así. Además, es fácil que la lectura de estas líneas le quite un peso

de encima, peso que habrán cargado sobre sus hombros los preceptos religiosos, los convencionalismos sociales y las hipócritas estimaciones de los demás, y, por otra parte, una mala interpretación de la higiene sexual.

Esos actos tan crudamente condenados por el vulgo, actos instintivos que tienen su origen en los más remotos seres del mundo animal, son tan naturales y, además, tan útiles, que, en ciertas ocasiones, no practicarlos puede equivaler a tanto como ir contra las leyes de la Naturaleza. Por otra parte, a más de su importante valor biológico, diremos con un célebre tratadista, "que cuando dos seres se aman, *todo* cuanto hagan, en siendo de su agrado y no produciendo perjuicios, es *natural* y *normal*".

Efectivamente, antes que por un prejuicio estúpido llegue a destruirse la armonía deliciosa de los cónyuges *todo* es admisible. Nosotros, conscientes de lo que decimos, pese a todas esas interpretaciones erróneas, no dejaremos de aconsejarlo, siempre, naturalmente, que no se llegue a esos extremos altamente perjudiciales que llevan consigo todos los abusos y todos los vicios de la sexualidad.

Aparte de todas estas consideraciones, sobre las que volveremos a insistir más adelante, yo estimo que una perfecta base erótica en el matrimonio puede conseguirse con los recursos acreditados como más naturales, como son los del coito. En el volumen anterior, al hablar de la técnica de esta clase de comercio sexual, hemos omitido deliberadamente hacer las descripciones gráficas del mismo, ya que esta clase de "refinamientos" pertenecen más a la erótica que a la sexualidad, según el concepto, que admitimos, del doctor Van de Velde. Como se ve, la diferencia, en este caso, resulta casi inapreciable; pero, aunque parezca un concepto arbitrario, por mi parte he de estimar que no lo es tanto como pueda suponerse.

Después de muy amplias investigaciones, que, sinceramente, nunca pueden producir resultados muy satisfactorios, ha sido posible "medir", por decirlo así, los diferentes grados de intensidad de las diversas emociones de la erótica en la práctica sexual clásicamente normal.

En primer lugar estudiaremos el coito normal en su aspecto gráfico. Así, pues, tomaremos como base a un matrimonio de excitabilidad ambivalente, previos los contactos de excitación que el marido habrá empleado de acuerdo con la técnica preparatoria de la desfloración.

En estas condiciones, el espasmo genésico debe presentarse a la

vez en ambos amantes, o, mejor dicho, antes en el hombre que en la mujer, que le sigue inmediatamente, y esto porque, aunque ello no esté suficientemente comprobado, el contacto o el choque relativamente brusco de la eyaculación seminal contra la mucosa sensible del fondo de la vagina o del hocico de tenca, es lo que, al decir de algunos autores, determina en la mujer la iniciación del orgasmo. Hasta cierto punto debe admitirse esta creencia, más que nada por el testimonio de muchas mujeres que afirman que, realizando el acto empleando el hombre el condón como preventivo, no experimentaron tan fuertes sensaciones como cuando el licor seminal eyaculado se puso en contacto con lo más íntimo de sus órganos sexuales. Por otra parte, ciertas mujeres que no desean tener hijos y que llevan cierto tiempo practicando el coito con el condón, aseguran que es tal la costumbre, que a pesar del obstáculo que para las sensaciones tactiles representa el preventivo, pueden advertir con relativa facilidad el momento de la eyaculación de su esposo, "lo que produce cierta sensación de cosquilleo"; pero el placer, al decir de otras, no sufre modificación alguna en cuanto a su intensidad y duración.

En la figura 1 tenemos representado gráficamente el "coito ideal", o sea aquel en que ambos cónyuges están igualmente preparados, como

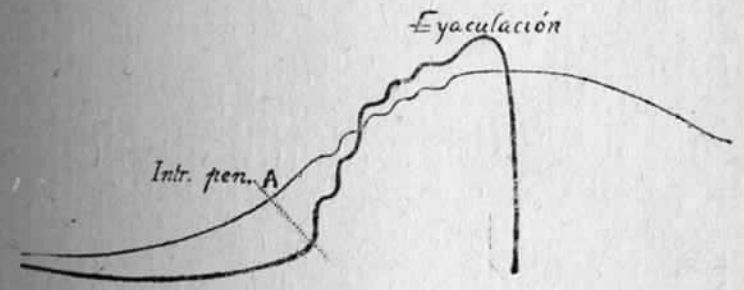


FIGURA 1.—*Coito normal.*

se advierte en el nivel de las dos líneas sinuosas—gruesa la que representa al hombre y más delgada la que representa a la mujer—, ya que ambas líneas aparecen juntas.

Ese paralelismo queremos que signifique igual grado de excitación que al llegar al punto A hace oportuna la intromisión del pene. En la buena técnica, sabiendo que la excitabilidad de la mujer es

más lenta que la del hombre, él no debe olvidarlo un solo instante, y, al efecto, mediante un simple esfuerzo psíquico, se contendrá cuanto pueda. Por eso vemos que la línea fina asciende, en principio, sobre la línea gruesa; pero a los pocos instantes, al llegar la mujer al principio del máximo grado de tensión, el amante lleva su línea por encima hasta producirse la eyaculación coincidiendo con el orgasmo de su esposa.

No obstante, hasta que no empieza la línea a convertirse en pequeñas curvas continuas, queremos decir que no se inicia el orgasmo. Por eso vemos en la primera figura que el hombre "empieza a gozar" antes que su compañera, alcanzando el punto máximo en el instante de la eyaculación, que es, precisamente, cuando ella "describe la última curva".

El hecho de que la línea del hombre esté más alta que la de la mujer quiere decir que éste experimenta un placer más intenso, aunque en ella resulta más prolongado. Así vemos que después de la eyaculación, la curva del hombre desciende verticalmente, en tanto que la de ella lo hace con mucha menos inclinación, apareciendo casi horizontal, pero no descendiendo del todo hasta llegar al nivel de la de su compañero, lo que indica que ella está dispuesta a experimentar más orgasmos.

En tal caso—se nos dirá—, no puede denominarse perfecto a este coito, ya que si el hombre queda satisfecho no ocurre lo mismo a su compañera. En efecto, así es. Ahora bien: el marido inteligente que comprende cuáles son las necesidades de su cónyuge y es consciente también de su capacidad, debe aprovechar la erección peniana que aún conserva, y volviendo a las caricias naturales del juego de excitación, intentar un segundo orgasmo. Es fácil que si pone todo su interés en satisfacer los anhelos de su compañera, logre a los pocos instantes que en ella vuelva a repetirse la segunda descarga, con lo que ya quedará más satisfecha.

Pero aún hay más. Admitiendo la imprescindible existencia de los excitantes psíquicos, no cabe duda que el marido, ahora en actitud pasiva motivada por la satisfacción anterior, al observar que su consorte goza, sufre los efectos de tan poderoso estímulo, que se traducen nuevamente en un orgasmo posterior al segundo de su mujer. Y más aún: en ella, igualmente enamorada, pero con mayor capacidad, como ya hemos dicho, en el orgasmo de su esposo halla un nuevo excitante, y a poco que prosiga el mecanismo, un tercero y último espasmo completará terminantemente sus deseos de aquella noche. Todo esto habrá sucedido en menos de una hora.

Por lo general, las mujeres suelen ser como la que hemos descrito y los hombres también son semejantes al marido que tomamos como ejemplo de nuestra demostración.

Puede darse el caso de un hombre muy experto en lides eróticas, pero de poca capacidad sexual, casado con una mujer de gran temperamento. A primera vista, si estimamos que la erótica ha de ser el sostén esencial de este matrimonio tan diferente en potencialidad, se dirá que la felicidad no es posible; pero no sucede así.

En tales condiciones, un hombre de escasa capacidad tiene que suplir tan sensible defecto con los recursos de la imaginación, de la habilidad y de la paciencia. Si le importa conservar la fidelidad de la mujer que ama, no tiene más remedio que darse cuenta de su inferioridad fisiológica, sustituyéndola con esos otros elementos tan valiosísimos de la buena técnica erótica. Si ambos están enamorados, son felices y, a lo mejor, hasta tienen hijos cuyo mejor porvenir depende, en cierto modo, del buen ejemplo de la avenencia de los padres, ¿han de renunciar a todo por un prurito estúpido de moral o de incomprensión?...

No se tome este ejemplo como "preparación artillera" para entrar luego, con más facilidad, en el "cuerpo a cuerpo" de la cuestión: no argumentamos con sofismas. Pero como estamos persuadidos de que la mayor proporción de matrimonios desdichados, de esposas adúlteras y de divorcios tienen su origen, única y exclusivamente, en la inarmonía sexual, en la nula satisfacción erótica, es por lo que hemos de insistir tanto en nuestros puntos de vista, admitiendo, a lo sumo, muy escasas excepciones. Y conste, a pesar de todo, que los tipos que tomamos para nuestro análisis, hemos de conceptuarlos en la clase de verdaderos enamorados, de idealistas típicos si se quiere. Pero no olvidemos jamás que todo ese idealismo, en la inmensa mayoría de los casos, ha de traducirse, indefectiblemente, en una lógica ansiedad de satisfacción del instinto de la procreación o del impulso sexual o de aproximación o como queramos llamarle.

Además, teniendo en cuenta las condiciones en que se desenvuelve la vida actual, cuando los cinturones de castidad no son más que el recuerdo de una época de feroz incomprensión sexual, y, por otra parte, el aumento de excitaciones eróticas en que la civilización es pródiga, hemos de comprender serenamente y sin lugar a dudas que el hombre, y más la mujer, que no encuentran en su cónyuge ese atractivo esencial, han de buscar fuera del matrimonio los deleites

que en él no se encuentran: esto es evidente. Ya hemos dicho que muchas uniones permanecen sólidas por las ligaduras firmes del espíritu, pero otras, además de esas, lo son por los férreos lazos de la carne.

Pues bien: una mujer ardiente, de gran capacidad, y un hombre completamente distinto, de humilde saciabilidad, repetimos, pueden lograr esa armonía, ya que el amor del espíritu es mucho, pero el impulso sexual de la mujer llega bastante más lejos. Empecemos por recurrir a la representación gráfica de la figura 2, exponiendo, de paso, sin rodeos de ningún género, las diversas circunstancias del caso. Se

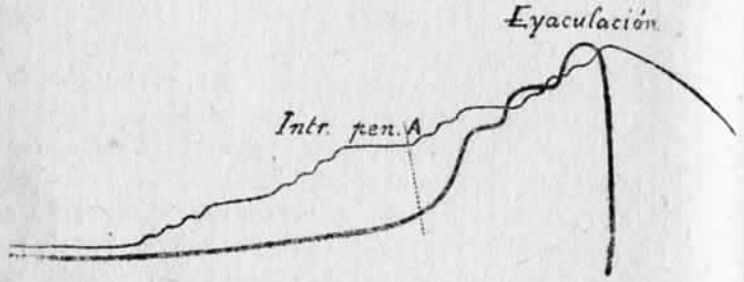


FIGURA 2.—*Coito con una mujer de gran capacidad erótica.*

trata, pues, de medios *naturales*, puesto que el fin los justifica: de ello no cabe duda.

El marido empieza, naturalmente, por el juego de excitación, recurriendo a la vulnerabilidad de las zonas erógenas de su cónyuge, quien en virtud de su temperamento fácilmente excitable, consecuencia lógica de la gran capacidad, no tarda en experimentar los efectos de esas excitaciones. Y conste que nos situamos en un caso grave: ella es capaz de experimentar cuatro orgasmos en tanto que él queda plenamente satisfecho con uno sólo.

No hemos de insistir en recordar cuáles son las zonas excitables, de las cuales, la primordial, es el clítoris, y, después, las mamas, en cuyos puntos se acumulan multitud de haces terminales nerviosos, sensibles al roce ligero en el clítoris, y a las presiones bruscas, especialmente con los dientes, en los vértices de los senos. Así pues, actuando solamente en estos órganos, es fácil conseguir, junto con otras caricias, el primer orgasmo. Ya tiene, pues, a su esposa, perfectamente *excitada*. A seguida, o mejor, tan pronto como advierta que la tensión aumenta en ella, puede insistir con toda clase de caricias sobre la región clitoriana, preferiblemente con el pene, pero recuriendo siempre al freno psíquico. De esta forma, ocurrirá el segundo orgasmo a los pocos momentos.

Y esta es la ocasión de la intromisión peniana, lo que hará ascender en ella la tensión de su ansiedad, traducida, sin necesidad de grandes excitaciones mecánicas, en un tercer orgasmo. Ahora el marido, que ha logrado mantenerse firme, prescindirá del "freno" psíquico, disponiéndose a satisfacerse, lo que ocurrirá coincidiendo con el último espasmo de su compañera, que, en el caso poco probable de no haber quedado plenamente satisfecha, aún podrá aprovechar en su beneficio la turgencia peneana, ya que no la máxima erección, puesto que en los hombres de escasa capacidad la flacidez del miembro viril se presenta a los pocos segundos de haber experimentado el orgasmo.

Así vemos en la figura citada, que la línea gruesa conserva casi el mismo nivel inicial hasta el instante de la intromisión del pene, en tanto que la línea más fina ha descrito dos curvas sinuosas equivalentes a otros tantos orgasmos de la mujer. El tercero coincide con la disposición inicial del hombre, y el cuarto y último produce el ascenso de la línea gruesa, siguiendo ambas unidas hasta la eyaculación, para terminar armónicamente como en el coito ideal anteriormente descrito. En este caso, el descenso de la línea fina resulta más acentuado, aunque no en sentido completamente vertical, puesto que la tensión erótica decae más lentamente, en todos los casos, en la mujer.

En el aspecto gráfico de la cuestión, aunque ello no entre de lleno en el enunciado del presente tema, veamos ahora cuál es el coito que, por desgracia, resulta más frecuente en aquellos matrimonios en que el marido inexperto o egoísta, se ocupa sólo de la parte que a él se refiere, sin ocuparse para nada de la ansiedad que devora a su esposa insatisfecha, y, finalmente, veremos las consecuencias del *coitus interruptus* a que aludimos en el volumen anterior. En cuanto al *coitus reservatus*, podemos compararle con el representado en la figura 2, pero suponiendo que desde el primer momento existe la intromisión del pene, sin otra particularidad que la de un gran esfuerzo psíquico para contenerse hasta la llegada del momento oportuno. No obstante, hemos de estudiarle con cierta amplitud.

Tenemos la figura 3. En este caso, puede suceder también que una hiperexcitabilidad del marido sea causa de la producción prematura del orgasmo, sucediendo la flacidez del pene, incapaz de proseguir las excitaciones despertadas en la mujer. Mas, en fin, es lo mismo, puesto que lo que tratamos de exponer es la falta de satisfacción de ella.

El marido no se ha ocupado de prepararla, más ella, naturalmente, accede a practicar el acto. A poco de verificarse la intromisión, la línea gruesa asciende, separada de la línea delgada, que apenas muestra la excitación, ya que faltan los estímulos psíquicos, y, sobre todo, la preparación necesaria. No obstante, el mecanismo del roce ha iniciado el ascenso de la línea femenina, pero como el marido ha experimentado el orgasmo, al interrumpirse el mecanismo que lo produjo la línea delgada inicia el descenso tendido. En este caso permanecerá bastante tiempo en tal posición, ya que la mujer no está satisfecha, y, lejos de eso, mucho más excitada, lo que se puede advertir en la congestión

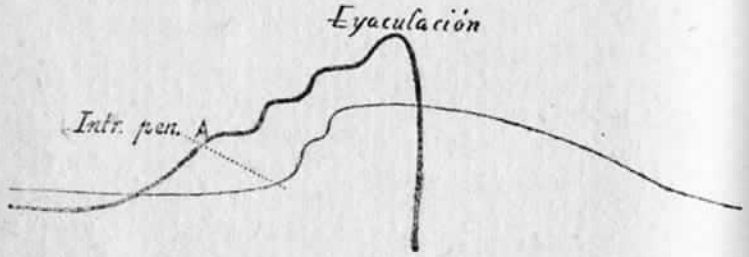


FIGURA 3.—*Coito sin satisfacción para la mujer.*

de los órganos genitales por una parte, y por otra, en un estado de desesperación, de ansiedad, de descontento psíquico, y, sobre todo, de aversión hacia el bruto que ronca a su lado con la animalidad completamente saciada. En este instante, ella pensará en cualquier amigo que conoció en otros tiempos. ¡Y si entonces llegase a irrumpir en la alcoba!...

Pero el adulterio sería lo de menos: lo peor, después de los irreparables trastornos psíquicos, es que ese estado de excitación congestiva de los órganos femeninos puede hacerse crónico, en virtud de que nunca podrá alcanzar la plena satisfacción de sus deseos sexuales. Los trastornos orgánicos suelen consistir en secreciones anormales, dolores de ovarios, desórdenes menstruales, etc. Van de Velde advierte a estos maridos "que toda excitación sexual de cierta importancia que en la mujer no termina en el orgasmo, representa en sí una lesión, un trauma, y la suma de éstos, su frecuente manifestación respectiva, puede conducir a trastornos corporales y psíquicos, crónicos o, al menos, graves".

Ya hemos dicho en el volumen anterior cuál es la razón que induce

a muchos matrimonios a practicar el *coitus interruptus*, procedimiento que, por sí sólo, si no es reemplazado por otros de satisfacción, es lícito asegurar que constituye el más destructor elemento de la armonía conyugal. En la figura 4 verá el lector en qué consiste la evolución de este coito *anormal*, teniendo en cuenta la descripción de los anteriores. El mismo tratadista a que anteriormente aludimos, dice a este respecto, lo siguiente: "Para los seres humanos sexualmente perfectos, el *coitus interruptus* significa el ejercicio sistemático de una degeneración y, a la vez, la muerte del matrimonio, constituyendo un peligro para la salud del marido y un crimen el que comete con su mujer."

En contraste, el *coitus reservatus*, que tanto agrada a la mujer de

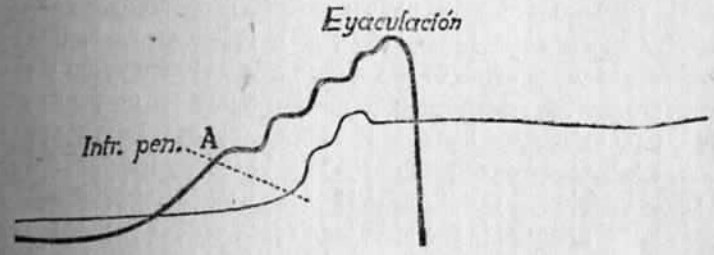


FIGURA 4.—"*Coitus interruptus*" *en la mujer*

temperamento, es perjudicial para el hombre cuando éste contiene la eyaculación durante algún tiempo, empleando, única y exclusivamente, los elementos psíquicos. Estos males no se evidencian con tanta gravedad cuando se usa de ciertos procedimientos: en la India es costumbre fumar y hablar durante el acto sexual para retrasar el orgasmo en el hombre, y a veces se aplica una pasta anestésica, a base de opio, en el pene, lo que, naturalmente, produce una notable reducción de la sensibilidad tactil.

Dice un autor que una prolongación exagerada en la rentención del orgasmo puede ser causa de impotencia atónica. Pero esta afirmación la desmiente el ejemplo de la secta americana "Oneida", cuyos individuos practicaban esta clase de contactos sexuales, a los que, por parte del hombre, no es posible llamar coito.

Este sistema matrimonial autorizaba a los hombres a tener contactos sexuales con todas las mujeres de la secta, pero sólo podían tener descendencia con algunas. Consistía el acto en introducir el pene dentro de la vagina, reteniendo la eyaculación durante una hora por

lo menos, en cuyo tiempo la mujer experimentaba varios orgasmos. Se dice que el hombre no solía eyacular sino rara vez, puesto que no sentía ninguna necesidad de satisfacción en este sentido.

Puede decirse que en el hombre este erotismo era exclusivamente psíquico, pues toda su orientación activa estribaba en procurar deleites a la mujer, pero sin recurrir a otros medios que no fuesen los de la introducción del pene en el canal vaginal, pues hasta la masturbación era desconocida, o, por lo menos, no se practicaba entre aquellas gentes. Tal práctica se observó durante cerca de medio siglo, siendo abandonada, no por sus defectos, sino en consideración a la opinión moral de las gentes ajenas a la secta.

El fundador de la comunidad Oneida, míster John Humprey, escribió en 1872 un folleto titulado *Continencia masculina*, en el que, entre otras cosas, decía lo siguiente: "La práctica está basada en el hecho de ser dos los actos de la unión sexual: el acto social y el acto propagador, y si la propagación ha de ser científica, no puede existir confusión ni mezcla de los dos actos mencionados, pues la procreación no debe ser jamás involuntaria."

Afirma también que se le ocurrió la idea de practicar el *coitus reservatus* en el año 1844, y que fué debido a su resolución firmísima de abstenerse de todo comercio carnal, en vista del delicado estado de salud de su mujer, que la impedía dar a luz hijos fuertes y saludables.

Dice que los miembros principales de la comunidad "pertenecían a familias respetabilísimas de Vermont, educados en los colegios más morales y serios de Nueva Inglaterra, que hasta el año 1846, en que empezó a funcionar la nueva sociedad, basada en principios que todos aprobaban y estaban dispuestos a defender, habían observado una conducta ejemplar, en lo que a las materias sexuales se refiere, viviendo estrictamente sujetos a las reglas que en este terreno impone la sociedad".

El doctor Noyes era de opinión que la "continencia masculina" no había sido jamás, hasta esa fecha, una práctica definida basada en la teoría, aun cuando en ocasiones distintas se hubiera aproximado más o menos a ella.

Ellis, refiriéndose a su práctica, afirma "que en los tiempos modernos se realiza el *coitus reservatus* sin base alguna teórica, y con gran satisfacción de la mujer y sin malos resultados para el hombre. Sucede en estos casos que el acto del coito dura hora y cuarto, o más aún, por no alcanzar la mujer el grado sumo de placer hasta que han transcurrido, por lo menos, tres cuartos de hora; durante todo ese

tiempo, la mujer sentirá el orgasmo tres o cuatro veces; el hombre, únicamente al final. Puede suceder que la mujer vuelva un poco más tarde a sentir nuevos deseos, en cuyo caso debe repetirse el coito en la misma forma, en la seguridad que quedará luego plenamente satisfecha".

Los japoneses, javaneses y birmanos practican también esta modalidad con preferencia a todas las maniobras sexuales. Los japoneses sobre todo, a los que he tenido ocasión de estudiar de cerca, son, sin duda alguna, las gentes que con más refinamiento practican la sexualidad, hasta el extremo de que, según la confesión de una prostituta, puede considerárseles "como verdaderos maestros de la erótica".

Yo creo que la fuerza de voluntad de estos hombres, bien demostrada en todos los aspectos de su vida social y económica, tiene una expresión singular en este caso concreto. La impasibilidad de su carácter trasciende, si quieren, a todo cuanto se refiere al sexo. Ya hemos hablado en otra parte de un atleta japonés, capaz de satisfacer plenamente a varias mujeres en una sola noche: pero no es un ejemplo inimitable en su país, sino que constituye la regla general. La paciencia y la habilidad del japonés es una característica racial en ambos sexos.

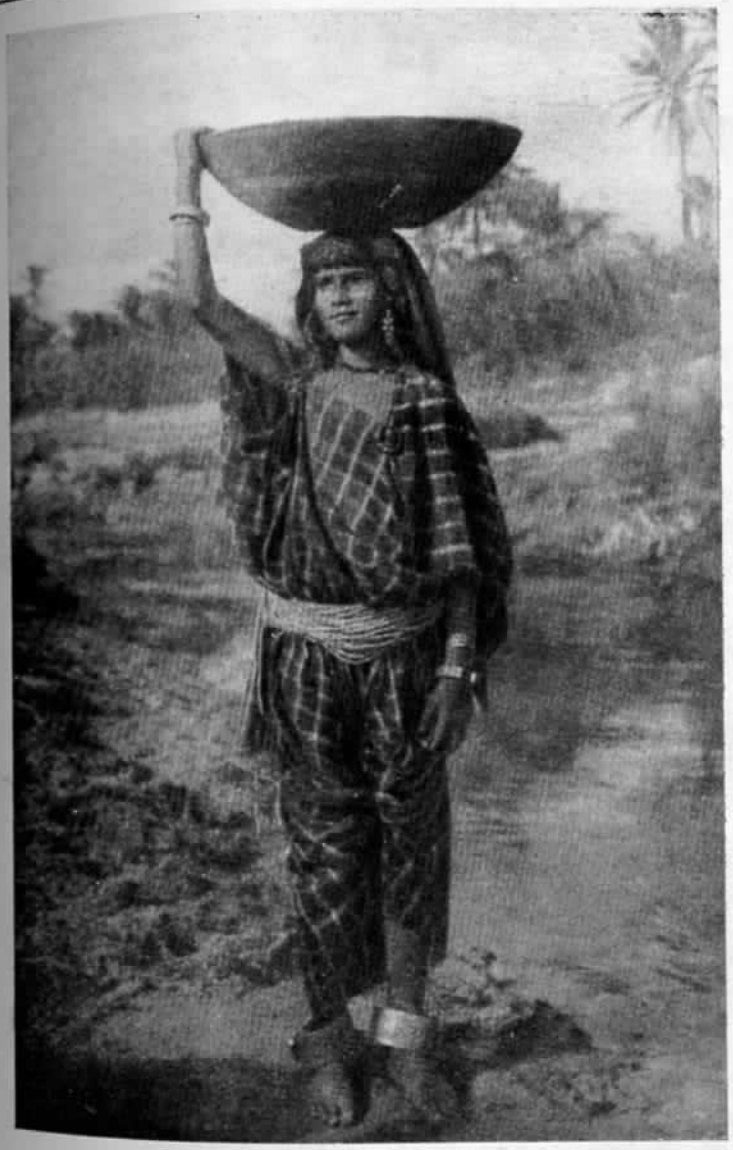
En cuanto a la mujer pública—la esposa pecaría si mostrase su erotismo—, no es posible encontrar en todo el mundo criatura más complaciente ni más dispuesta siempre a demostrar su gran capacidad profesional, para lo que hubo de practicar varios cursos en las escuelas especiales del país, denominadas *keimbans*.

Por lo general, el japonés se ocupa más de proporcionar deleites a la mujer con quien yace que en recibirlos él mismo, aunque esto ocurre después de que ella se encuentra completamente satisfecha. Entonces, previo un lavado del miembro viril a base de aguas perfumadas, la *oirán* emplear los más refinados procedimientos, suspendiendo las caricias en el instante en que advierta que va a ocurrir el orgasmo en su amante. Al poco tiempo reanuda las caricias, siempre en sitios distintos, para suspenderlas de nuevo. Y esto sucede varias veces, hasta que el hombre no puede resistir la enorme suma de excitaciones a que se halla sometido, produciéndose entonces el orgasmo. Generalmente, con una vez que esto ocurra, el japonés paga y se marcha.

Como vemos, esto no es el coito, sino que pudiéramos llamarle "orgasmo interrumpido". Pero tampoco cabe dudar de la eficiencia erótica de tales procedimientos que, hasta cierto punto, hemos de con-

siderar insustituíbles cuando entre los cónyuges se acusan destacadas diferencias de capacidad sexual.

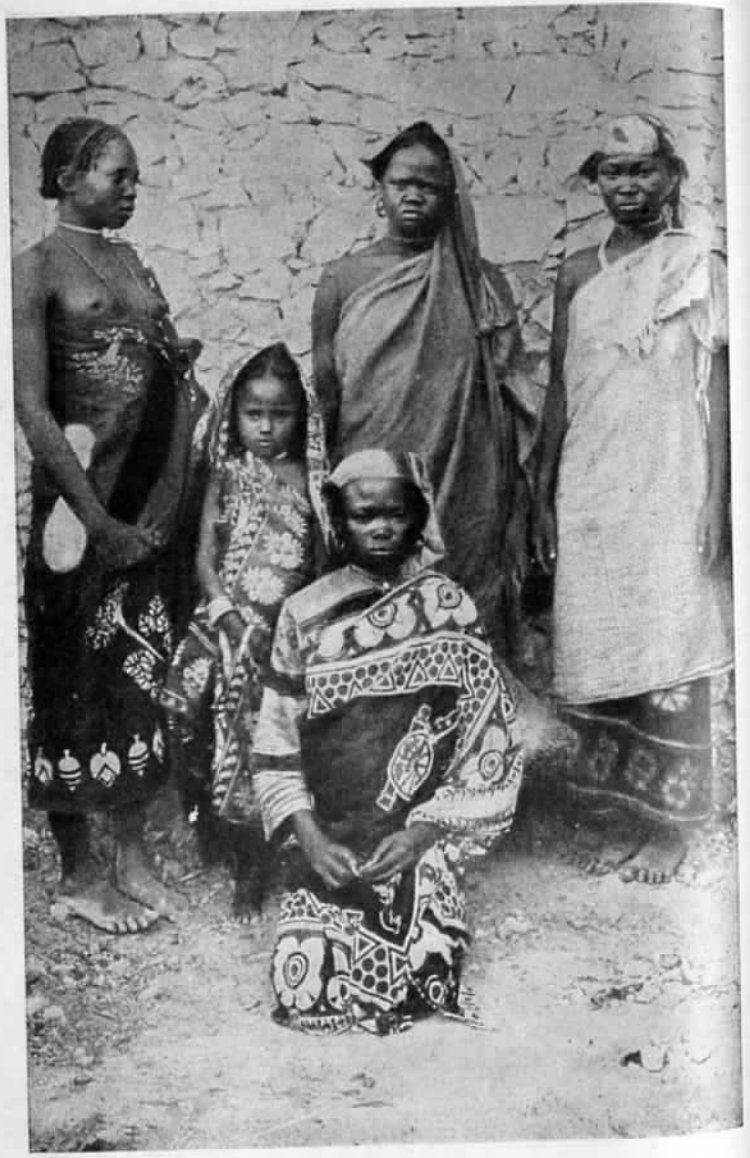
La afición del japonés a los placeres extraconyugales tiene su justificación en la erótica. Si las leyes, las tradiciones, las costumbres o lo que fuere, consintiesen la "erotización" conyugal, el matrimonio japonés tendría un aspecto netamente monógamo. Mas para que el lector advierta que la erótica tiene un sentido universal sin excepciones, como las tradiciones japonesas quieren que la mujer sea sierva de su esposo y madre de los hijos de éste, pero nada más, el reconocimiento de la imperiosa necesidad de la erótica está demostrado en esa forma de adulterio perfectamente tolerada por la mujer nipona. Ellas, en cambio, quedan siempre satisfechas, pues aparte de que su excitabilidad resulta fácil, su único anhelo, su mayor placer, estriba en saber que su marido es feliz acariciándola. En la composición de este complejo, entra, en gran parte, el resultado de la educación y del ambiente, que en la japonesa educada con arreglo a las normas tradicionales, es bastante para evidenciar una segunda naturaleza. Ya hemos dicho que la fuerza de voluntad de esta raza llega a extremos inconcebibles para un occidental que no haya convivido con ellos durante algún tiempo. No obstante, la mujer japonesa vase incorporando poco a poco a las modernas concepciones de la vida occidental, y la naturaleza vuelve por sus primitivos fueros.



MUJER ARABE DEL SUS

Estas mujeres necesitan excitarse por medio de juegos brutales, con objeto de conseguir la mejor disposición tumescente, dando pruebas de una gran capacidad erótica.

LAMINA III



NEGRAS DE SENEGAMBIA

Las mujeres de esta parte de Africa son de fuerte temperamento, y durante sus accesos de sexualidad no reparan en medios, con tal de conseguir la satisfacción de los deseos eróticos.

LAMINA IV.

LOS RECURSOS EXTREMOS

Advertencia inicial.—Nuevos métodos.—Disculpa del psicoanálisis.—Diferenciación de las perversiones.—Lo que nos enseñan los animales.—"Cunnilingus" y "fellatio".—Actitud del español frente a estas modalidades.—Explicación psicológica.—Fetichismo de los órganos sexuales.—Un medio y no un fin.—El fetichismo de los pies en los chinos.—Entre los españoles.—Sugestión e imitación.—Las prostitutas.—La oposición de la mujer.—Recursos artificiales.—Aparatos excitantes y mutilaciones diversas.

No cabe duda alguna que en los matrimonios cuyos componentes son normales y, por lo tanto, bien orientados en materia sexual, el coito es bastante para erigirse en base erótica que garantice la mayor armonía conyugal.

Por eso no nos cansaríamos de insistir en aconsejar esos métodos expuestos con tanta extensión y claridad como es permitido en una obra de esta naturaleza, que, sinceramente, puede ponerse en todas las manos. Mas a veces no es posible que las prescripciones teóricas tengan en la práctica una interpretación fiel, o, al menos, en el sentido en que las aconsejamos, por lo que hemos de titubear antes de escribir aquello cuya intención fuese susceptible de prestarse a interpretaciones equívocas, con lo que el efecto producido sería diametralmente opuesto al que honradamente queremos obtener de todas estas disertaciones.

El empeño ascético de establecer esa íntima asociación entre los órganos sexuales y los centros excretorios, asociación que, fisiológicamente existe, no tuvo más finalidad que inculcar en el ánimo de las gentes la mayor antipatía posible hacia el acto sexual, o, mejor dicho, hacia el goce de los deleites del sexo. Y esto, cuando a seguidas del acto existía el máximum de probabilidades para que la fecundación se efectuase; pero cuando ya no había perdón posible, según

el sentimiento ascético, era cuando la intención procreadora quedaba relegada a último término y supeditada a los goces carnales.

No obstante, no hemos de ser nosotros quienes mantengamos una oposición sistemática con aquellas prohibiciones teológicas, inspiradas, no cabe duda, en un profundo conocimiento del alma humana, aunque no lo estuviesen tanto en las necesidades psicofísicas de los mortales...

El concepto de la sexualidad ha tenido que modificarse de por fuerza. En primer lugar, lo que aún debemos admitir—aunque en una medida prudente, como veremos en el volumen correspondiente—, la finalidad esencial debe ser la procreación, pero la procreación como ciencia y no como sistema inconsciente, y, en otro orden inmediato, la sexualidad inteligente, en su papel importantísimo de constituir el más sólido basamento del equilibrio conyugal.

Para conseguir estos fines tenemos muchos medios. En cuanto al primero, el amor ha de ser la determinante inexcusable, elemento del que no es posible prescindir. "Hacer un hijo" es bien fácil; lo difícil es hacerlo bien.

Mas admitiendo que el hijo haya sabido hacerse, el primero, el segundo, varios, hasta esa medida prudente; suponiendo que todos "estén bien hechos", la vida del matrimonio, su existencia psicosexual, no termina con la presencia en el mundo del último producto de la potencialidad creadora de los cónyuges, sino que, en la mayoría de los casos, hasta que la edad advierte su influencia, han de transcurrir años y años que, forzosamente, debieran ser de dicha infinita para los padres de aquella prole que observa el bienestar de sus progenitores como elemento digno en que basar el ejemplo de lo que debe ser una existencia armoniosa y floreciente.

En resumen: en otros tiempos la finalidad del matrimonio había de ser la procreación. Pero en las actuales condiciones de la existencia, se ha demostrado que para que esa procreación sea pródiga en perfecciones se necesita de la erótica que sostiene el amor.

Pero no es sólo esto: esa erótica que antes resultaba inadmisible, y eso que se practicaba con los medios "más naturales" que Dios creó en el hombre y en la mujer, esto es, por la conjunción, por la penetración de los órganos de la cópula, ha sido *enriquecida* o *envilecida* por la adaptación de otros métodos que aún se titubea entre incluir o excluir en el índice de las perversiones sexuales.

No cabe duda que en toda clase de uniones se tiende a la experimentación del máximo deleite, a buscar, por todos los medios, la

mayor intensidad del placer. Y se titubea por la razón de que la diaria experiencia nos hace ver que casi todos esos excesos, al menos los que no producen daños manifiestos en el organismo, son, como dice Freud, "una parte integrante que *raras veces falta* en la vida sexual de *los sanos*". E insistiendo este célebre psicoanalista agrega: "Donde las circunstancias lo favorecen puede el hombre *normal* substituir *durante algún tiempo* por una de esas perversiones el objeto normal sexual, o *conservar* aquélla junto a éste. En ningún hombre *sano* puede faltar al objetivo sexual normal un agregado que pudiéramos denominar *perverso*."

Ahora bien: a mi juicio, es preciso diferenciar esas perversiones, o, mejor dicho, esas interpretaciones caprichosas de la sexualidad, ya que en su expresión se observa una variedad de facetas bien fáciles de analizar, o, por lo menos, de catalogar debidamente entre las perversiones verdaderas, aberrantes o viciosas, y las que debemos de admitir como complementarias de la actividad sexual normal.

Tenemos, por ejemplo, el *cunnilingus*, o sea la aposición de los labios a la región vulvar femenina, y la *fellatio*, que quiere decir aposición de la boca al órgano masculino, métodos practicados por los animales, lo que evidencia claramente que son hechos instintivos. "La *fellatio* se ha practicado siempre entre hombres invertidos—dice Ellis—, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos, aunque también se ejecuta por mujeres completamente sanas y normales."

Naturalmente, cuando sustituye por completo al acto sexual normal, no podemos admitirlo, ni desde el punto de vista de la moral ni en el terreno de la apreciación científica.

No cabe duda, repetimos, que el carácter "esencialmente normal" de ambos procedimientos de satisfacción sexual, aunque, dicho sea con toda sinceridad, más empleado para provocar la tumescencia, puede demostrarse viendo a los animales, que antes de iniciar el acto procreador, recurren a la excitación por medio de la lengua. Algunas veces, aunque ello sea excepcional, uno de los dos actores puede experimentar el orgasmo sin necesidad de más satisfacción. En el establo de un buque en que iban seis vacas suizas destinadas a la provisión de leche, he tenido ocasión de observar muchas veces esta clase de satisfacción homosexual, ya que no era posible disponer de toros para calmar los ardores de las hembras. Estos animales, embarcados en Alejandría, experimentaban el máximo ardor sexual cuando navegábamos por las regiones inmediatas a la línea ecuatorial.

Lo mismo puede advertirse entre los machos, y de ello se ven ejemplos en los perros, monos, asnos, etc.

Es evidente que ni un sistema ni otro pueden ser estrictamente considerados como métodos del coito, ya que no significan la penetración del pene en los genitales de la hembra. Pero desde luego, entre los hombres, resultan sistemas conocidísimos y primitivos practicados lo mismo en los pueblos salvajes que en los de civilización superior.

Entre los habitantes de las islas Tonga (lámina V, A) las mujeres no encuentran mayor satisfacción sexual que la que produce el *cunnilingus,* pero solo lo practican con sus maridos o amantes, diciendo que otro hombre que no fuese amado por ellas no podría conseguir otra cosa que excitarles. Por lo general, casi siempre devuelven la caricia, pero el hombre se presta a ello, no porque la *fellatio* les agrade, sino porque saben que sus amantes "no pueden demostrar su amor de otra manera más digna de creer en él".

En Samoa es muy frecuente que los viajeros sorprendan estas escenas recíprocas en cualquier sitio, "especialmente al caer la tarde, cuando el clima abrasador de estas islas se hunde en la dulce frescura de las aguas del mar". (Lemonnier, *Voyages exotiques.*)

La mujer samoana demuestra una actividad extraordinaria en el período de excitación, pero la detumescencia se opera en ella de una manera rápida, si bien en el coito normal no sucede lo mismo, puesto que el orgasmo es muy lento, y, según afirma Lemonnier, "parece sumirlas en una *petite mort* más duradera que en las mujeres occidentales". (Lámina V, B y C.)

Por otra parte, entre los pueblos asiáticos y africanos que observan estas prácticas sexuales, se habla de ello con toda naturalidad, sin los frenos que existen entre las gentes de Europa. Los japoneses y chinos tampoco conceden a dichos actos más importancia que la que entre nosotros tiene la narración de nuestras aventuras sexuales normales.

El doctor Max Dessoir afirma que las prostitutas de Berlín, especialmente las más caras, dicen que la mayor parte de sus clientes desean practicar el *cunnilingus,* y que en Francia e Italia esta proporción es más elevada, siendo también enorme el número de mujeres partidarias de esta forma erótica.

Por referencias de prostitutas de Madrid y Barcelona, comprobamos que el español se muestra partidario de dichas prácticas, aunque casi siempre reclaman la reciprocidad simultánea.

Justo es decir también que si el hombre, por lo general, siempre se halla dispuesto a la realización del *cunnilingus,* la prostituta no

acepta referida reciprocidad. Y ello tiene una explicación psicológica: el hombre, puede decirse, si se admite la frase, "que se enamora" repentinamente, esto es, que se excita con más facilidad, mientras que el proceso de excitación en la mujer, y sobre todo en la prostituta, es infinitamente más lento o no llega a realizarse. Si no acceder a estos métodos es posible considerarlo como una virtud, diremos que la prostituta española que no haya salido de su país resulta bastante virtuosa. Es como si estimase que el último reducto donde se defienden los vestigios de su honor es la negativa rotunda a prostituir la boca.

En justificación de esos procedimientos afirma Iwan Bloch "que de la necesidad sexual de variación y del efecto de las influencias exteriores se deducen la posibilidad y la frecuencia de la adquisición y educación artificial de las perversiones y perversidades sexuales, las que, según la intensidad del instinto, que, como se sabe, es diferente en los individuos según sea la facilidad con que se dejan influir, se presentan en ellos más temprano o más tarde, a veces temporalmente y otras con persistente duración".

En este punto coincide con la apreciación de Freud, y creo que todos los autores mostrarán su conformidad con tan atinadas definiciones.

Hasta tanto que esa variación no constituya más que una forma accesoria del coito encaminada al sostenimiento de la erótica, no será, en todo caso, más que un extravío, desde el punto de vista científico: más cuando llega a convertirse en costumbre, en método único, hemos de apreciarlo de distinta manera, puesto que ya es la perversión con todas sus características determinantes.

Hay otras razones en que basar esa interpretación extraviada de la sexualidad, aunque muchos autores hayan negado su evidencia: y es el fetichismo de los órganos sexuales, lo que, hasta cierto punto, hay que considerar completamente normal en la justificación de estos hechos. Cuando hablemos de las perversiones sexuales, verdaderas aberraciones de la sexualidad e inadmisibles en el terreno científico, podrá comprobarse la enorme diferencia que existe entre unas y otras manifestaciones. Por ejemplo, el hombre que experimenta el orgasmo a fuerza de besar un zapato de mujer, o el que exige que una prostituta le cubra de inmundicias orgánicas, es un enfermo; pero el hombre o la mujer que experimentan el máximo deleite besando o acariciando los órganos genitales de una persona amada del sexo opuesto serán *extraviados,* pero no *anormales,* puesto que también son capaces de cumplir perfectamente en el terreno de las nobles fun-

ciones de la procreación. Esta es "la línea" que no hay que perder jamás. Mientras que al coito se le pueda extraer el deleite que es capaz de producir, cuando esos extravíos son el medio para conseguir un fin, pero, entiéndase bien, *no el fin mismo,* sólo una higiene fisiológica deficiente, hemos de considerar que es el motivo que se opone a esas prácticas. Así pues, el *cunnilingus* y la *fellatio* representan, en cierto modo, la exteriorización del culto fetichista de los órganos sexuales, cuyas interpretaciones simbólicas aún siguen adorándose en ciertos pueblos primitivos que en otros tiempos florecieron por el prestigio poderoso de su civilización.

En China existe otra modalidad del fetichismo erótico que no se relaciona en nada con los centros sexuales primarios. Este es el fetichismo del pie.

En este caso hay que tener en cuenta la influencia poderosa de la costumbre en relación con el concepto local de la belleza. Para un chino la más atrayente belleza de la mujer estriba en la deformación del pie, lo que se realiza desde el nacimiento, sirviéndose de unos zapatos de hierro de los que no se liberta a la niña más que al cabo de muchos años.

El doctor Matingnon, que ejerció la Medicina en China durante muchos años, dice que la belleza de una mujer china se halla principalmente en los pies. "Un pie no deformado, dice un poeta chino, es una deshonra." "Para el esposo el pie es más interesante que el rostro. Sólo el esposo puede ver desnudo el pie de su consorte. Las mujeres chinas ponen tantos reparos en enseñar los pies como las europeas el pecho. He tenido que asistir bastantes veces a mujeres chinas que tenían heridas y escoriaciones en unos pies ridículamente pequeños, causadas por los vendajes. Revelaban entonces la misma gazmoñería que las colegialas; se sonrojaban, se volvían de espaldas para quitarse los vendajes y ocultaban después los pies en un trapo, dejando al descubierto nada más que la parte enferma."

En algunos puertos chinos, donde la influencia de Occidente es bastante destacada, parece que debiera haber desaparecido esa atracción tan fuertemente erótica del pie; mas no sucede así. Las chinas lo saben, y cuando un europeo las mira no pueden reprimir un gesto de disgusto y hasta una expresión de rubor, cuando la curiosidad lleva la vista hacia los pies. Un chino dice, a todo aquel que quiera preguntarle sobre el particular, que su mayor placer estriba en acariciar y oler los pies deformados de una mujer, y que solo con esto tiene bastante para experimentar el orgasmo, sin necesidad de más caricias ni de la intromisión del miembro viril.

Matignon, en su obra titulada *A propósito del pie de las chinas,* escribe: "Gran número de grabados pornográficos, de que tanto gustan los chinos, llamaron mi atención sobre este punto. En todas estas escenas lascivas vemos que el varón contempla voluptuosamente el pie de la mujer. Cuando un habitante de la Celeste República coge en sus manos el pie de una mujer, sobre todo si es muy pequeño en virtud de la deformación mecánica, el efecto que le produce es exactamente igual al que causa en un europeo el contacto de un pecho joven y firme. Todos los chinos a quienes he interrogado acerca de este punto me contestaron unánimemente: "¡Oh, un pie pequeño! ¡Ustedes, los europeos, no pueden comprender cuán exquisito, cuán suave, cuán excitante es!"

La excitación sexual que las caricias en el pie producen en un chino es la resultante de un gran elemento psíquico, como ocurre en el occidental que practica el *cunnilingus,* lo que, normalmente, no ocurre en todos los casos. Pero la suma máxima de voluptuosidades eróticas, se produce en estos hombres cuando frotan el miembro viril sobre los pies deformados. La prostituta china tiene tanta confianza en este método que en cuanto advierte a un probable cliente se coloca de forma en que pueda acariciar con los pies la región sexual del hombre.

Yo he tenido ocasión de observar a varias jóvenes chinas bañándose, completamente desnudas, a excepción de los pies, envueltos en fuertes botas de piel de carnero.

Entre los *giliakos,* pueblo situado al norte de Siberia, la mujer experimenta gran excitación sexual cuando sus pies son acariciados por el amante, especialmente por medio de cosquillas practicadas con la lengua. Por lo general, los hombres preferidos son aquellos que con más habilidad saben ejecutar esas caricias. (Lámina VI A y B.)

Por no ser objeto de este tema, dejamos de referirnos al pie como motivo de atracción sexual, pero ya nos ocuparemos en otro volumen de esta influencia psicosexual tan destacada, observada en todos los tiempos en diferentes países, y, muy especialmente en España, donde aún es fácil apreciar tal preferencia, no sólo en la literatura y la poesía, sino en las costumbres.

Claro es que los españoles sólo suelen apreciar la importancia sexual del pie femenino en el período del galanteo o de la conquista, pero ello ocupa un lugar secundario de menos importancia que la atracción de los pechos, las caderas, las nalgas o cualquier otra parte del cuerpo. No obstante, en la fórmula de "a los pies de usted, señora", o "beso sus pies", tan frecuentes en las relaciones sociales

modernas, existe un vestigio de aquella primitiva atracción, que sólo se observa en el género humano y que se emplea únicamente entre los españoles.

A pesar de todo, puesto que ya vemos los antecedentes universales de estos fetichismos eróticos, es justo admitir que las gentes que practiquen esos métodos de excitación sexual han de ser personas normales y no tienen por qué ser incluídas en el índice de las psicopatías sexuales peligrosas. Tales métodos tienden, única y exclusivamente, a lograr un aumento en la intensidad del placer sexual, y cuando ello no produce perjuicios físicos ni psíquicos, nos parece lógico admitirlo como un hecho natural, puesto que la naturaleza del individuo, no sólo lo reclama, sino que lo permite.

Ahora bien: a estas circunstancias puramente individuales, lo que pudiéramos llamar "expresión del derecho natural sexual", hay que añadir diversos factores causales de esas prácticas que, lo diremos siempre, no deben adoptarse como *fin*, sino como *medio* para alcanzar aquél.

No cabe duda que la sugestión y la imitación desempeñan un rol importantísimo en estos extravíos de la sexualidad normal clásica, lo mismo en los pueblos salvajes que en los civilizados. Ese don de imitación alcanza las máximas proporciones en el mono, el animal más parecido al hombre. Dice Bloch que estos extravíos y aberraciones de la sexualidad se propagan con increíble rapidez, presentándose "como usos, hábitos, modas y epidemias psíquicas".

Se empieza la práctica por curiosidad, y después se adopta por sistema, hasta que se convierte en costumbre para, más tarde, erigirse en ley. Afirma un psicólogo que donde más se manifiesta esta influencia es en aquellas perversiones sexuales que han acabado por convertirse en costumbres populares. Al efecto señala el célebre ejemplo de la pederastia griega, que se supone fué importada desde Creta, pero que verdaderamente partió de algunos verdaderos homosexuales que, en interés propio, sugirieron artificialmente su inclinación a algunos heterosexuales, o sean gentes normales.

En cuanto a la pederastia conyugal, no hay duda que se halla bastante extendida en ciertos pueblos primitivos, aunque en los civilizados no se acepta francamente, para lo que influyen bases tanto éticas como estéticas. No obstante, algunos matrimonios practican esta clase de comercio sexual con el fin de impedir la fecundación o por simple necesidad de variación. No cabe duda que la mujer posee en el esfinter anal una zona erógena de relativa importancia, si bien este coito suele practicarse, no al modo de las bestias, sino efectuando la intromisión peneana en la posición natural, esto es, cara a cara, pero por el ano en lugar de utilizar el conducto vaginal. En este caso pueden existir excitaciones clitorianas y hasta vaginales, aunque en este caso resulten bastante atenuadas las segundas.

El hombre aprecia más que la mujer esta clase de comercio, por la razón de que los músculos anales ejercen una compresión más fuerte del miembro viril que la del anillo vulvar. Decididamente, proscribimos con toda energía este extravío sexual, que, a no ser que se trate de individuos degenerados, no puede producir iguales deleites que el coito normal. Por otra parte, el extravío no tarda en convertirse en práctica imprescindible, en verdadera perversión del instinto genésico. Además, hay que añadir la posibilidad de que ocurran importantes daños anatómicos, en vista de la fragilidad de los tejidos de este falso conducto de la sexualidad.

Es necesario observar también que otro de los agentes determinantes del extravío sexual masculino se contiene en la actitud de la prostituta que, por lo general, es la iniciadora de estas emociones anormales. A pesar de ello, cuando una prostituta está enamorada de un hombre suele permitirle "todo aquello que ella no tendría inconveniente en realizar"; pero cuando no es partidaria de la *fellatio* sólo permite que con ella practiquen el *cunnilingus* aquellos hombres por los que no tiene ningún interés, pero jamás al amante de corazón. En contraste, hay muchos hombres casados que nunca osarían proponer a sus esposas semejante refinamiento, pero que no tienen inconveniente en practicarlo con la primer prostituta que les sale al paso. En este caso hemos de estimar que la perversión radica en la práctica extraconyugal, en vista de que sólo pueden existir excitantes psíquicos momentáneos, al contrario que en el matrimonio perfecto, en que hemos de suponer la existencia de fuertes lazos espirituales recíprocos y constantes.

Cuando el marido no propone esta caricia a su esposa legítima no deja de hacerlo por él, sino por ella. La réplica de la mujer no tendría su origen en los prejuicios, en un concepto del respeto ni en un prurito de gazmoñería; pero el fundamento sería, principalmente, su "temor a causar asco", o, por otra parte, a sentirlo ella misma, puesto que la boca del hombre, estiman, "no debe de pasar de los órganos genitales a los labios de la amada". Por lo general, la prostituta que gusta de que se la haga objeto de esas caricias, a pesar de la limpieza absoluta de sus propios órganos sexuales, raramente permite que la bese el hombre que así la acarició, cuando ella no ha practicado el extravío recíproco. No cabe duda que en ciertos pue-

blos, especialmente en aquellos más fuertemnete influenciados por la moral católica, los órganos de la copulación asumen en el ánimo de las gentes el más arraigado prestigio de lo antiestético en todos los órdenes.

A parte de todos estos medios naturales de la práctica erótica, y decimos *naturales* porque en su práctica no entran recursos *artificiales*, se emplean ciertos agentes de acción mecánica que hemos de analizar aunque solo sea por mera curiosidad, ya que su influencia parece ser bastante limitada aunque no del todo desconocida en nuestra civilización.

No obstante, en los pueblos salvajes es muy común el uso de determinados artificios y hasta la práctica de diversas mutilaciones, todo lo cual se realiza con el exclusivo objeto de extraer del placer sexual los máximos resultados eróticos. No hemos de referirnos en esta parte a los placeres solitarios, que ya estudiaremos en otro título, sino a los goces heterosexuales, para lo que se acude a esos recursos artificiales del ingenio.

Si fuésemos a exponer uno por uno todos esos procedimientos se necesitaría de centenares de páginas; por ello nos limitaremos a reseñar los más conocidos y curiosos de cuantos han llegado a nuestro conocimiento.

En Europa entera son de sobra conocidos los "anillos excitantes", inventados por los fabricantes de artículos de goma. Estos anillos son de caucho y en forma de cono truncado, provistos en su superficie externa de múltiples protuberancias agudas. Este aparato se lo coloca el hombre a modo de anillo en el pene, de forma que la parte más ancha proteja la base del miembro viril. Su objeto es producir mayores excitaciones en la mujer, empleándose cuando la actuación sobre el clítoris no puede obtenerse normalmente, o porque este pequeño órgano sea muy reducido, de aspecto infantil, o cuando está insertado de tal forma que queda fuera de la zona de excitación peneana.

También se fabrican condones provistos en toda su extensión de esas protuberancias, siendo el objeto idéntico al del anterior, aunque la excitación resulta también acentuada en los tejidos vaginales.

Entre ciertos indígenas del Africa Central existe una costumbre de muchos siglos, que consiste en lo siguiente: Cuando los muchachos tienen ocho o diez años son entregados a los curanderos de la tribu, los cuales, con instrumentos quirúrgicos (?) adecuados, practican seis u ocho incisiones en el glande de los "neófitos". En estas incisiones depositan otras tantas piedrecitas, las cuales, al cicatrizar

las pequeñas heridas, quedan cubiertas por los tejidos cutáneos, resultando que al cabo de algún tiempo el glande presenta un aspecto verrugoso característico. Estas verrugas adquieren gran dureza por efecto, no sólo de las piedrecitas que fundamentalmente las forman, sino que también por el anquilosamiento de los tejidos. Las mujeres son tan lúbricas que jamás se casan con un hombre que no haya sido operado de esta forma, ya que los que presentan un pene de estructura normal no son capaces de producirles las necesarias excitaciones (Lámina VI, C y D.)

Acerca de los indígenas de las islas Carolinas, el doctor Finsch dice que "todos los hombres de aquellas islas tienen sólo un testículo, porque a los niños, al cumplir siete u ocho años, se les extirpa el testículo izquierdo, valiéndose de una caña de bambú sumamente afilada. De este modo encuentran las mujeres que son preferibles los hombres. En la tribu de los *massai*, en Africa, se practica la circuncisión, y, por motivos análogos, se deja sin cortar un pedazo del prepucio, que se convierte en una especie de nudo duro. Esta forma de circuncisión es muy estimada por las negras, porque entre las de la raza todo tiene por finalidad los mayores goces sexuales".

Donde más difusión ha alcanzado el uso de estos aparatos ha sido en Borneo, y el más conocido es el *ampallang*, que consiste en una pequeña varilla de hueso o de metal de unos cinco centímetros de longitud, redondeada en los extremos. Antes del coito se inserta en un orificio transversal del pene, hecho mediante una dolorosa y algo peligrosa operación y conservado abierto mediante una pluma de ave. A veces llevan dos o más de estos instrumentos, y algunos atan unas escobillas a la extremidad del aparato.

El etnógrafo Brooke Low dice que otro instrumento usado por los *dayaks* de Borneo consiste en un anillo o collar de fibras de palmera entretejidas, provisto de un par de cuernos duros de la misma materia, que se sujeta al cuello del glande, adaptándole a la piel para que no se deslice.

En Java suelen atarse alrededor del glande un trozo de piel de cabra para formar una funda peluda, lo que produce en la mujer las máximas excitaciones de los órganos internos.

Los chinos emplean un aparato denominado "erizo", especie de guirnalda de plumas finas y tiernas sólidamente unidas con hilo de plata a un anillo del mismo metal que se fija sobre el glande. En el Sur de América, los araucanos, a quienes ya nos hemos referido con otro motivo en el volumen IV de estos TEMAS, usan una pequeña

escobilla de crín de caballo, fijada alrededor del pene. Estos instrumentos, que fabrican las mujeres, reciben el nombre de *geskels*.

La mayor parte de las investigaciones han demostrado que las mujeres conceden una gran importancia al placer proporcionado por estos instrumentos. Puede añadirse que muchos aparatos parecidos se han encontrado en países europeos, especialmente en Alemania, bajo la forma de un preservativo provisto de irregularidades, con el fin de aumentar la excitación de la mujer. No es difícil encontrar pruebas de que en los países de Europa, aun en ausencia de tales instrumentos, el deseo que ellos satisfacen existe todavía en las mujeres. Un médico cuenta que un paciente suyo, que tenía vegetaciones en el glande, no quería ponerse en cura, porque su amante le quería así más.

También en relación con el aumento de la intensidad del placer pudiéramos referirnos al *sadismo* y el *masoquismo*, esto es, el goce que se experimenta haciendo sufrir a la persona amada, o el que se recibe mediante los dolores que esa persona amada infiere. Pero aparte de esas manifestaciones usuales y frecuentes entre personas bien orientadas en materia sexual, como el mordisco, los golpes suaves, etc., en el terreno normal no es posible admitir estas muestras de perversión, a las que nos referiremos con la extensión debida en el volumen correspondiente.

Existe en el hombre una particularidad anatómica que las mujeres ardientes y experimentadas no dejan de tener en cuenta: nos referimos a la circunscisión, que permite la desintegración absoluta del glande de la envoltura prepucial. En los hombres que tienen el pene cubierto por esa envoltura, la sensibilidad del miembro viril es mayor, y, por lo tanto, son más susceptibles a los mecanismos de frotamiento, lo que causa que se produzca la excitación seguida del orgasmo correspondiente. Cuando el pene puede descubrirse totalmente, permaneciendo de esta forma aun en estado de reposo, los tejidos externos del miembro viril adquieren una especie de reducción de la sensibilidad a esos frotamientos característicos del coito, lo que permite un menor esfuerzo psíquico para contener la producción del orgasmo. Un hombre circunciso tarda, por lo general, tres veces más tiempo en experimentar el orgasmo que otro que no logre "desprepuciar", como se dice en términos vulgares. Huelga insistir, por tanto, en el motivo de la preferencia de las mujeres por los circuncidados.

LOS SEXOS ANTE LA ERÓTICA

Independencia de la sexualidad.—El freno, origen de perversión.—La mujer toma la iniciativa.—Una confesión sincera.—Lo que la mujer desea.—Ellas exigen mayores placeres.—Límite de capacidad erótica.—Las insaciables.—El marido viejo y la mujer joven.—El "cuarto de hora".—¿Quién logra más placer?—Mujeres célebres.—Lascivia femenina.—La mejor ocasión para el deleite.

Es indudable que no hay manifestación alguna de toda la actividad humana que tan mal armonice con los convencionalismos e imposiciones de la sociedad como lo que se refiere a la sexualidad, incluso en la más elemental de sus manifestaciones. Un autor alemán, en un estudio psicológico que realizó hace tiempo, dijo que "este terrible convencionalismo de nuestra época ha relegado a tan segundo término la "realidad" del amor que ha sofocado en él todo lo que es original suyo, desterrándolo a las oscuridades del propio interior para dejar subsistir solamente las formas convencionales sancionadas del amor sexual".

Mas, a pesar de todo, a esa opresión constante que impide hablar con claridad de estos asuntos, como si fuesen lo más pecaminoso y brutal, como si nosotros, como todos los seres, no fuésemos la consecuencia de ese acto, a esa opresión, repito, ha tenido que suceder, de por fuerza, una reacción legítima, que si no tiene trascendencia pública, la tiene, y muy grande, en la vida privada de todo el género humano.

¿No nos bastan las leyes naturales dictadas por Dios?... Pues si queremos hallar la más clara explicación de estos hechos, repásense las informaciones de los observadores más imparciales, con lo que se comprobará completamente que aquellos pueblos a los que desdeñosamente denominamos inferiores, son, en muchos aspectos, superiores a nosotros. Y uno de esos aspectos, el más importante por ser fundamental, es el de la sexualidad. Creo que tienen una idea más justa de lo que es Dios, de lo que es la religión y de lo que

debe ser la moral que se inspira en las leyes respetables de la Na-
turaleza.

Pero hasta si queremos prescindir del ejemplo incontestable d
los pueblos salvajes hay que convenir, también incontestablemente
que el hombre culto actual, considerado desde el punto de vist
sexual, posee una doble naturaleza. Lo sexual reside en él de una
forma que pudiéramos llamar autónoma, de evidente independencia
con relación a las demás funciones de su actividad vital, física
espiritualmente consideradas. Muchas veces, hasta en los hombres
dotados de una alta espiritualidad, la sexualidad específica se separa
del amor, y entonces se manifiesta en toda su fuerza elemental
primitiva, rebasando todos los límites. Pero las coacciones, las pre-
siones de que hablábamos antes, dan lugar a que en un momento
determinado, ese fuego interior estalle y surja a la superficie en las
manifestaciones del extravío o de la misma perversión sexual.

Charles Albert, en su libro *El amor libre,* dice: "Si el amor
en nuestros días, se manifiesta con frecuencia como extravío o pa-
sión, se explica casi siempre por los obstáculos de todas clases que
se le oponen. No hay otro sentimiento que sea más violentado, com-
batido, menospreciado y agobiado bajo el peso de cadenas materiales
y morales que el amor. Sabemos que la educación fué la primera que
empezó a ponerle trabas, considerándolo como algo prohibido, y
cómo la dureza de la vida económica continúa la obra iniciada por
educación. Apenas dan los primeros pasos en la vida un joven y
una doncella, apenas se han puesto en contacto con la sociedad, en-
cuentran ya mil obstáculos que les salen al encuentro para hacerles
más difícil la vida sexual. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, viviendo
entre tal sociedad, se convierta el amor en una idea fija de los indi-
viduos y los mantenga en constante intranquilidad? A la Naturale-
leza no puede ponerle frenos el orden que quiere imponerle la socie-
dad. La necesidad de amar vive siempre entre nosotros y grita en
sus ansias no satisfechas, y si nada le responde más que el eco de su
dolor, decae y degenera en lo perverso, y ese mismo amor, al que le
impiden alcanzar con la satisfacción de sus anhelos la tranquilidad
que apetece, se convierte para muchos en un verdadero suplicio.
La imaginación muy exaltada y el deseo no satisfecho producen las
formas más atormentadoras y anormales del amor, y en una socie-
dad que no quiere reconocerlo, es en la que más estragos tiene que
ocasionar la pasión. La inclinación al amor, oprimida por los con-
vencionalismos sociales, tiene que buscarse expansión, no sólo en
la violencia propia, que es la consecuencia natural de toda opresión,

sino inventando además todos los refinamientos y corrupciones que
tienen que hacer más intensos los goces del amor. Consciente del me-
nosprecio de la sociedad, trata de reconquistar por la violencia lo
que le falta de sensualidad."

La violencia de la saciabilidad de estos anhelos eróticos está en
proporción directa con los hechos que la motivan. Si la excitabilidad
del ambiente *artificial* no fuese tan maciza es cuando esos extravíos
no nos parecerían tan naturales. Y quien más pierde es la mujer;
luego le toca perder al hombre.

La mujer que ha permanecido en excitación constante, consciente
o inconsciente, desde antes de la pubertad hasta la hora del matri-
monio, aparte su naturaleza, ha estado "almacenando" una poderosa
carga sexual, cuya descarga, el marido inexperto, no siempre acier-
ta a provocar adecuadamente. En cambio él, como las condiciones de
la vida le brindaban un máximo de facilidades que no dejó de utili-
zar, llega al matrimonio "descargado". Por ello, cuando el amor es
cierto y el sexo de ella reclama sus derechos, sólo la mujer puede
salir *ganando* cuando a los recursos naturales de erotización se agre-
gan los métodos naturales o artificiales que, según nuestra definición
convencional, pueden permitir al marido salir airoso de la empresa
tan erizada de dificultades.

Pero no cabe duda, por esta difícil saciabilidad de la mujer, que
ella es la que casi siempre toma la iniciativa cuando se hace necesa-
rio recurrir a esos extravíos *normales,* y si no la iniciativa, adopta
una *pasividad activa,* valga la extraña paradoja, que consiste, no
sólo en "dejarse hacer", sino en no exteriorizar disgusto. Entonces,
el marido, por aquello de que "el que calla otorga", sabrá, en ade-
lante, a qué atenerse...

Una antigua compañera, mujer de fuerte temperamento, que ma-
trimonió con un colega compañero de ambos, expuso, sinceramente,
su opinión a este respecto. En un artículo publicado en cierta revista
profesional, artículo que escandalizó a muchas damas de la hipócrita
sociedad de toda una nación, decía, entre otras verdades, las siguien-
tes: "O el hombre es muy débil, o la mujer es demasiado fuerte
para la práctica de la sexualidad. En mi consulta se me presentan a
diario casos, en los que las clientes se obstinan en ver en mí al
médico y al confesor en una pieza. Por un lado, me exponen la satis-
facción de sus ansiedades eróticas gracias a las habilidades "innatu-
rales" de sus maridos, pero, por otra parte, se lamentan de "haber
pecado". Claro es que, por lo visto, jamás se hacen el propósito firme
de "no pecar", tal vez porque encuentren un nuevo placer que aña-

dir a los ya experimentados, en las reflexiones del arrepentimiento. Yo, por mi parte, no encuentro más consuelo para sus inquietudes, aparte de las consideraciones que la profesión me sugiere, que decirles, honradamente, que yo me encuentro en las mismas condiciones, en lo que se refiere a la primera parte del caso. Y esto las consuela a ellas, y, ¿por qué no decirlo?, también me consuela a mí. "Yo—me dicen—no invité a mi marido a que introdujese algunas prácticas de variación en la monotonía de nuestras relaciones sexuales; pero tampoco me negué a sus pretensiones que, siquiera por haber oído hablar de ello, tenía verdadera curiosidad por conocer." Pero si ellas han sido sinceras conmigo, yo quiero ser más sincera con ellas. Por mi parte, le rogué a mi marido que me hiciese conocer, si podía, emociones nuevas."

En esta duda de la hoy ilustre compañera vemos con claridad que la cultura, la civilización o los convencionalismos, tratan de encubrir estas tendencias naturalmente instintivas tras un cendal espeso. Pero en aquellos pueblos primitivos donde esas deformaciones no han llegado a tener una relación estrecha con la sexualidad, vemos a la mujer ordenando y dirigiendo la vida sexual de las generaciones. Cuando hemos hablado de los artificios empleados para lograr la máxima intensidad del placer, vemos que no hay un solo instrumento que tenga por finalidad satisfacer exclusivamente al hombre. Al contrario, esas operaciones que consisten en introducirse piedrecitas en el glande, en agujerearse el pene, en colocarse anillos y hasta producirse anestesias locales, no es posible que causen placer, sino dolor y molestias. Pero todo lo soportan con tal de complacer a sus amantes, ya que así lo exigen.

El doctor Macklay, que residió muchos años enviado por el Gobierno alemán a Borneo, dice "que es inagotable la inventiva de las mujeres y es más que probable que todas esas costumbres y todos esos aparatos hayan sido inventados por las mujeres o sólo para ellas. En esos pueblos primitivos, termina diciendo, rechazan las mujeres a los hombres que no llevan en sus miembros genitales dichos aparatos excitadores del placer sexual".

Pero en Europa, aparte de lo que hemos expuesto anteriormente también se registran casos en los que la mujer permanece impasiblemente cruel ante la cruenta abnegación del hombre con tal de satisfacerla, y de satisfacerse, como explicaremos después de exponer el siguiente caso citado por Bloch:

"En la sala de sifilíticos del hospital de Laibach fué admitido un



A. Mujeres de Tonga

La práctica sexual más común y más agradable para estas indígenas, es el "cunnilingus".





B. y C. Muchachas samoanas

Se dice que estas mujeres experimentan emociones sexuales más intensas que las occidentales.

LAMINA V





A y B. Hombre y mujer giliakos

El máximo deleite sexual lo obtienen estos hombres lamiendo los pies de sus mujeres





C y D.—Las mismas verrugas que, como adorno, llevan en el rostro, se las producen en el miembro viril, que suele tomar un aspecto monstruoso.

LAMINA VI

hombre de cincuenta años. El pús que segregaba se comprobó que era debido solamente a una balanitis; más, con extrañeza, se vió que su pene, por cierto de extraordinario tamaño, estaba atravesado por unos cuerpos en forma de palitos que después de practicadas unas incisiones en la piel, resultaron ser horquillas del peinado y alfileres de cabeza; éstos, lo menos diez, con la cabeza del tamaño de un grano de pimienta, y uno hasta le llegaba al testículo. Después de extraídos los alfileres y horquillas manifestó el paciente que su amante *se los había clavado* para que "le viniera mejor la naturaleza". Los alfileres estaban subcutáneos, rodeando el cuerpo del pene como un anillo."

Yo estimo que el anterior caso evidencia bien a las claras que en este aspecto, bien poco se diferencian las mujeres de todas las latitudes. Mas también se pone de manifiesto un hecho indudable: que el amor, el impulso sexual, la ansiedad erótica del hombre es tanta, que no titubea en someterse a estas crueles experiencias, no tan desinteresadas como parece, como sería en el caso de que él no experimentase placer alguno, sino con el interés puesto en gozar de aquella mujer, que, de otra forma, se negaría a satisfacerle. Pero esto no obstante, estos tipos de enamorados no se dan con frecuencia en los medios civilizados, ya que no hay que dudar que, hasta cierto punto, se sacrifican en holocausto del imperio sexual de la mujer. Un hombre "no tendría paciencia" para esperar a que una mujer ardientemente deseada hiciese todas estas operaciones para satisfacrle a él, mientras que a una mujer le sobra "sangre fría" para esperar cuanto sea necesario. Y ello es porque la mujer no ama nunca con el ardor y la vehemencia que en lo mismo pone un hombre, por muy bien orientado que esté en la materia.

Aquí llegamos a un punto que siempre fué muy discutido, cual es lo que se refiere a la educación sexual experimental, o, mejor dicho, al límite de capacidad a que un hombre debe de acostumbrar a su esposa.

Desde luego, no es posible fijar métodos ni límites, puesto que está harto demostrado que la capacidad erótica de la mujer aumenta progresivamente, desde el primer día, si en esa ocasión ella llega a experimentar el orgasmo. Un marido inteligente que ame a su mujer, sin querer, insensiblemente, irá acostumbrándola a los deleites del sexo hasta el punto de que si no media por parte de ella una feliz comprensión de la capacidad de su esposo y del límite que ella debe imponerse en concordancia con esos factores y el importante de su propia salud, llegará el momento fatal para él de una reducción

de la capacidad, ocurriendo lo inverso en su cónyuge, en la que la ansiedad erótica resultará excitada, o, cuando menos, sufrirá una atenuación más tardía.

Esto es, pues, un punto difícil de resolver satisfactoriamente. Van de Velde aconseja al marido no acostumbrar a su mujer, "irracionalmente", a la capacidad máxima, porque al cabo del tiempo "no resultará apta, pues hay muchas mujeres que, en su esencia, no están dotadas de tan gran temperamento".

Pero creo que el célebre tratadista enfoca la cuestión desde un punto de mira equivocado. Yo estimo que una mujer, en el momento en que deje de ser apta, es que ha disminuído su capacidad, y, por lo tanto, con recluirse en el baluarte de su verdadera pasividad, no hay que ocuparse del asunto. Bien es verdad que ello puede contrariarla, no porque anhele una satisfacción para sí, porque su "incapacidad" la sitúa en ese *statu quo,* sino, sencillamente, por el temor de que su inactividad psicosexual pueda traducirse en una tara psíquica en la buena disposición de su amante marido. Pero en este caso, la mujer siempre tiene recursos sobradísimos para engañar, por decirlo así, "piadosamente" a su marido; él no tiene necesidad de advertir que su esposa ha llegado al límite del terreno erótico.

La precaución del marido ha de ser, dicho sinceramente, egoísta: esto es, debe cuidarse de sí más que de ella, por el hecho sencillo de que si es naturalmente frígida y no siente ninguna atracción por los placeres sexuales, puede considerarse satisfecha, y si, por el contrario, es ardiente en extremo, su inteligencia y su amor le dictarán las normas prudentes a seguir, pese a que ya se encuentre plenamente satisfecho.

Por otra parte, cuando el matrimonio es armónico en todos los sentidos, y, muy particularmente en lo que a la edad se refiere, a no ser que existan motivos patológicos, el equilibrio se mantiene con facilidad, ya que los recursos de la erótica son tan variados como interesantes. En otro caso, siempre debe recurrirse al consejo del médico, quien está en las mejores condiciones, cuando se le exponen los casos sinceramente, de poner un remedio adecuado a la importancia del mal.

Luego yo estimo que, a más de resultar prácticamente imposible a los amantes fijar los límites de su capacidad, puesto que es sólo la Naturaleza quien establece esos términos, no es posible ni al médico ni al psicólogo fundar grandes esperanzas en la obediencia ciega a los métodos que prescriban, cuando se trata de un matrimonio completo, esto es, enamorado. Ello equivaldría a tanto como a

poner trabas al impulso sexual, cuando precisamente nos lamentamos a toda hora de las imposiciones de la moral y de las costumbres.

No quiero decir con esto que las prescripciones médicas no sean utilísimas: lo son, en primer lugar, porque se basan en la experiencia y en las deducciones lógicas del conocimiento de la psicofisiología humana, y, en segundo, por su altruísmo desinteresado. Pero es que tengo la convicción absoluta de que en la inmensa mayoría de los casos, los matrimonios jóvenes y enamorados, que es donde los excesos encuentran más abonado campo, han de mirar con cierto escepticismo temerario el fondo lógico de dichas prescripciones.

Rechazo en absoluto la opinión de Van de Velde cuando refiriéndose a la edad de los cónyuges dice, que a veces resulta ventajoso el matrimonio de un hombre de edad, no un viejo, con una virgen "no demasiado jovencita", porque la mujer se acostumbra en seguida a unas relaciones sexuales atemperadas; "el marido, por su parte, puede sostener tales relaciones durante largos años, y la mujer jamás se enterará de otras cosas mejores".

El buen ginecólogo de Haarlem ha olvidado, por lo visto, cuál es la psicología femenina. No es mi ánimo entrar en una amplia discusión de las afirmaciones del célebre maestro; mas para resumir el fundamento de mi disconformidad diré que, una de dos: o la esposa carece de buena orientación sexual *instintiva,* o el matrimonio reside en una isla desierta. De otra forma, ella haría lo posible para comprobar que existen "otras cosas mejores".

No es posible admitir en todo su valor la creencia vulgar de que la mujer necesita menos que el hombre de los placeres sexuales, opinión muy frecuente que hasta las mismas mujeres experimentadas, no tienen, a veces, inconveniente en emitir. Lo que sucede es que la mujer está sujeta, más que el hombre, a la influencia de los fenómenos de la periodicidad sexual, de lo que ya hablaremos con la amplitud debida.

Ya hemos dicho muchas veces que la mujer, hipócritamente en el concepto vulgar, pero de una manera instintiva en el aspecto psicológico, puesto que lo que al hombre parece hipocresía no es más que un producto del instinto femenino, hace como que rechaza las solicitaciones del hombre, aunque en el fondo no haya más fuerza que el deseo de excitación. Por lo tanto, esta negativa a acceder a los deseos del varón es sólo superficial, ya que no hay una mujer que estando normalmente orientada, perfectamente consciente de su sexualidad, que en el transcurso de un día no tenga un *cuarto de hora* en el que ardorosamente desee ser violada.

¿Es brutal la afirmación? Tal vez. Pero como no hay duda que constituye un hecho cierto—y me someto al criterio sincero de la mujer en general—no es necesario que aduzcamos muchas pruebas para demostrarlo.

A fuer de sinceras, por otra parte, no se explican que sus amantes concentren toda su atención, cuando llega la hora de las intimidades, en los placeres del sexo ni aciertan a aclarar el motivo de ciertos sacrificios que el hombre realiza para poseerlas. Ellas no harían lo mismo de una manera constante o con tanta asiduidad como él. Tal es, pues, la diferencia.

Entonces—se me dirá—, ¿no quedamos en que todas las mujeres tienen un "cuarto de hora" en que desearían ser poseídas hasta violentamente?... Sí, en efecto. Pero ese deseo sólo lo experimenta una mujer "durante un cuarto de hora", mientras que el más ardoroso anhelo de un hombre de temperamento, completamente enamorado, puede constituir en ocasiones el punto cardinal de su existencia y a él se entrega en cuerpo y alma "durante las veinticuatro horas" de ese mismo día. Por esto, si la coincidencia en la ansiedad erótica fuera posible, no habría muchas mujeres infortunadas en su matrimonio.

Lo único que ocurre en el hombre es que esa ansiedad sexual está sujeta a oscilaciones diversas: él no desea "violar" más que cuando se encuentra poderosamente excitado, y esto, naturalmente, no ocurre a todas las horas. De ahí la dificultad de la coincidencia.

Otro punto que en el ánimo popular no está suficientemente aclarado es el que se refiere a la intensidad del deleite en los dos sexos. En el capítulo que hemos dedicado a estudiar la técnica de la erótica ya he dicho, en resumen, y demostrado gráficamente, lo que es posible afirmar a este respecto.

De muy antiguo los tratadistas de la fisiología del amor se han empeñado en laboriosas discusiones acerca de quién de los dos, el hombre o la mujer, era capaz de extraer más deleites de las funciones del sexo. Antiguamente hasta se llegó a creer que el placer de la mujer en el comercio carnal era más intenso cuando ocurría la fecundación. Otros autores, por el contrario, estimaban que el máximo goce femenino sólo podía experimentarse cuando se excluían las posibilidades de fecundación, y así se emitieron opiniones de los más diversos estilos.

En lo que al hombre afecta siempre se ha estado de acuerdo en estimar que, en cualquier circunstancia, sus emociones eróticas estaban subordinadas a un máximum de variabilidad. Más modernamente

las investigaciones practicadas han permitido establecer determinadas diferencias que, aunque poco importantes, han resultado lo suficientemente precisas para llegar a la conclusión, como hemos visto, de que el deleite sexual es más intenso en el hombre, y menos intenso, pero más prolongado, en la mujer.

El doctor Venette fué, después de Ovidio, quien con más fidelidad trató estas cuestiones de la psicofisiología del amor sexual, y sus observaciones pueden admitirse como base de cuanto alrededor de la materia se diga.

Decía este tratadista que aquellos que querían demostrar que los hombres son más lascivos que las mujeres, decían que el sexo masculino tiene mayor calor, su pulso es más firme, la respiración más fuerte y la piel más cálida y más seca; que poseen más vegetación pilosa, viven más tiempo, son más activos, y, en fin, que en todo demuestran mayor vigor que las mujeres.

Estas teorías no las admitió nunca el sabio fisiólogo, aunque bien es verdad que no dejó de estimarlas en su parte valorable.

En efecto, es preciso admitir que el hombre es más apasionado que su compañera, o, por lo menos, más vehemente en todas sus manifestaciones y especialmente en lo que a la sexualidad se refiere, a más de que indudablemente posee todas esas cualidades que se le atribuyen; pero por todas esas causas, aunque aparentemente sean muchas, no puede decirse que el hombre sea más lascivo. Estimo que en todo cuanto hasta ahora llevamos escrito, el lector se habrá dado cuenta, y si es hombre en virtud de su pericia experimental, que si puede resultar difícil para un mediano observador decidirse en un sentido o en otro, tampoco es justo atribuir al hombre una mayor ansiedad erótica que la que merece la mujer, pese a su pasividad aparente.

El amor sexual, ya lo hemos dicho, no es bastante, por sí solo, para producir perturbaciones de importancia en los espíritus sanos y fuertes. Y siendo el hombre más fuerte de espíritu que la mujer hay que comprender que no está expuesto a sufrir esos trastornos extraordinarios. El hombre, después de pasada la primera época de su iniciación sexual, en la que lo más seguro es que dé muestras de una lubricidad exaltada, no deja de ser advertido por la Naturaleza al llegar al límite de los excesos. Pero en un matrimonio joven, en el que justo es reconocer que él ya lleva experiencia que falta a su mujer, cuando esa naturaleza hace la advertencia lógica, parece que a ella le dice todo lo contrario. Cuando un hombre llega a atemperarse, su cónyuge alcanza cierta independencia subsiguiente a la época de

aprendizaje. Entonces la mujer ya no reconoce límites, puesto que su naturaleza no sufre los grandes desgastes a que está sujeto el organismo masculino. Por eso decía Venette, con gran sagacidad y conocimiento de causa, que en estas cuestiones el hombre no debe discutir, sino ejecutar las órdenes de su mujer, puesto que nosotros no somos más que "unos niños al lado de las mujeres, que saben bastante más que los hombres, porque aprendieron bien la lección en esta suerte de materias".

Por otra parte, las mujeres poseen una imaginación más viva que la nuestra, y como son más partidarias de la ociosidad que el hombre, mientras éste ha de dedicar el tiempo a sus asuntos y ocupaciones perentorias, ellas tienen lugar sobrado para pensar en el alcance de todas las excitaciones. Pero tampoco puede decirse que tal conducta entrañe una prueba de lascivia, ya que pueden permanecer muchos días sin desear los placeres sexuales.

Las teorías esgrimidas por ciertos autores para demostrar que la mujer es más lasciva que el hombre se fundaban en el hecho cierto de que entre los animales se observa un mayor afán por los placeres sexuales en aquellos que son más pequeños y viven menos años; en este caso, no cabe duda que así debe ser, puesto que la talla media de la mujer es inferior a la del hombre y el límite de la vida llega antes en aquélla que en éste.

Aparte de estos fundamentos que no pueden admitirse por sí solos, puesto que una mujer de gran estatura puede ser muy ardiente y una de pequeña talla completamente frígida, o, al menos, escasamente aficionada a los deleites del sexo sin que existan en ella desórdenes psicofísicos, creo que es más acertado recurrir a otras demostraciones, y, sin ir más lejos a los ejemplos "tan poco ejemplares" que dieron muy célebres mujeres de la Historia, recogidos tanto en las escrituras de los paganos como en las Escrituras Sagradas. Por ejemplo, Nectimena y Valeria aceptaban con verdadero deleite las caricias incestuosas de su propio padre; Agripina se prostituyó a sus hijos y a su hermano, Calígula; Julia, a pesar de sus años, se hacía poseer por su hijo político, el emperador Caracalla, con el que después se casó; Semiramis, la bella fundadora de Babilonia, se entregó a una infinidad de hombres; Mesalina, acostumbraba a abandonar el lecho conyugal marchando a los prostíbulos de Roma, donde se hacía poseer por cuantos hombres querían tomarla. Después de estas bizarras aventuras decía que se encontraba cansada, pero no satisfecha.

En distinto orden, aunque muy parecido, se cuenta que una joven-

cita de Toscana, hija de un aristócrata, se hizo cubrir por un perro. El animal, fuertemente excitado, la produjo heridas de consideración, de las cuales murió. La muchacha no pudo desasirse de la bestia, puesto que la estructura del miembro del perro no permite que pueda salir de la vagina, sino al cabo de algún tiempo, bastante después de haber experimentado el orgasmo. Consiste en una protuberancia nudosa que adquiere gran volumen, situada en la mitad de la verga.

También en Egipto, y ello en la actualidad, las jóvenes acostumbran a servirse de los machos cabríos, a los que llegan a preferir al hombre. En contraste, algunos jóvenes egipcios de la región del Alto Nilo, generalmente de formas afeminadas y hasta de belleza femenina, también practican la pederastia, pero, como la mujer, en actitud pasiva, esto es, "haciéndose poseer" por machos cabríos, cuando no encuentran un hombre que quiera satisfacer su erotismo homosexual. (Lámina VII.)

En otra ocasión hemos hablado del ejemplo que las mujeres ofrecen en los manicomios, en las cuales se observan las más frecuentes manifestaciones de su fuerte impulso sexual, lo que no ocurre entre los hombres recluídos, cuyo desequilibrio les lleva por otros derroteros distintos de la sexualidad, como la megalomanía o delirio de grandezas: se creen reyes, emperadores, papas, etc.; la mujer demente hace todo lo posible por parecerse a Mesalina.

En esta diferencia, puesto que la anulación de las facultades mentales ha igualado a los dos sexos, vemos que la tendencia irracional o, hasta cierto punto, instintiva, revela con bastante claridad la capacidad del impulso erótico del hombre y de la mujer.

También las teorías antiguas acerca de la mayor intensidad del placer en un sexo o en otro, que es la conclusión a que queremos llegar después de exponer lo que va dicho, han sido bastante dignas de pasar a la consideración de nuestros días. Por lo general se cree que cuanto más ardiente sea el individuo, más intensas han de ser las emociones que experimente en su vida sexual: y ello es un error. El hombre, es cierto que posee un espíritu más firme, y cuando ama, lo hace con más intensidad y más voluptuosamente que la mujer, porque la descarga nerviosa va acompañada de la detumescencia, de la expulsión de unos productos de secreción que la mujer no elimina en igual forma. Esta puede ser la explicación más adecuada al hecho de que el placer del hombre sea más intenso.

Ellas, desde el momento que el hombre empieza a acariciarlas, comienzan a sumirse en una voluptuosidad, en un nirvana delicioso

de más intensidad que la emoción preliminar que experimenta el hombre en las mismas condiciones. No obstante, estas sensaciones pueden aumentarse en determinadas épocas, como por ejemplo durante los tres o cuatro días que siguen a la semana cumplida del final de la última menstruación, o, para mejor definirlo, durante la mitad del lapso intermenstrual, esto es, entre dos menstruaciones.

La explicación científica de este hecho—no completamente demostrado—dice que este aumento de capacidad erótica de la mujer se debe a los procesos que se desarrollan en el cuerpo, en virtud de los estímulos realizados por la secreción del cuerpo lúteo, que se halla en dicha época en el máximo grado de su florecimiento. En su *Psicología de la reproducción,* el doctor Marshall dice, por el contrario, que "la época de las sensaciones más pronunciadas es, por regla general, aquella que sigue inmediatamente después de terminada la menstruación.

En ambos casos, el aumento de deseo parece que en la mujer produce también un aumento de sensaciones y hasta una mayor capacidad para resistirlas sin llegar a la fatiga relativa que originan los contactos sexuales en otra época.

En la mujer no es imprescindible el elemento psíquico, al menos como causal para las máximas sensaciones, mientras que en el hombre ya hemos dicho que no puede faltar. He oído testimonios de muchos hombres que han deseado ardientemente a una mujer, pero carnalmente solo, y, hasta cierto punto, se vieron defraudados en cuanto a la intensidad de sus sensaciones eróticas. Esto está confirmado por otras muchas opiniones de hombres enamorados de sus esposas o amantes, afirmando que en su comercio carnal con otras mujeres no experimentaron el mismo grado de deleite que con aquéllas.

Muchos hombres afirman también que la época preferida por ellos para las relaciones sexuales es en pleno período menstrual, pues a consecuencia del estado de hipertrofia de los genitales femeninos, éstos contienen "más calor" que en circunstancias normales. Uno me aseguraba que por virtud de la relajación del canal vaginal de su esposa—y de todas las mujeres—durante el flujo sanguíneo del período catamenial, "las excitaciones eran más lentas en lo que se refiere al mecanismo del roce, pero la voluptuosidad era mayor en virtud del retraso del orgasmo". Yo admito esta afirmación en su totalidad, pero hay que tener en cuenta la gran influencia del elemento psíquico, por ser indudable que la esposa, en este caso, experimentaba un notable aumento en su ansiedad erótica.

Estimo que todas estas circunstancias debieran ser bien estudiadas por los maridos amantes de sus mujeres; pero, naturalmente, ateniéndose a las prescripciones higiénicas elementales, ya que no es posible prescindir de la consideración que merece el estado de los genitales femeninos, expuestos en esta ocasión a ciertos trastornos que no siempre se resuelven favorablemente.

Como ya hemos dicho en otro volumen, en contra de la mayor disposición de la mujer en su época menstrual, está el inconveniente estético que, por parte de ella, se traduce en una negativa a las solicitudes del hombre, negativa que a la vez produce en ella un aumento de excitación, por causa de ese complejo psicofísico que la dificulta la satisfacción de aquello que desea más ardientemente. A la inversa, el hombre no suele asociar a este estado ningún sentimiento destacado de asco, de lo que la mujer no prescinde sino al cabo de mucho tiempo de amorosa intimidad, y esto cuando no está dominada por supersticiones ni temores a sufrir males ni a cometer "pecados" contra la naturaleza o contra la religión.

INFLUENCIAS ETI-ESTETICAS

El coito psíquico.—Mujeres excitables.—Tiranía de la belleza.—Nerón y Popea.—El elemento artístico en la sexualidad.—El "momento musical" de Schubert.—Tango argentino y cante flamenco.—La influencia de la música.—Un símbolo pictórico.—Emoción estética antes del orgasmo.—Masoquismo espiritual.—Un caso célebre.—La belleza nerviosa. El hombre meridional y la mujer moderna.—Ideal de belleza masculina.

Aparte de los elementos psíquicos, esto es, los recursos de la imaginación puesta al servicio de la sexualidad, existen numerosos agentes cuya influencia en la erótica es extraordinaria. En primer lugar, y como demostración de que ese elemento psíquico puede ser fundamental, nos encontramos con las manifestaciones autoeróticas que asumen una variabilidad muy extensa.

La intensidad del placer no depende solamente de los mecanismos físicos que entran en su producción, sino que éstos quedan relegados a un plano inferior con relación a otras determinantes más esenciales, como ya hemos visto en capítulos anteriores, por lo que no hemos de insistir nuevamente en su relación.

Una de esas variedades del autoerotismo en la que no intervienen agentes mecánicos físicos, afecta principalmente a los individuos hiperexcitables desde el punto de vista sexual, grandes imaginativos que pueden hallarse en estado normal, pero que son altamente susceptibles a las emociones estéticas. Yo conocía a un individuo, escritor de gran talento, que no solía abusar de los placeres sexuales por miedo, principalmente, a una infección venérea, que en cuanto veía a una mujer deseable y bella concentraba toda su atención en aquel objeto e imaginándose los diversos grados de intimidad a que pudiera haber llegado con ella, lograba producirse el orgasmo. Esta variedad erótica que fué ampliamente descrita por Hammond denominándola "coito psíquico", es practicada con frecuencia por los dos sexos. Un anti-

guo tratadista, Nicéforo, habla de una joven obrera italiana, de catorce años, "que podía conseguir la eyaculación de mucosidad cuatro veces al día en el taller, en presencia de otras jóvenes, sin tocarse ni mover el cuerpo, no más que pensando en cosas sexuales".

Generalmente, todos estos casos ocurren en individuos que practican la abstinencia sexual, de donde se desprende esa hiperexcitabilidad. Un individuo muy aficionado al alcohol, pero casto sexualmente, experimentaba las máximas excitaciones ante un cuadro de un museo que reproducía a una bacante.

Desde luego, el principal móvil de estas exaltaciones ha de ser la belleza del objeto. En cuanto a los hombres, eligen los tipos de belleza ideal; un chino, por ejemplo, no necesitaría fijarse en el rostro ni en el resto del cuerpo de la mujer, sino solamente en los pies deformados. Las mujeres muestran su predilección por los tipos atléticos, a los que consideran capaces, equivocadamente, de los máximos excesos viriles. En general, siempre es la belleza lo que constituye la mayor atracción para la práctica de estos extravíos.

Hemos hecho esta somera exposición, principalmente, para demostrar que la belleza, en cualquiera de sus formas, supone un elemento estético de primera fuerza en la excitabilidad sexual. El doctor Schrenck cita el caso de una señora que se excitaba de una manera espontánea, oyendo música o viendo cuadros, sin que hubiera en ello nada lascivo, puesto que desconocía en absoluto las relaciones sexuales. También refiere el mismo autor que otra señora se excitaba sexualmente contemplando bellezas naturales, como el mar; las ideas sexuales se mezclaban en su espíritu con estas cosas, y la vista de un hombre robusto y simpático le producía el orgasmo en un minuto. Este coito o masturbación psíquica puede efectuarse sin que nadie lo note, "en las calles, restaurantes, ferrocarriles, autobuses, teatros, etcétera".

Esto no obstante, aunque se trate de individuos perfectamente situados en la sociedad y sin dar otras pruebas de anormalidad aparente, no puede decirse que tal erotismo sea normal, ya que indudablemente se caracteriza por un estado de debilidad hiperestésica, cuya explicación podemos encontrarla en una continencia sexual normal exagerada.

Mas lo importante es, ello está bien demostrado, que la belleza es una cualidad que ejerce, no su atracción, sino su tiranía, sobre todos los seres organizados. Entre los salvajes, sólo por ser hermoso

puede llegarse a ser rey, y en algunos pueblos, cuando los niños nacen raquíticos o contrahechos, son sacrificados.

Los hombres estiman la belleza estética más que las mujeres, quienes por lo general buscan en el hombre otras cualidades éticas, sin que la apariciencia física represente para ellas un atractivo singular. Pero para el hombre, la hermosura y la perfección de líneas de una mujer constituye el más poderoso incentivo de la sexualidad. No es preciso que el deseo se sienta inmediatamente a la impresión estética, y es fácil que el idealismo anule toda orientación erótica o claramente sexual; pero en el fondo, al final de todo, no habrá sino la traducción de esa emoción estética en un anhelo justo de la exteriorización normal del sentimiento lógico. Otras veces es tal la tiranía de la belleza femenina, que por sí sola es bastante para hacer impotentes a los más crueles tiranos: Nerón, uno de los más célebres monstruos que ha padecido la Humanidad, fué fascinado por los encantos de la hermosa Popea, que se le negó en principo, pero que más tarde casó con él. Tal fué el dominio que la fascinación de su belleza ejerció sobre el ánimo del emperador, que, instigado por ella, decretó la muerte de Agripina, la madre del monstruo. Popea murió a consecuencia de un puntapié que su esposo la dió en el vientre hallándose encinta. No obstante, jamás pudo olvidarla, refugiándose en toda clase de perversiones para substraerse al poderoso influjo de aquella belleza irresistible.

No cabe que en la erótica desempeña un papel importantísimo el elemento artístico. Decía Fischer, uno de los más célebres psicólogos del amor, que éste, más que cualquier otro concepto ético, tiene en sí el sentimiento de lo bello, y si alguna vez comienza un corazón torpe a desplegar las alas aspirando a lo ideal es cuando ama. "Una sensación estética acompaña siempre, no hay que dudarlo, a los ojos del enamorado, y en un grado mayor a los ojos del insensible."

Darwin dijo que la belleza es el amor hecho perceptible. Una explicación bien sencilla de la afinidad entre lo sexual y lo artístico la tenemos al observar los primeros pasos que da un joven en el camino de su vida amorosa, desprovista, en principio, del elemento sexual específico consciente a cuya práctica irá a parar inexorablemente: el hombre que no haya escrito unos versos a su novia de los primeros años, que lo diga: no habrá uno que no lo haya hecho. Y los salvajes, que no han de ser menos, también demuestran esta cualidad en infinitas manifestaciones, quizá más importantes que aquellas en que son capaces de producirse los civilizados.

"No me parece dudoso—dice Volkelt—que el despertar del sexo en el joven o en la doncella sea origen de que se desentumezca y vivifique el sentimiento artístico. Cogidos de la mano del primer amor de la juventud, a los dieciséis o diecisiete años próximamente, suele refinarse el gusto, encontrando gracia y belleza al paisaje y mayor encanto a la poesía, la música y la pintura, mientras que todos los gustos anteriores y lo vivido se desvanecen por completo."

A la recíproca, la misma sexualidad, pese a la crudeza que quieren atribuirla muchos, ha inspirado grandes concepciones artísticas. El célebre *Momento musical* de Schubert, el gran compositor austríaco, se dice que no es más que el acto sexual plasmado en el pentágrama, y que se lo dedicó a una de sus más bellas amantes, feliz inspiradora de la bella composición musical.

La asociación de estas bellas artes con la sexualidad está en relación directa con el grado de cultura del individuo. Hay muchos hombres y mujeres de gran capacidad intelectual que se enamoraron escuchando, por ejemplo, una obra de Chopin. Generalmente, en el *folklore* musical de todos los pueblos, hay composiciones que tienen la propiedad de producir cierta excitación sexual. Entre los meridionales, el *tango* argentino "auténtico", aquél que lleva en sí una parte del alma de su compositor, del artista, no del industrial, creo que es digno de que se le abone el máximo prestigio. Entre las gentes de menor cultura de España, este sentimentalismo musical tiene su representación en el *cante flamenco,* la manifestación más genuina del alma de los antecesores árabes, voluptuosos, indolentes y cálidos. En los barrios privados de las grandes ciudades marroquíes—Fez, Rabat, Casablanca, Mekinez, Marrakesh, etc.—, todas las orquestas indígenas ejecutan una especie de música flamenca que enardece. Los marroquíes dicen que los mayores deleites sexuales los experimentan después de haber escuchado esta música o cuando a través de los muros del gineceo llegan las notas del *guembri* y la *derbuka*. Un médico moro de Fez que acostumbra a veranear en Málaga, me decía en cierta ocasión que las composiciones de Albéniz y Granados, "los más intelectuales de todos los compositores árabes", según él, habían logrado el milagro "de convertir el sexo en alma y el alma en sexo".

Una señora amiga mía, recién casada con un médico francés, dice que se enamoró de su marido cuando en unión de él, recién presentados, escuchó por primera vez una composición, por cierto actual, titulada *La leyenda del beso,* y que, además, "escuchar en su gramófono

dicha obra, la producía una grata disposición para gozar los placeres del amor".

Yo podría referir casos innumerables de esta naturaleza, para demostrar la gran asociación que existe entre la música y el amor en todas sus manifestaciones, desde el idealismo más casto hasta el erotismo más desenfrenado, rayano en la perversión.

Mujeres tan experimentadas como son las prostitutas, no niegan la influencia de estas emociones sentimentales que casi siempre tienen su reflejo sexual. Por otra parte, lo que en español se llama una "juerga", necesita del aliciente esencial de los "tocaores" y "cantaores", y, como complemento, del vino; ya hablaremos más adelante de este elemento importante de la erótica, que, por cierto, como la música, también tiene una influencia universal.

Mas estas excitaciones de origen artístico, puramente ético, conocidas en todos los pueblos desde los tiempos más remotos de su historia, se ha acentuado notablemente con los progresos de la civilización. Sólo el vanguardismo, expresión que no ha encontrado ni en el público ni en la crítica un eco sincero, se aparta en absoluto de las reglas primitivas. Yo he visto un cuadro "futurista", que su autor titulaba *La hetaira,* y no era más que unas figuras quebradas y atrabiliarias, muy ricas en color, eso sí, donde no se advertía ni línea, ni belleza, ni nada digno de evidenciar la inspiración del artista. Media mujer con un seno caído, una mano afilada y esquelética, un trozo de guitarra, un vaso de vino y una caja de preservativos de una marca muy conocida. Completaban el "cuadro" una caja de inyectables mercuriales, y, al fondo, como colofón de aquella tragedia sexual, una tapia tras la que asomaban unos cipreses. A pesar de todo, tenía gracia.

Decididamente, no cabe duda que el elemento sexual, recíprocamente, había sido el móvil de inspiración de aquel delirio en colores. Pese a la crudeza grosera del símbolo, dicha obra mereció la morbosa atención de los críticos, que el autor, lejos de agradecer, utilizó como arma para combatirles.

En el aspecto normal, las modas, los espectáculos, la insigne y utilísima expresión del deporte, la vida toda, está caracterizada por "una necesidad erótica de ilusiones", según la expresión de Lange.

Pero, sin darnos cuenta, hemos ido muy lejos en nuestra disertación acerca del aspecto eróticoestético de la sexualidad, por lo que, lógicamente, volveremos al asunto esencial objeto de este capítulo, si bien estimamos que el lector habrá encontrado en lo anteriormente dicho algunos elementos de juicio útiles a estos conocimientos.

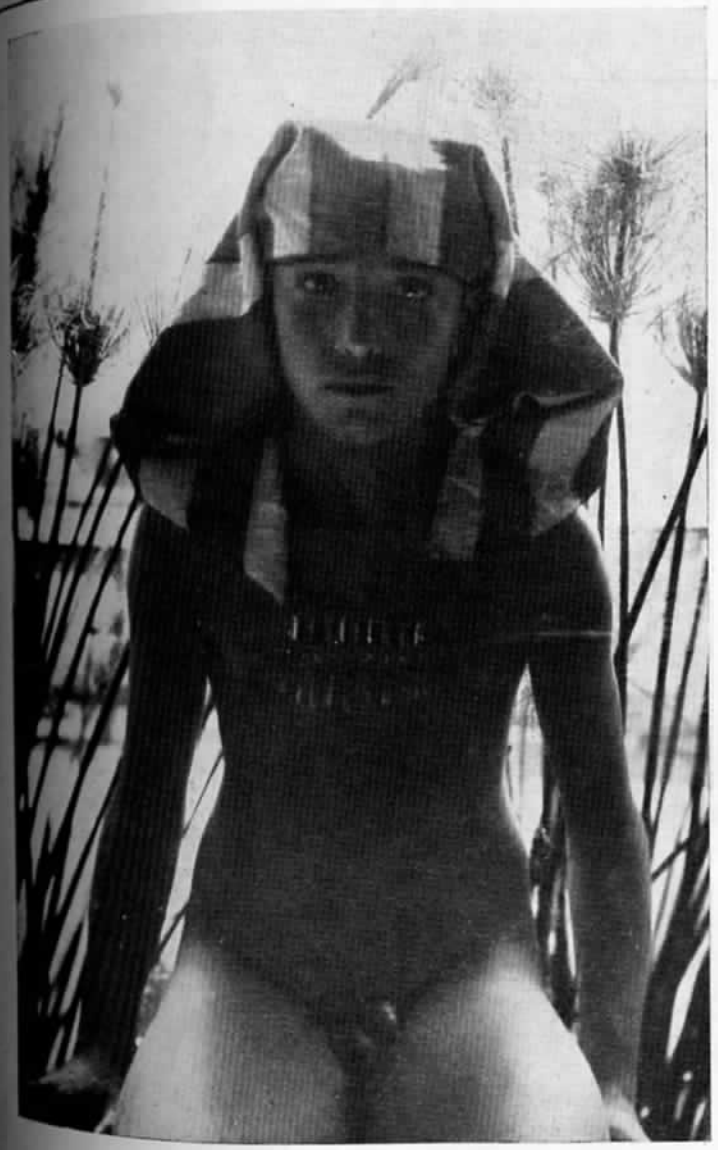
Recapitulando, podemos decir, no sólo que el amor sexual es un arte, sino que todo enamorado es un artista capaz de hallar múltiples elementos de inspiración en la ética y en la estética del ser amado. Por lo tanto, volvemos al punto de partida si afirmamos que la máxima exaltación de ese motivo inspirador es la erótica, la máxima experimentación de los deleites sexuales.

En el hombre, por lo común, esos móviles esenciales se hallan, única y exclusivamente, en los detalles estéticos de la mujer, que podemos interpretar por los diversos caracteres sexuales, primero, y por la perfección de la línea, después. Una mujer bella, esto es, la que más se ajuste a los cánones clásicos, ha de inspirar a un hombre normal pasiones más intensas que la que ofrezca algún detalle de insubordinación a la regla. No obstante, hemos de considerar también que es cierto el adagio que dice "que la belleza de la mujer está en el concepto del hombre que la ama"; pero, a pesar de ello, los cánones no dejan de tener una significación evidente.

Vuelve nuevamente—y siempre—al plano primordial el elemento psíquico. En el acto carnal y antes del mismo, el hombre "se llena" de belleza en la admiración y en la caricia del cuerpo que está pronto a entregársele: y decimos el cuerpo, porque entonces no se piensa en el alma de la mujer, carácter secundario, o, por mejor decir, inútil, ya que las virtudes femeninas "quiere" el hombre que no existan en ese instante. Después, en el momento del acto, con el pensamiento puesto en que está poseyendo el cuerpo que acaba de admirar casi en un éxtasis, como el compendio de la máxima belleza, de la más insigne perfección estética, la excitación se hace "más consciente" y la detumescencia se opera con mayor intensidad.

Hay una circunstancia muy digna de estudiarse, pero ya en el orden ético de la cuestión, que pasaremos a analizar, y que más se observa en el libertinaje que en el legítimo amor sexual. Hemos de advertir que el hecho no debe aceptarse como normal, aunque desde luego podamos incluirle en los índices de la anormalidad, si sabemos que el "masoquismo", esto es, el placer que se recibe con el dolor que se nos infiere, adopta una extensa variabilidad que va desde lo hasta cierto punto normal, hasta lo completamente perverso. Muchos individuos, lo mismo en un sexo que en otro, pero precisamente cuando los lazos del amor son más firmes, gozan con la narración o la alusión de ciertos detalles del pasado sexual de la persona a quien aman.

He oído decir a muchas prostitutas que ciertos hombres las suplicaban les describiesen con todo detalle el momento de su caída, de su



HOMOSEXUAL EGIPCIO

El rostro, el tocado y hasta las formas, denuncian claramente la orientación erótica de estos afeminados, los cuales practican el bestialismo desempeñando un papel pasivo.

LAMINA VII





A y B. Hombre y mujer "talengs"

Estos indígenas de Birmania son víctimas de la degeneración más espantosa, originada por el alcohol, la sífilis y diversas afecciones psicofísicas a cual más destructoras. Los fenómenos de la periodicidad sexual tienen lugar en los meses de abril y septiembre. En estas épocas se celebran unas fiestas en las cuales se desarrollan las más tremendas orgías sexuales. (Obsérvense los curiosos tatuajes de los muslos del hombre.)

LAMINA VIII

desvirginización, de todo aquello que las ocurrió más digno de mención hasta el mismo instante de la súplica. Y al escuchar las declaraciones más o menos sinceras de la infeliz, es cuando lograron el máximo grado de excitación y hasta la máxima sensación deleitosa.

Pero también se obeservan estos casos en los matrimonios, aunque casi siempre es la mujer la que reclama la narración de esos hechos. Existe una tendencia manifiesta, sobre todo en las imaginativas, a gozar con la impresión que esos "celos retrospectivos" producen en su ánimo. Entonces, la consciencia de que la poesión es cierta, aunque el "monopolio" no lo ha sido, origina un sentimiento de amargura que se traduce en excitación, como si fuese un ansia ineluctable de resarcirse en un solo orgasmo de los muchos que el amado experimentó antes de amarle a ella.

Un hombre que contrajo matrimonio con una bailarina, más célebre por su vida borrascosa que por sus dotes artísticas, matrimonio que terminó con una separación definitiva, confesaba que los placeres más intensos los había experimentado "cuando se acordaba de que su esposa había sido poseída por otros hombres". Aunque no cabe duda que se casó enamorado, si bien el hastío sucedió tan pronto como ella se retiró de la escena (1), el masoquismo de él se traducía en un deseo sádico, como puede observarse en su propia confesión, diciendo: "La amargura que me producía saber de su pasado, me atormentaba atrozmente, hasta el extremo de que muchas veces experimenté deseos de martirizarla, de matarla inclusive. En esos momentos es cuando la poseía, violentamente, furiosamente: creo que haciéndola daño en sus partes y en sus senos que yo oprimía con fuerza. Mas ella, por el contrario, se excitaba más, y yo también experimentaba la máxima excitación, admirándome muchas veces, no de su resistencia, sino de mi propia virilidad, pues con mujer alguna experimenté sensaciones ni más duraderas ni más intensas."

En el caso descrito, no puede admitirse el hecho de que el amor perfecto, esto es, un móvil psíquico normal, fuese la base del matrimonio. El desamor llegó en el marido tan pronto como ella se retiró de la profesión, o, hablando más claro, en cuanto dejó de significar un objeto codiciado por los admiradores de que siempre están rodeadas las artistas y mujeres significadas en cualquier actividad, si

(1) En este caso, el orgullo de poseer a una mujer codiciada por otros, parece la determinante esencial de la atracción sexual, por lo que estimo que es más correcto incluir a este hombre en la clasificación de los enamorados instintivos.

a ello añaden la belleza y la inadaptación a la severas prescripciones de la moral social.

Ella, según mis informes, tampoco se casó por amor, puesto que el marido era un individuo vulgar e inmensamente rico: más todo esto resulta secundario al objeto de nuestro estudio, puesto que lo que se discute es el elemento erótico como lazo de unión del hombre hacia su amante, si bien es posible admitir una reciprocidad cierta por parte de ella, aunque de carácter crudamente carnal por lo menos. Más es cierto que en muchas uniones legítimas desde todos los puntos de vista, como con mujeres viudas o divorciadas, parece ser que el hecho masoquista se produce con relativa frecuencia, y sin que por ello disminuya el grado de amor psíquico, lo que prueba una vez más la importancia que el disfrute del máximo placer sexual tiene para la consolidación del bienestar conyugal.

Dice Bloch que los modernos ideales amorosos de los sexos tienen el distintivo particular de que la belleza clásica no representa ningún valor sin lo individual, personal y característico, siendo necesario que el individuo tenga temperamento, mérito y pasión y ser una personalidad; y agrega: "La soberbia Gioconda, Mona Lisa, de Leonardo de Vinci, el tipo verdaderamente moderno e individual de la mujer, es nuestro ideal, porque lo característico, lo substancioso, apasionado e interno de la mujer, lo que atribuyéndosele una idea accesoria se llama una "belleza nerviosa", nos atrae más que lo bello."

En la primera parte de su afirmación, creo que debe referirse al hombre, cuya estimación en el criterio femenino no necesita principalmente de las características de la belleza clásica. Más luego, en la parte que transcribo íntegra, quiere demostrarse que la mujer-tipo ideal del hombre moderno puede igualarse al hombre en esa expresión de intelectualidad que la hace más atrayente que siendo, sencillamente, bella, de belleza clásica.

Al decir "belleza nerviosa", quiero creer que se refiere al dinamismo, a la agilidad intelectual, a una forma de adaptación fiel a las exigencias de la vida moderna; pero, y esto es muy importante, sin que esa "personalidad" oculte, como un velo tupido, a la característica esencial de la "feminidad". No obstante, no debemos perder de vista que Iwan Bloch nos habla desde su país, Alemania, y, sobre todo, la Alemania contemporánea, que en nada se parece, desde el punto de mira de las cuestiones sexuales, a la Alemania de hace veinte años. A pesar de todo, la mujer sajona y la anglosajona también, siempre han ido más adelante que las de la raza latina, porque los prejuicios

que a éstas aherrojan todavía, hace muchos años fueron inteligentemente desterrados por inútiles o perniciosos.

Por esto, las teorías de Bloch no deben tener pretensiones de apreciación universal, porque ello resultaría, a todas luces, injusto. Hay países donde la mujer tiende a la masculinización estética, como puede advertirse por los vestidos, las aficiones, los deportes, etc. Ello no tendría gran importancia en la estimación de los hombres de otros pueblos, si esa transformación exterior no fuese el producto de una convicción ética, esto es, interna. El vestido, el peinado, los ademanes viriles, etc., son una resultante obligada de esta época de máxima libertad y de igualdad de derechos de los sexos. Así pues, para los latinos, para los meridionales que tan mal e injustamente se avienen con esa libertad femenina, esta eti-estética que nos ofrece la mujer, como individualidad, como temperamento, como "belleza nerviosa", puesto que todo eso junto se nos muestra con la pretensión de que sea aceptado como signo grato, se aviene bastante mal con las costumbres de los que no pueden, al menos por ahora, participar sinceramente de esas manifestaciones tan chocantes. En toda la Europa meridional, especialmente en Iberia, Italia, Balkanes y Grecia, y, por extensión, hasta el Atlas africano, no es posible desarraigar de las costumbres y de las tradiciones, al menos en bastantes años, la convicción absoluta de que la mujer, para el amor sexual, debe ser, ante todo, "femenina". Por una extraña influencia atávica, el hombre se resiste a desvincular la feminidad del tocado, del ademán, de la libertad y de la igualdad de derechos, progresos manifiestamente incompatibles con el concepto musulmán que en estas latitudes se tiene de la mujer.

Conste que no voy contra las teorías del célebre tratadista alemán, con las que estoy en muchos puntos de completo acuerdo, estribando mi interés en demostrar que sólo pueden tener una trascendencia, que si bien puede pasar de las fronteras locales, no abarca en su totalidad a todos los pueblos civilizados.

Particularmente, y creo que coincidiendo con la mayor parte de los hombres de Iberia, no acabo de aceptar la "personalidad estética" de la mujer moderna, aunque no deje de estar de acuerdo con sus orientaciones éticas, ya que estimo que la apariencia netamente femenina es perfectamente compatible, si se quiere, con la más recia intelectualidad viril. La "niña moderna" goza de gran prestigio en la sociedad, desde el punto de vista de la sexualidad, como amiga, como novia y como amante. Ahora bien, nadie negará que aquellos tipos bizarros de mujer que se produjeron bien próxim-

en el otro siglo, no parecen darse con mucha frecuencia en las sociedades modernas de estas latitudes, caracterizadas por un frivolidad estúpida, insubstancial y estéril en todos los sentidos, incluso en el más biológico de la palabra. La niña moderna, la que de ese concepto de la modernidad ha hecho el punto cardinal de su existencia, ni parece mujer, ni puede aspirar—ni quiere—a la intelectualidad del hombre, ni desempeña en la sociedad ninguna función imprescindible, porque el hombre capacitado no encuentra en ella atractivos suficientes para arriesgarse a convertirla en digna madre de sus hijos o en útil compañera de su vida.

Ya vemos que hasta los signos accesorios de la estética, esos factores secundarios de la personalidad femenina, resultan más bien negativos que positivos en el terreno de la atracción erótica: a la mujer no le basta ser bella, sino que, además, necesita parecerlo. Claro es que en los momentos de la máxima intimidad sexual, esos caracteres secundarios de la estética suelen quedar sobre una silla o en el ropero de la alcoba; pero como para llegar a esa intimidad no es posible, por regla general, mostrarse como Friné, de ahí que el hombre renuncie a intentar ciertas conquistas en vista de la aversión que en un momento dado puede inspirarle el conjunto, por ese prurito, acaso erróneo, de deducir de la ética a juzgar por la estética aparente.

Menos mal, que en otra parte de su libro, Bloch reconoce que "se trata de una moda que pasará"; pero a seguida agrega, insistiendo en su original punto de vista, "que no puede perjudicar a aquel rasgo general y característico de lo personal". Mi desacuerdo en este punto creo haberlo dejado bien demostrado para insistir nuevamente con otras consideraciones.

Todas estas características de la personalidad individual en ese sentido ético, suponen en el hombre un destacado elemento de atracción, al que se supedita la presencia física, ya que la mujer no encuentra en este aspecto la verdadera belleza. En este punto es de notar, que en toda la historia del desenvolvimiento de la cultura, los hombres han tenido siempre una idea más completa de la "belleza masculina" que las mujeres.

En efecto, el ideal de la belleza masculina para una mujer estriba en la fuerza, en la inteligencia, en la energía y en la voluntad, características de la individualidad completa. Entre nosotros es conocidísimo ese adagio que dice que "el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso". En este punto coincide la autorizada opinión de Hartman, quien en su obra *Filosofía de lo inconsciente* dice "que las pasiones más violentas nunca fueron provocadas por individuos muy hermosos, sino, al contrario, por muy feos". Luego por regla general puede decirse que estas concepciones revelan que la belleza del hombre es más psicológica que física en el criterio de la mujer, y aunque lo natural sería que comprendiesen a los dos sexos, el hombre no parece estar muy propicio a admitirlo, al menos en la generalidad de los casos (1).

El hombre anhela feminidad en la mujer, como la mujer quiere masculinidad en el hombre. Pero si observamos con cierto detenimiento el aspecto ético-estético de los dos sexos, veremos que hay detalles demasiado significativos que abonan en pro de una promiscuidad sospechosa en lo que se refiere a la legítima expresión de esos caracteres. El hombre afeminado y la mujer viriloide son un producto de la época actual. Los sexos, lejos de buscar una aproximación de inteligente cordialidad, parece que tienden a "confundirse", a no diferenciarse o a hacer difícil esta diferenciación.

Y no es que tal conducta esté justificada por una predisposición psíquica homoxesual, en la inmensa mayoría de los casos, sino precisamente por un prurito simplemente estético, por un afán de emulación en lo que afecta a la "línea". Mas ocurre que, recíprocamente, hombres y mujeres mantienen un criterio sistemático invariable que sólo se modifica con la intimidad, a la que no se llega tan fácilmente como cuando el individuo mostraba, puras y sin mezcla, las prerrogativas características del sexo como arma natural en la selección sexual.

---

(1) Véase el volumen X de TEMAS SEXUALES titulado «El arte de hacerse amar», donde se hace un estudio completo de los caracteres de la atracción sexual. *(Nota del editor.)*

LOS ESTIMULANTES DEL PLACER

Estímulos naturales.—Vestidos y posturas.—Remedios negativos.—Los alimentos.—La patata, como estimulante "mecánico".—Vegetales, especias y mariscos.—Sugestión.—El alcohol, como afrodisíaco. Sus efectos.—Las fiestas y el aumento de la natalidad.—La medida prudente.—La periodicidad de los "talengs".—Orgías a base de alcohol.—El furor sexual.—Un cuadro espantoso.—La raza que se extingue.

Aun cuando hemos de dedicar un volumen a estudiar los efectos de los afrodisíacos y anafrodisíacos, esto es, los productos o agentes de todas clases capaces de aumentar o disminuir los deseos sexuales, nos ocuparemos aquí de aquellos susceptibles de estimular el apetito genésico, lo mismo que de las circunstancias especiales que influyen en el mismo sentido.

Hay numerosos estimulantes: el aire, los alimentos, las bebidas y muchos elementos más que son esencialmente naturales, pueden influir sobre el temperamento de un individuo de manera bien destacada.

Pero es precisa una advertencia que hizo un fisiólogo, diciendo: "Yo no escribo para personas de espíritu desequilibrado, ni es mi deseo enseñar los excesos del amor, que sería, por un lado, favorecer el vicio, y, al mismo tiempo, contribuir a la destrucción de la salud de los hombres."

Ante todo, no sólo un exceso de alimentación, sino que también una "buena alimentación", hecha a base de carnes y vinos pesados, es suficiente para producir excitaciones acentuadas del impulso sexual. Las religiones todas, cuyos encauzadores conocían estos efectos, hicieron de la gula un pecado. No cabe duda que desde el punto de vista de la higiene, siempre emitieron sabias prescripciones acerca de la alimentación.

Las comidas suculentas son una causa primordial en la predisposición a los placeres excesivos del sexo, aumentando estas proporciones hasta constituir un serio peligro cuando se hacen a horas pró-

ximas al descanso. Bloch dice que las cenas abundantes, como se estilan hoy día, han de ser calificadas expresamente como afrodisíacos.

Otras influencias en este sentido se derivan de los climas cálidos, los ambientes cargados, las ropas pesadas y los baños calientes, lo que tiende poderosamente a excitar el sistema sexual, ya que ese sistema es un órgano sensorio.

Además de todo eso, las prendas de vestir y hasta las posturas que adopta el cuerpo, tienen una influencia destacada; el hecho de dormir boca arriba produce congestión en los centros de la espina dorsal, y, por lo tanto, una destacada irritación de los órganos sexuales. Cualquier presión sobre estas regiones, como las fajas, cinturones, etcétera, los mismo que las presiones internas, como es la repleción de la vejiga, se traducen en resultados semejantes.

El deporte, el ejercicio físico, lo mismo puede traducirse en una inhibición de los deseos sexuales, que en un motivo de excitación. En el aspecto de una gran actividad mental, también ocurre lo mismo, y al efecto, Ellis refiere el caso de una señora que trataba de reprimir su ardor genital ocupando su atención en un trabajo mental mecánico como la solución de problemas de Aritmética y Algebra, lo que lejos de aliviarla, la producía mayor excitación. El mismo autor habla de un sacerdote protestante que le escribía diciendo: "Estudié profundamente y con gran atención problemas matemáticos, con el objeto de dominar mis impulsos sexuales, y, hasta cierto punto, logré lo que buscaba; pero la vista de una amiga antigua, el sonido de una voz o el más ligero contacto con personas de otro sexo, eran suficientes para que volvieran de nuevo con más fuego que nunca las tendencias que tanto deseaba reprimir y dominar. Sin embargo, debo advertir que, a mi juicio, el estudio de las matemáticas es lo mejor y más eficaz para ocupar y distraer el pensamiento y para borrar imágenes de mujeres, mucho más eficaces que los ejercicios religiosos que, cuando más joven (desde los veintidós hasta los treinta años), practicaba con el mismo objeto."

Ellis, que ha investigado minuciosamente los efectos estimulantes de ciertos alimentos, rechaza en absoluto el valor de esas afirmaciones mantenidas en el criterio popular, pero sin ningún valor científico. Así, dice que la patata, la primera vez que se importó de América tenía la reputación de ser un poderoso afrodisíaco, y los dramaturgos de los tiempos de Isabel de Inglaterra hicieron muchas alusiones a esta supuesta virtud. "Como sabemos—dice—, las patatas, aun comidas en gran cantidad, no surten el menor efecto afrodisíaco.

Es posible que naciera este error del hecho de que las patatas fueran al principio artículo de lujo, y que estos artículos tiendan a considerarse como afrodisíacos por consumirse en circunstancias que facilitan los deseos sexuales."

No obstante la autorizada afirmación del citado autor, tal vez se pueda encontrar cierta asociación entre la patata y el aumento de deseos genésicos, por el hecho de que este alimento produce grandes masas fecales capaces, por su abundancia en el intestino, de actuar como mecanismo de presión sobre los centros sexuales internos, de forma parecida a como lo hace la vejiga cuando se halla en estado de repleción. En Marruecos he oído hablar de un oficial del ejército, aficionadísimo a la patata, quien decía que después de una comida abundante a base de este tubérculo, experimentaba fuertes impulsos sexuales, advirtiendo, además, que entonces es cuando experimentaba con su amante indígena el máximo deleite.

Ignoro el tiempo que había de transcurrir desde la ingestión del alimento hasta el momento del comienzo de su tensión erótica, pero hemos de suponer que sería bastante después de la ingestión, cuando los residuos descendiesen al paquete intestinal.

Hay vegetales muy conocidos, no sólo como estimulantes, sino como adecuados a la producción de la máxima capacidad erótica. Según Aristófanes, las cebollas, y sobre todo las picantes, poseen grandes propiedades excitantes. En muchos pueblos de España, donde se hace gran consumo de esta liliácea, se confirma esta antigua afirmación de los griegos. Marro ha hecho observar que en las prisiones y asilos de Italia, las personas lascivas son muy aficionadas a la cebolla, y Sérieux, un tratadista francés, dice "que las mujeres en las cuales se despierta el instinto sexual ya en edad madura, odian la cebolla".

No cabe duda que las comidas excesivamente aderezadas con especias como el clavo, pimienta, vainilla, canela, etc., llegan a convertirse en un destacado excitante de los deseos sexuales. El apio, el espárrago, las setas, el ajo, el perejil y múltiples vegetales más usados de ordinario en la culinaria europea, tienen las mismas propiedades. Los mariscos también gozan de una reputación bien sólida en este sentido, especialmente el langostino y la ostra.

Pero, a pesar de todo, es posible que la fama de todos esos alimentos no sea muy merecida, a no ser por sus cualidades nutritivas, pero no porque posean algún elemento capaz de influir directamente sobre la esfera sexual. Al efecto, dice un autor que un "biftek" es quizá un tónico sexual tan poderoso como otro cualquiera; de suerte

que un alimento nutritivo, que a la vez sea fácilmente digestible y que, como tal, exija menos consumo de energía para su absorción, puede ejercer muy bien un efecto estimulante, especialmente rápido y conspicuo.

Del prestigio auténtico o inmerecido de estas propiedades se deriva, naturalmente, la evidencia de un fenómeno: la sugestión. Siendo casi todo el acto sexual la evolución de un proceso nervioso, huelga encarecer la importancia que puede tener este factor. Lo mismo que un morfinómano puede experimentar los efectos de sus sueños voluptuosos inyectándose, sin saberlo, agua destilada u otro producto inocuo, así otro individuo, porque él lo crea así, bien por una indicación reiterada, por testimonios que estime fidedignos o, en último caso, porque alguna vez le haya sucedido, concederá a estos elementos una importancia primordial, hasta el punto de que en algunos casos no sea posible intentar el acto sin esa preparación alimenticia.

Esta circunstancia, justo es decirlo, no se produce en el amor regular, en la vida sexual normalmente reglada: parece más bien un factor, hasta cierto punto imprescindible, del libertinaje, que necesita de tantos recursos artificiosos como sea posible para obtener la sensación de la naturalidad.

En cuanto al alcohol, es mucho lo que puede decirse en relación con la sexualidad, teniendo en cuenta que si su influencia estimulante no ha sido negada nunca, tampoco habrá quien dude que cuando es injerido en dosis que rebasan la medida de lo prudente, llega a convertirse en un anafrodisíaco de la mayor importancia.

Estos efectos del alcohol son conocidísimos de siempre, pero no parece que ello preocupe demasiado al individuo hasta que, en el peor de los casos, llega a convertirse en un vicio fatal que no tiene remedio. En el deseo de aumentar la potencia genital hasta el último extremo, hay quien acostumbra a beberlo como si se tratase de una medicina, de un afrodisíaco insustituíble. Al producir el característico estado de la embriaguez, llegándose a la abolición de todas las facultades volitivas, y, naturalmente, de las sexuales también, no es posible experimentar mayores deleites que los que el alcohol proporciona, pero los suficientes para que el alcohólico crea "que ha gozado". Ya es conocido de sobra el estado de inconsciencia que se produce, para que insistamos en referir los detalles de este término extremo.

Cuando se toma en dosis pequeñas, puede ser beneficioso, sobre todo para los hombres de temperamento nervioso excesivo o que manifiesten, normalmente, cierto temor al coito. También algunas mujeres, a las que resultaba difícil conseguir el orgasmo, injiriendo pequeñas dosis de estimulantes, han logrado sus deseos y un aumento de la capacidad erótica. Está demostrado que el efecto excitante del alcohol es más fuerte en el sexo femenino, lo que no siempre sucede con el hombre. El alcohol, como dice Chaucer, "viene en auxilio del hombre que es poco escrupuloso en sus esfuerzos para vencer a una mujer, y esto no sólo por virtud de sus efectos afrodisíacos y por la influencia especial que, al parecer, ejerce sobre las mujeres, sino porque oscurece las características mentales y emocionales, que son guardianes de la personalidad."

Su influencia estimulante abarca todos los órdenes de la actividad sin excepciones notables. Según observa un tratadista, en la mente, bajo la influencia del alcohol, los grados más finos de observación, juicio y reflexión son los primeros que desaparecen, en tanto que las restantes funciones mentales quedan en estado normal. "El soldado procede con más valor porque se da menos cuenta de los peligros y reflexiona menos acerca de ellos; el orador no se deja dominar por consideraciones que le perturben, y habla con más libertad y más abundancia; la autoconciencia se pierde en gran parte, y muchos se asombran de la facilidad con que pueden expresar sus pensamientos y de la agudeza de su juicio en materias que en estado de sobriedad apenas aciertan a entender, y después se avergüenzan de sus equivocaciones."

Todos estos efectos que se refieren al hombre, alcanzan en la mujer proporciones mucho mayores, con la circunstancia de que esa euforia, esa alegría, ese optimismo producido por el poderoso estímulo, se convierte, en la inmensa mayoría de los casos, en un anhelo de placeres sexuales. El impulso sexual de la mujer, contenido de ordinario por los métodos artificiales de la educación y de los convencionalismos sociales, no tarda en desaparecer bajo esa influencia excitante, que tiene la facultad de dejar el instinto "al desnudo", permitiéndole manifestarse tal cual es, sin que existan grandes trabas o cortapisas capaces de contener esas manifestaciones "instintivas". Un humorista ha dicho que el estado perfecto del hombre era la semiembriaguez, porque entonces se desposeía por completo de todos los prejuicios que la educación impone haciéndonos sociables. Y estimo que no le falta la razón.

En cuanto a la mujer, los judíos dicen en el *Talmud*: "Un vaso de vino le está bien; dos, ya son cosa fea; con tres exige con palabras el coito, y con cuatro, olvidándose de todo pudor y decoro, se ofrece

a un burro en un camino." En vista de esto, si tenemos en cuenta que la raza hebrea, pueblo que procura conservarse puro desde los tiempos de Moisés, no se caracteriza por un temperamento ardiente, sino que la gran mayoría de sus mujeres resultan frías, huelga destacar la importancia de la influencia del alcohol en otras razas de mayor capacidad erótica.

Bloch afirma que desde el punto de vista de la observación y de la experiencia médicas, el alcohol "es el maligno demonio de la vida sexual moderna, porque traidoramente libra sus víctimas a la seducción sexual, a la corrupción, al contagio venéreo y a todas las consecuencias de un comercio sexual no buscado."

El gran tratadista alemán Magnus Hirschfeld dice, que siendo estudiante de medicina, fué durante las vacaciones de Navidad a una reunión en casa de un catedrático de la Facultad de Medicina en Breslau, y que le llamó la atención el que varios médicos de una clínica de mujeres fueran llamados para asistir a partos. Un médico ya anciano que le oyó, exclamó: "¡Ah! Sí. ¡Los niños del cumpleaños del emperador!" Hirschfeld, sorprendido, le rogó le explicara el significado de estas palabras, y supo que por Navidad estaban siempre atestadas las casas de maternidad y asilos para paridas, porque por entonces nacían los hijos concebidos nueve meses antes, el 22 de marzo, día en que cumplía años el emperador Guillermo I, en las fiestas populares que con tal motivo se celebraban en toda Alemania.

Esto mismo sucede en otros países con relación a las fiestas de Carnaval, y en todas las ciudades en que tienen lugar determinadas fiestas tradicionales, como santos patronos, acontecimientos históricos, etc., no deja de reflejarse este "fenómeno" natural en las estadísticas de la natalidad, lo mismo en las casas de maternidad que en los domicilios particulares.

Nicolás Venette, en su célebre *Tratado del amor conyugal,* dedicó algunas páginas al análisis de esta cuestión, siempre sin salirse de su estilo casi evangélico, pero sin que por esa ingenuidad expresiva pueda decirse que sus consideraciones estuviesen desprovistas de un gran valor doctrinario. En aquellos tiempos, si es cierto que los sistemas de investigación no eran tan ricos como los actuales, también hay que admitir que la vida se mostraba menos complicada, menos artificiosa, más sencilla y franca, lo que necesariamente había de reflejarse en el individuo, puesto que todo ello no era otra cosa sino la expresión original del individuo mismo.

Dice que de todas las bebidas naturales y artificiales que existen, apenas nos servimos más que del vino y el agua y algunas veces de la cerveza y la sidra, como menos inofensivos que otros licores que contienen mayor cantidad de alcohol. Reconoce que el vino, al que se puede llamar la *sangre de la tierra,* es el mayor enemigo de la juventud, que se sirve de él como de un veneno. Afirma, en cambio, que el agua es el elemento más bello y necesario de todos, mientras que el vino embota los sentidos, aumenta los dolores de cabeza y fomenta el calor de las entrañas, amén de otros trastornos, como producir la esterilidad en hombres y mujeres y hacer enfermiza la descendencia.

No concede al vino ninguna buena propiedad, a no ser que su empleo se haga con gran moderación, y en cambio atribuye al agua las mejores virtudes que puedan desearse.

Como ya hemos dicho en otra ocasión, las virtudes estimulantes del alcohol injerido en sus diferentes formas, apena si se aprecian en la vida sexual normal y armónica de dos seres que se aman sinceramente. Sólo en raras circunstancias procederá un matrimonio a procurarse esta suerte de estímulos, pero sólo por el deseo de variación, como una prueba o hasta como un auxilio en casos de impotencia momentánea. Después, no tardarán ambos cónyuges en advertir la ineficacia de estos excitantes, ya que sus efectos más útiles sólo se observan en las fronteras de la embriaguez, o sea cuando resulta muy difícil "observar nada". Especialmente cuando no hay costumbre de beber, elegir el alcohol como estimulante sexual no siempre suele producir los efectos que se persiguen, sino todo lo contrario. Por otra parte, tampoco es posible prescribir "dosis" para estos fines, ya que la influencia de las bebidas alcohólicas suele estar muy relacionada con el temperamento de la persona que las emplea, de la costumbre, del estado del estómago y de un porción de circunstancias más.

Ahora bien, cuando el estado apetecido llega a lograrse completamente, esto es, sin llegar a la embriaguez, la excitación producida por la prudente dosis de alcohol en los centros nerviosos correspondientes es suficiente para mantener la tensión erótica durante bastante tiempo, obteniéndose las máximas sensaciones de placer.

En tanto que este sistema no pase de ser un recurso normal de la erótica—y decimos "normal" en el sentido de un empleo prudente—, no tenemos gran inconveniente en admitirlo; pero sucede, frecuentemente, que ello puede dar lugar a determinados excesos se-

a un burro en un camino." En vista de esto, si tenemos en cuenta que la raza hebrea, pueblo que procura conservarse puro desde los tiempos de Moisés, no se caracteriza por un temperamento ardiente, sino que la gran mayoría de sus mujeres resultan frías, huelga destacar la importancia de la influencia del alcohol en otras razas de mayor capacidad erótica.

Bloch afirma que desde el punto de vista de la observación y de la experiencia médicas, el alcohol "es el maligno demonio de la vida sexual moderna, porque traidoramente libra sus víctimas a la seducción sexual, a la corrupción, al contagio venéreo y a todas las consecuencias de un comercio sexual no buscado."

El gran tratadista alemán Magnus Hirschfeld dice, que siendo estudiante de medicina, fué durante las vacaciones de Navidad a una reunión en casa de un catedrático de la Facultad de Medicina en Breslau, y que le llamó la atención el que varios médicos de una clínica de mujeres fueran llamados para asistir a partos. Un médico ya anciano que le oyó, exclamó: "¡Ah! Sí. ¡Los niños del cumpleaños del emperador!" Hirschfeld, sorprendido, le rogó le explicara el significado de estas palabras, y supo que por Navidad estaban siempre atestadas las casas de maternidad y asilos para paridas, porque por entonces nacían los hijos concebidos nueve meses antes, el 22 de marzo, día en que cumplía años el emperador Guillermo I, en las fiestas populares que con tal motivo se celebraban en toda Alemania.

Esto mismo sucede en otros países con relación a las fiestas de Carnaval, y en todas las ciudades en que tienen lugar determinadas fiestas tradicionales, como santos patronos, acontecimientos históricos, etc., no deja de reflejarse este "fenómeno" natural en las estadísticas de la natalidad, lo mismo en las casas de maternidad que en los domicilios particulares.

Nicolás Venette, en su célebre *Tratado del amor conyugal,* dedicó algunas páginas al análisis de esta cuestión, siempre sin salirse de su estilo casi evangélico, pero sin que por esa ingenuidad expresiva pueda decirse que sus consideraciones estuviesen desprovistas de un gran valor doctrinario. En aquellos tiempos, si es cierto que los sistemas de investigación no eran tan ricos como los actuales, también hay que admitir que la vida se mostraba menos complicada, menos artificiosa, más sencilla y franca, lo que necesariamente había de reflejarse en el individuo, puesto que todo ello no era otra cosa sino la expresión original del individuo mismo.

Dice que de todas las bebidas naturales y artificiales que existen, apenas nos servimos más que del vino y el agua y algunas veces de la cerveza y la sidra, como menos inofensivos que otros licores que contienen mayor cantidad de alcohol. Reconoce que el vino, al que se puede llamar la *sangre de la tierra,* es el mayor enemigo de la juventud, que se sirve de él como de un veneno. Afirma, en cambio, que el agua es el elemento más bello y necesario de todos, mientras que el vino embota los sentidos, aumenta los dolores de cabeza y fomenta el calor de las entrañas, amén de otros trastornos, como producir la esterilidad en hombres y mujeres y hacer enfermiza la descendencia.

No concede al vino ninguna buena propiedad, a no ser que su empleo se haga con gran moderación, y en cambio atribuye al agua las mejores virtudes que puedan desearse.

Como ya hemos dicho en otra ocasión, las virtudes estimulantes del alcohol injerido en sus diferentes formas, apena si se aprecian en la vida sexual normal y armónica de dos seres que se aman sinceramente. Sólo en raras circunstancias procederá un matrimonio a procurarse esta suerte de estímulos, pero sólo por el deseo de variación, como una prueba o hasta como un auxilio en casos de impotencia momentánea. Después, no tardarán ambos cónyuges en advertir la ineficacia de estos excitantes, ya que sus efectos más útiles sólo se observan en las fronteras de la embriaguez, o sea cuando resulta muy difícil "observar nada". Especialmente cuando no hay costumbre de beber, elegir el alcohol como estimulante sexual no siempre suele producir los efectos que se persiguen, sino todo lo contrario. Por otra parte, tampoco es posible prescribir "dosis" para estos fines, ya que la influencia de las bebidas alcohólicas suele estar muy relacionada con el temperamento de la persona que las emplea, de la costumbre, del estado del estómago y de un porción de circunstancias más.

Ahora bien, cuando el estado apetecido llega a lograrse completamente, esto es, sin llegar a la embriaguez, la excitación producida por la prudente dosis de alcohol en los centros nerviosos correspondientes es suficiente para mantener la tensión erótica durante bastante tiempo, obteniéndose las máximas sensaciones de placer.

En tanto que este sistema no pase de ser un recurso normal de la erótica—y decimos "normal" en el sentido de un empleo prudente—, no tenemos gran inconveniente en admitirlo; pero sucede, frecuentemente, que ello puede dar lugar a determinados excesos se-

xuales bastante más nocivos que los resultados de un abuso de la dosis alcohólica.

Me han referido el caso de un hombre de veintisiete años, de gran temperamento sexual, el cual recurría al vino siempre que se disponía a amar a una mujer, casi siempre una prostituta. En una sola noche lograba obtener hasta ocho y nueve orgasmos, aunque la mitad sin eyaculación, presentándose en los últimos una emisión de mucosidades sanguinolentas que le advertían el límite de tan enormes excesos. Esto podía hacerlo cinco y seis noches seguidas. Las mujeres le soportaban en gracia a su esplendidez, pero siempre quedaban rendidas, aunque sin haber experimentado la menor inquietud sexual.

Una señora confesaba a un ginecólogo eminente que le gustaban mucho los licores, que, desde luego, bebía con moderación, más siempre se excitaba sexualmente, con la particularidad de que en estas condiciones gozaba más intensamente con su marido. La consulta al médico fué en el sentido de que la prescribiese algún medicamento para atenuar esos deseos inmoderados, ya que no quería prescindir del placer de tomar unas copitas de licor después de las comidas, y particularmente por la noche.

Son numerosos los casos conocidos a este respecto. Lo esencial, pues, es saber hasta dónde se puede llegar y de dónde no puede pasarse, ya que los excesos no sólo producen perturbaciones en el individuo, sino que, lo que es peor, se reflejan, por lo general, en los hijos que son concebidos en tales circunstancias. Al efecto, y como demostración de lo dicho, transcribiré un capítulo de mi libro *Las perversiones sexuales en Asia*, en el que el lector encontrará curiosos detalles:

"Durante mis largos viajes por el litoral del Este y Sur de Asia, he tenido ocasión de presenciar los más tristes y dolorosos espectáculos que al investigador curioso brinda la estructura moral de estos pueblos semibárbaros, en cuyas aglomeraciones urbanas, lo más puro, sano y útil de la civilización, encuentra aún, pese a la influencia de Occidente, verdaderas murallas que como barreras infranqueables se oponen a su paso.

Ya he hablado de lo que vi en Fu-Chow, de la perversión sexual de los hombres de Hong-Kong, del imperio potísimo de los más absurdos vicios en todas las ciudades de China, cuya población indígena está constituída por una proporción pavorosa de degenerados de toda especie.

Estos panoramas, francamente, me produjeron siempre más repugnancia física que conmiseración moral. Lo vi más bien con ojos de hombre que con mirada de médico, y de ahí la imposibilidad de mi comprensión benevolente, pues creo que al imperio de las inclinaciones morbosas puede oponerse en la mayoría de los casos cualquier vestigio de voluntad, suficiente para recuperar un equilibrio moral aceptable. No sé si este criterio mío puede admitirse como incuestionable, pero tal es mi sincera opinión, fruto de múltiples observaciones desde todos los puntos de vista.

Pero estos repugnantes horrores que hasta han llegado a convertirse en motivos fructíferos de atracción turística—omito el juicio clínico que tales espectadores me inspiran—, no son nada si los comparamos con lo que tuve ocasión de presenciar con motivo de mi concurrencia a la expedición que realizó a Birmania el doctor Lewis Jellineck, de la Academia de Ciencias Naturales de Nueva Jersey.

Desde Singapoore, preferimos realizar el viaje por mar hasta Rangon, y de allí nos dirigimos a Mandalay, la capital, utilizando el ferrocarril que corre por el fértil valle del río Irawaday, cuyas fuentes constituían el principal motivo de la expedición.

La meta del viaje, siempre en un mal tren, estaba en Kattha, donde permanecimos dos semanas, y por último, en M'Yit-Kyana, cerca de la provincia china de Yunnam.

Esta región del norte birmano, en la que predominan grandes y espesos bosques, no tiene muy notables núcleos de población, pero, en cambio, existen, abundantes pueblecitos pequeños que a lo mejor viven aislados durante años y años, sin que sus moradores experimenten deseos de sociabilidad con sus vecinos.

Mi misión era exclusivamente profesional cerca de los investigadores, hombres perfectamente sanos, que más necesitaban de un buen cocinero que de un médico, por lo que el tiempo me sobraba hasta el límite que quisiese.

Cierta noche, después de una partida de caza, se presentó ante nuestra tienda una muchacha indígena que se puso a hablar en su lengua con uno de nuestros guías. El hombre, por toda respuesta, la amenazó con golpearla si no se marchaba.

—¿Por qué la tratas así?—reprendía al guía.

—Es una loca, señor—respondió.

—¿Una loca?—inquirí, extrañado al advertir los ademanes normales de la joven, que ya se retiraba a prudente distancia.

—Sí, señor; es del pueblo de Ankhordaway, donde no hay más que mujeres locas y hombres borrachos y enfermos.

—¿Está muy lejos ese pueblo?

—No, señor. A media jornada río arriba.

Expuse las noticias que me dió el guía a mis compañeros, los cuales ignoraban lo que en ello hubiera de cierto, que, por otra parte, no les interesaba demasiado.

No obstante, en vista de las insistentes afirmaciones del guía birmano sobre la existencia de "las gentes malditas", como él decía, hice el propósito de visitar el poblado para convencerme por mis propios ojos, pues el caso me interesó muy vivamente.

Acompañado del guía y de los soldados de la escolta, que nos facilitó el gobernador de Mandalay, salí a la mañana siguiente hacia Ankhordaway, efectuando el viaje a caballo. Pronto llegamos ante la empalizada que rodeaba a un villorrio compuesto de dos centenares de casas de barro con cubiertas de lianas y hojas que me parecieron de tabaco. Varios chiquillos completamente desnudos, que nos recibieron sin gran extrañeza, me ofrecieron las primeras pruebas de la anormalidad de los habitantes de Ankhordaway. Los síntomas degenerativos de estos desdichados eran evidentes. Catorce eran, y sólo hubiera podido decir que tres estaban sanos. Los demás, hidrocéfalos, paralíticos locales e idiotas, me brindaron uno de los más penosos momentos que puede proporcionar el dolor ajeno. Indudablemente, era forzoso incluir a estos despojos humanos en la inmensa falange de los heredosifilíticos tan abundantes en Asia.

Me dijeron que los padres solían trabajar en las explotaciones de caucho, donde generalmente se les pagaba con alcohol disfrazado con el nombre de algún licor inglés. También me enteré de que los matrimonios incestuosos eran cosa natural entre estas gentes.

Con estos datos me consideré en posesión de suficientes elementos de juicio para encontrar el origen de tan crueles estigmas, pero aún vi mucho más en las cuarenta y ocho horas que permanecí acampado cerca de los habitantes de Ankhordaway.

La misma noche de nuestra llegada, poco después de la puesta del sol, dió comienzo la prosecución de una fiesta que se había iniciado una semana antes. Los moradores del poblado, niños, jóvenes y ancianos de ambos sexos, marchaban hacia un bosque inmediato, en cuyos claros ardían grandes hogueras. Me dijo el guía que los indígenas celebraban las fiestas de septiembre, idénticas a las de abril, en las que se entregaban por completo al amor.

Inmediatamente pensé en los fenómenos de la periodicidad sexual y en la influencia de los equinoccios sobre la sexualidad de los pueblos primitivos, de que tan inteligentemente habló el célebre doctor Laycock. Yo no dudé nunca de la evidencia del nexo que se advierte entre la existencia humana y la matematicidad de las evoluciones astrales, pero jamás pensé que en mi vida se me ofreciera oportunidad para comprobarlo con mis propias observaciones.

La teoría de muy sabios investigadores sobre la periodicidad de Rut, tan desmentida por otros, era real y firme y aun reglaba la perpetuación de la especie en estos pueblos miserables y antiguos desde Dios sabe cuántos milenios. ¿Pero cómo serían estas fiestas primitivas que tanto acercaban a los humanos a los seres inferiores de la escala zoológica?... No tardé mucho en verlo. Confieso que mi emoción subía de punto, y, sobre todo, al tener como actores a los individuos de un pueblo que tan singularmente mostraban el horror de sus estigmas degenerativos, aunque sólo hubiera de atenerme a las escasas observaciones que hasta entonces había realizado.

Estos birmanos pertenecen a la familia de los *talengs*, de la raza tártaro-thibetana, y sus individuos, milagrosamente sanos, no adolecen de muy completas perfecciones físicas, especialmente las mujeres, de estatura aventajada, formas bellas, senos redondos y enhiestos y cuerpo lleno, que muestran desnudo de pecho para arriba. Ellos son anchos de espaldas y de extremidades finas y musculosas. Los ejemplares de ambos sexos que vi no pasarían de tener veinte años, pues la vejez suele llegarles muy prematuramente, en virtud del género de vida que hacen, bastante desordenada. (Lámina VIII, A y B.)

Por mediación del guía conocí a un anciano *taleng* que hablaba inglés correctamente, por haber permanecido muchos años empleado como capataz en la plantación de caucho propiedad de una empresa británica, y a este hombre debo los curiosísimos datos que traje de mi visita al poblado de Ankhordaway.

Pude asistir a la fiesta, aunque sin hacerme visible, prudente medida que me aconsejó el anciano indígena, que no desconocía los peligros que en tales ocasiones amenazaban la vida de cualquier curioso extranjero que quisiera mezclarse demasiado en la vida de la tribu. Varios grupos danzaban alrededor de las hogueras, profiriendo gritos que se me figuraban obscenos, acompañados de movimientos de indudable expresión sexual.

De cuando en cuando los danzantes bebían grandes sorbos de aguardiente de arroz, muy parecido al *sakké* de los japoneses, y otras

bebidas espirituosas de procedencia europea. Luego reanudaban sus danzas y tornaban a beber. Apreció claramente cómo el alcohol producía sus naturales efectos, pues ni los movimientos eran tan rítmicos como al principio, ni los pasos de los bailarines obedecían al compás de los instrumentos que dictaban unas notas francamente inacordes. Músicos y danzantes estaban en igual punto de embriaguez.

Sonó una especie de timbal que impuso silencio entre los bacantes, y un anciano que debía ser el cacique del poblado, pronunció unas frases que, naturalmente, no pude traducir. A otra señal del instrumento, las mujeres y niñas mayorcitas echaron a correr en distintas direcciones del bosque, y cinco minutos más tarde los hombres salieron en busca de sus compañeras, formando un espantoso guirigay que devolvía aumentado el eco de las montañas próximas.

Lo que sucedía cada vez que un hombre encontraba a una mujer sólo podía ser descrito con fidelidad valiéndose del auxilio de un tomavistas cinematográfico. El y ella, según era de ritual, se empeñaban en una lucha agitada que no debía tener otro objeto que conseguir la máxima excitación sexual. Las escenas eran de una crudeza y animalidad tales, que en algunos momentos dudé que estos seres perteneciesen a la especie humana.

Cuando los contendientes caían en tierra, materialmente rendidos por la enconada lucha, ejecutaban, recíprocamente, toda clase de caricias perversas, pero con el exclusivo objeto, pude advertirlo muy bien, de lograr la máxima excitabilidad del instinto, bien preparado por el uso excesivo de las bebidas alcohólicas. Inmediatamente se entregaban a una cópula furiosa que iba acompañada de golpes, mordiscos y alaridos verdaderamente animales; todo ello era de una espantosa lubricidad que nadie, no viéndolo, pudiera sospechar.

Prosiguió la enorme orgía dando pruebas unos y otras de una resistencia inconcebible, hasta que, materialmente rendidos, cada uno quedaba postrado en el sitio donde cayera. Calculo que el período álgido de la fiesta duró más de una hora. Me sorprendió, sí, que aquellas gentes hubiesen bebido tanto alcohol, pero, por lo visto, no en cantidad bastante capaz de provocar la atonía de los anhelos sexuales, tan característica de la embriaguez extrema.

¿Qué revelaba esto?... Evidentemente, alguna influencia misteriosa regía el instinto de estos individuos, y sólo les permitió libar hasta el límite máximo, pero sin que este placer llegara al mecanismo de las más importantes funciones fisiológicas que suponían la finalidad exclusiva de la erótica fiesta.

¿Pero cuáles serían, forzosamente, las consecuencias lógicas del monstruoso rito?... No es preciso ser un lince para adivinarlo. Según me decía después el viejo indígena, la periodicidad sexual de los *talengs* se observa con un rigor religioso, hasta el punto de que los ayuntamientos carnales efectuados en épocas diferentes a los festivales de abril y septiembre eran severamente castigados. Esto no quire decir que la costumbre no fuese quebrantada, a lo cual hube de atribuir la saludable y excepcional presencia de algunos individuos que no debieron ser engendrados durante la celebración de las fiestas tradicionales, pues de otra forma no hubiera dejado de presentar alguno de los estigmas tan apreciables.

Pero no solo era el alcohol el motivo en que basar la indiscutible degeneración de los birmanos *talengs*, aunque dicho agente posee sobrada influencia para justificarla, pues si no todos los matrimonios eran dipsómanos, la fecundación de las hembras sólo tenía lugar cuando los esposos se hallaban en estado de embriaguez.

Hablé antes de los niños que salieron a nuestro paso, en los que observé ciertas pruebas de tara sifilítica, y no me equivoqué, pese a que el alcohol y el treponema pálido sean tan semejantes en la producción de sus estragos transmisibles por herencia.

Al siguiente día, muy de mañana, pues creo que no llegué a conciliar el sueño en toda la noche, abandoné el lecho preocupado por los terribles espectáculos que acababa de presenciar y que tan fuertemente impresionaron mi ánimo. Los habitantes jóvenes de Ankhordaway aún permanecían en el bosque, seguramente repitiendo a la luz del sol matinal las mismas escenas que yo presencié al resplandor de las hogueras y antorchas. No había en el poblado más que ancianos y niños y algunos jóvenes de ambos sexos visiblemente enfermos. Unos estaban paralíticos; otros presentaban en sus cuerpos repugnantes llagas de toda índole; individuos que paseaban su cretinismo por entre las miserables yacijas del pueblo, de las que trascendían olores fétidos...

Pero lo que más me llamó la atención fué la abundancia de muchachas anormales, que ya empezaban a regresar del bosque, presentando en sus rostros las huellas de la noche anterior. Sus gestos y ademanes acusaban la sintomatología típica de la demencia precoz, la epilepsia y el cretinismo. Una de ellas, epiléptica, se revolcaba en el suelo, presa de un violento acceso, sin que sus convecinos prestasen a la enferma el más leve auxilio ni la menor importancia.

Quise acudir en su auxilio, pero el indígena que me acompañaba me rogó que no lo hiciese si no quería incurrir en el enojo de todos los habitantes del poblado maldito.

—Esa muchacha ya puede ser madre—sentenció el anciano.

—¿Por qué lo dices?

Me aseguró que esos ataques epilépticos significaban el advenimiento del menstruo en las mujeres que los sufrían, de lo que también eran pruebas otras manifestaciones, como la manía destructora, la afición al robo, los impulsos eróticos irrefrenables, la irritabilidad, la tristeza... En los términos de expresión vulgar que empleaba el viejo *taleng* comprendí que todas aquellas desgraciadas eran víctimas de un aspecto de la demencia, manifestada en los aspectos poliformos, tan ciertamente catalogados en los índices de la psicopatía sexual.

¿Cabe un cuadro más horrible? Las locas de Ankhordaway, corroidas por las más diversas taras hereditarias, eran víctimas de lo que Tissuot denominó con el nombre de "epilepsia ovárica". Por lo menos, la desdichada a quien yo intenté auxiliar era un caso incuestionablemente típico. Y estas hijas de hoy serán madres mañana, y sus hijos, los padres de otros hijos concebidos en iguales condiciones que ellas lo fueron.

No cabe duda que la locura existe en sus pobres cerebros en estado latente, hasta que el estado de la pubertad les llega. Entonces el morbo rompe sus barreras y surge potente y arrollador con su valioso prestigio espectacular tan ansiosamente esperado. Ello suele ocurrir entre los diez y los trece años, dándose el caso de que al cumplir los veinticinco años puedan convertirse en abuelas de sus propios hijos y antes en madres de sus hermanos paternos, y así sucesivamente...

Por fortuna—aunque la conformidad parezca cínica o cruel—, la familia de los fanáticos *talengs* vase extinguiendo poco a poco, en lo que se advierte la sabia tutela de la Naturaleza. El cúmulo enorme de las tachas biológicas torna infecundos a los individuos y la mortandad infantil alcanza proporciones fantásticas que las autoridades sanitarias de la colonia nunca intentaron atajar.

Estimo que si la destrucción de estos desdichados no se opera con más rapidez se debe, por una parte, a la prolongada abstención de los placeres sexuales, y, por otra, al régimen de alimentación exclusivamente vegetal que siguen.

¿Existe frialdad sexual en estos hombres? Es muy posible. La

mayor parte de los indígenas de Ankhordaway aptos para el trabajo están empleados en las explotaciones de caucho y transformación del mismo, producto muy rico en sulfuro de carbono, cuyas propiedades anafrodisíacas están científicamente demostradas, y particularmente en lo que se refiere a la función de las glándulas seminales, pues se han visto individuos que presentaban incluso una reducción notable en el volumen de los testículos. Luego la abstención sexual de estos seres, puede decirse que es perfectamente natural, y, por lo tanto, no implica sacrificio alguno. Al contrario, yo diría que el verdadero sacrificio lo realizan en las fiestas semestrales, cuando por un mandato religioso se ven "obligados" a romper la barrera de la continencia genésica al acicate de la excitación alcohólica, estimulante imprescindible, al parecer, para retrotraerse al imperio de los primitivos instintos sensiblementq adormecidos en virtud del género de trabajo más remunerador a que han de someterse.

Dicho trabajo, obediente al natural instinto de conservación, constituye el elemento poderoso para reducir la potencialidad reproductora en los individuos que lo realizan. Pueden conservarse, sí, pero al anularse casi las facultades reproductoras, la deformación fisiológica de la tendencia produce la paulatina extinción de la raza, a lo que hay que sumar las múltiples particularidades anteriormente citadas, con lo que tendremos ante nuestros ojos el más espantoso panorama patológico-sexual que a un clínico pueda ofrecerse.

A pesar de todo, no dejé de reconocer la honda y práctica sabiduría de la religión de este pueblo desdichadísimo. Digo religión y digo mal; más propiamente pudiera aludir a la reforma introducida en el dogma primitivo, reforma que no tendrá más años que la dominación británica, o, mejor dicho, desde la introducción del caucho en Birmania, ya que este árbol fué importado del Brasil.

No tuve tiempo de comprobar suficientemente ambos extremos, aunque el viejo indígena que me facilitó estos informes aseguraba que las referidas costumbres rigieron siempre la vida de su pueblo.

Muy bien pudo suceder que el establecimiento de la periodicidad en las actividades sexuales obedeciese a un misterioso presentimiento del futuro remotísimo, ¿pero quién sería capaz de afirmarlo terminantemente?...

Lo que sí hubiera podido asegurar es que la Naturaleza, tan sabia siempre, impuso la armonía entre la revolución de los astros, la vida de los hombres y la curación de sus males. No quise pensar más

en ello, porque hubiera terminado por sumirme en un caos de reflexiones.

Y salí de Ankhordaway porque una permanencia prolongada ante tantísimos y tan inenarrables horrores hubiera puesto en peligro la integridad de mi cerebro.

APENDICE

Se ha creído siempre, especialmente por los tratadistas antiguos, que los placeres sexuales de los salvajes superaban en intensidad a los obtenidos por las personas civilizadas, fundándose en el hecho de que al exhibirse desnudos carecían de pudor y estaban más sometidos al yugo de todas las excitaciones de la erótica, a cuyos deleites se entregaban con desenfreno.

Estas apreciaciones arbitrarias se hicieron desde que en el siglo XVIII empezaron a ser visitadas las tribus salvajes de las diferentes partes del mundo. Se creyó por los exploradores y viajeros que el pudor, la castidad y la restricción eran las más bellas expresiones del desarrollo moral, y al observar en aquellos seres primitivos la falta de nuestras reglas europeas, no se titubeó en afirmar que los deleites sexuales habían de ser mucho más intensos, más ricos en emociones, ya que el desnudo de las gentes y su completa libertad para practicar la sexualidad "imponían la falta de pudor", sin lo cual esas relaciones no serían tan frecuentes.

La influencia y las doctrinas de los misioneros y exploradores que realizaban sus descubrimientos bajo el signo de la cruz y de la moral sexual de la época, consiguieron imponer entre esos salvajes ciertas reglas de castidad, según el concepto civilizado, tales como el vestido, que si entre los religiosos tenía esa interpretación pudorosa, en los catequizados más bien pudiera atribuirse a la vanidad, al hecho de "usar vestidos y adornos como los que empleaban aquellos hombres blancos que sabían realizar tantos milagros".

Ahora bien, esta energía y sinceridad que presidió siempre en los esfuerzos de los misioneros, sólo tuvo una eficacia reducidísima, puesto que con vestidos y sin ellos, los indígenas se entregaban a las prácticas sexuales que en su ánimo no podían tener una relación íntima con el aspecto externo de los individuos.

Al efecto, un psicólogo de tanta autoridad como Ellis, dice que un nuevo sistema de creencias y prácticas, por muy excelente que pueda ser en sí, no puede nunca poseer la misma fuerza incuestionable y rígida que el sistema en que un individuo y sus antecesores han vivido siempre y de cuya validez nunca han dudado. Que esto es así tenemos ocasión de observarlo en nosotros mismos. Los educadores cristianos niegan la conveniencia de poner a los pueblos jóvenes bajo la influencia del libre pensamiento, porque, aunque no niegan la moralidad de los libres pensadores, creen que esto pueda producir efectos desastrosos, no sólo sobre las creencias, sino también sobre su conducta. Sin embargo, este procedimiento peligroso ha sido aplicado por los misioneros, en gran escala, a las razas que, hasta cierto punto, están más atrasadas que los niños. Cuando consideramos la cantidad de los salvajes no debemos tomar en cuenta aquellos pueblos que han estado en contacto íntimo con los europeos.

Añade Ellis que para comprender las costumbres sexuales de los salvajes en general deben siempre considerarse dos puntos de la mayor importancia: Primero. Los obstáculos que restringen las relaciones sexuales entre los salvajes, especialmente en cuanto al tiempo y sazón, son tan numerosos, y las sanciones con que se sostienen aquellos obstáculos tan severas, que los excesos sexuales no pueden prevalecer con la misma extensión que entre los civilizados. Segundo. Aun en ausencia de tales obstáculos, la dificultad de obtener el eretismo sexual, que tan frecuentemente se ha observado entre los salvajes, cuando no se vence por influencias estimulantes, que prevalecen en tiempo y sazón oportunos y que dependen en gran parte, probablemente, de lo dura que es la condición de su vida, y de la cualidad insensible del tejido nervioso, constituye un factor importante que contribuye a producir una castidad natural. Hay una tercera consideración que, aunque es secundaria desde el presente punto de vista, no carece de importancia en nuestra concepción de la castidad entre los salvajes; la importancia y hasta el carácter sagrado de la procreación está generalmente mucho más reconocida entre los salvajes que en los pueblos civilizados, y también una cierta simbólica significación se atribuye a la procreación en relación con la fertilidad en general, hasta el punto de que una orgía sexual primitiva, en vez de ser una mera manifestación de licencia, puede tener una importancia ritual, como medio mágico de evocar la fertilidad de los campos y de los ganados. En otro caso, no solo puede ser el objeto esa fertilidad de los elementos imprescindibles para la subsistencia, sino

que puede referirse a la vida misma, como se observa en el caso que cito de las gentes malditas de Ankhordaway.

También parece evidente que en la mayoría de los pueblos salvajes los órganos genitales masculinos suelen estar poco desarrollados, y de aquí puede surgir la conclusión de que el impulso sexual está en relación directa con la proporción de esos órganos, hecho que han estudiado, aportando datos curiosísimos, eminentes investigadores.

En apoyo de la tesis de que el instinto sexual en la mayor parte de los pueblos salvajes está menos desarrollado que entre los civilizados, y, además, que la intensidad del deleite es, por lo tanto, menor, Havelock Ellis recoge de distintos investigadores los casos que se citan a continuación:

Entre los andamanes, Portman, que los conoce bien, dice que el deseo sexual es muy moderado; en los varones aparece a los diez y ocho años; pero como "su amor por los deportes es mayor que sus pasiones, éstas no se satisfacen con gran extensión hasta después del matrimonio, que raramente se verifica hasta que el hombre cumple los veintiséis".

Los fuegianos no estiman la castidad, y pierden la virginidad a una edad muy temprana, a pesar de que lo mismo los hombres que las mujeres son extremadamente moderados en sus relaciones sexuales.

Entre los esquimales del otro extremo del continente americano se prescinde de las pasiones sexuales durante las tinieblas del invierno y durante la función menstrual, por lo regular, y la mayoría de los niños nacen nueve meses después de la aparición del sol.

Los indios del Norte de América tienen la costumbre de suspender las relaciones sexuales durante todo el período de la lactancia, y Orbigny observó lo mismo entre las tribus de los indios del Sur de América, aunque la lactancia dura más de tres años. Muchas de las tribus indias se han hecho ahora licenciosas por su contacto con la civilización. En su condición primitiva las costumbres eran totalmente diferentes. El doctor Holder, que conoce muchas tribus del Norte de América, ha tratado detalladamente este asunto. "Varias virtudes —dice—, y entre ellas la castidad, eran practicadas por la raza india antes de la invasión del Este, con más entusiasmo con que las mismas virtudes se practican hoy por la raza blanca... La raza india es menos lasciva que la negra o la blanca... Estoy convencido de que las mujeres de algunas tribus son ahora más amantes de su virtud que las de cualquiera otra comunidad de las que conozco."

En muchas partes de la Polinesia parece que el impulso sexual

estaba sumamente desarrollado antes de la llegada de los europeos; aunque es muy dudoso que la licencia, en el sentido europeo, estuviera muy difundida. Los naturales de las islas Marquesas, que en otro tiempo fueron considerados como muy licenciosos, son citados particularmente por Foley como prueba de su aserto de que el eretismo sexual se logra con dificultad en los pueblos primitivos, excepto durante los períodos sexuales.

El relato detallado de los habitantes de las Marquesas, hecho por Herman Melville hace unos sesenta años, no contiene nada que pueda considerarse como licencioso. J. Stanley Gardiner refiere que en Rotuma, antes de la llegada de los misioneros, eran libres las relaciones sexuales antes del matrimonio; pero la inmoralidad grosera, la prostitución y el adulterio eran desconocidos. Hoy las cosas se hallan en mucho peor estado. Los maorís de Nueva Zelanda, antiguamente, según refiere una persona que vivió entre ellos, eran más castos que los ingleses, y aunque un jefe pudiera prestar su esposa a un amigo, hubiera sido muy difícil que éste pudiera tomarla. El capitán Cook también habla de este pueblo como pudoroso y virtuoso.

Entre los papúes de Nueva Guinea y Estrecho de Torres, aunque las relaciones antes del matrimonio son libres, ni son desenfrenadas ni llevadas al exceso. Hay muchas circunstancias que dificultan las relaciones. Así, los hombres solteros no pueden usarlas durante octubre y noviembre en Estrecho de Torres. Es regla general que no pueden tener lugar las relaciones sexuales mientras un niño esté en lactancia, que dura tres o cuatro años o hasta que pueda hablar y andar.

De los australianos escribió Brougt Smyth: "Entre los aborígenes no se practican relaciones de promiscuidad, y sus leyes sobre esta materia, particularmente entre los de Nueva Gales del Sur, son muy severas. Cuando están acampados todos los hombres solteros se confinan en un extremo del campamento, mientras que los casados, cada uno con su familia, ocupan el centro. No se permiten las conversaciones entre los hombres solteros con los muchachos ni con las mujeres casadas. Las infracciones de estas leyes van acompañadas de castigos: cinco o seis guerreros, desde muy corta distancia, disparan sus lanzas contra el ofensor, que recibe varias heridas algunas veces mortales. Este autor menciona que una mujer negra había matado a un blanco que había intentado violarla. Sin embargo, ambos sexos tienen relaciones ocasionales desde una edad muy temprana. En varias partes de Australia hay numerosas restricciones de las relaciones

sexuales después del matrimonio, que está prohibido no tan solo durante la menstruación, sino durante el último período del embarazo y un mes después del parto, en cuyo plazo, el hombre no procura la satisfacción de los deseos sexuales que experimente, al menos por el comercio normal.

Es una creencia general que las razas negras y etiópicas de Africa son especialmente dadas a los excesos sexuales. Esta creencia no está confirmada por los que han tenido un íntimo trato con esos pueblos. Se debe en parte aquella opinión al temperamento abierto y expansivo del negro, y en parte al carácter extremadamente sensual de muchas de las fiestas y orgías africanas, aunque éstas más bien demuestran la evidencia de la dificultad con que logran el eretismo sexual.

Pudiéramos aducir muchos ejemplos para demostrar el error de quienes opinan que los salvajes son más dados a los placeres del sexo que las gentes civilizadas. Por mi parte, tuve ocasión de registrar un hecho que no dejó de llamarme la atención.

Ocurrió en Dakar. Después de una travesía bastante molesta, por haber perdido el barco la pala de una de las hélices, llegamos con un retraso de siete días sobre la fecha prevista. Cuando desembarcaba la marinería, un negro, que estaba próximo al botalón, me dijo: "Vosotros dáis todo por acostaros con una mujer, pero a los negros eso no nos llama la atención."

Hablaba así porque la marinería comentaba en voz alta sus inquietudes sexuales de la travesía y la satisfacción que estaban dispuestos a darlas. Después pude comprobar que, en efecto, los negros de aquella región practicaban el acto sexual con más indiferencia que pasión.

Comparemos, pues, todas estas consideraciones con las que sugiere la observación de las gentes civilizadas y entonces veremos que no hay un solo marido que respete la lactancia, el embarazo o cualquier estado parecido de su mujer, y que, además, tampoco suele haber muchas mujeres, que estando sanas, dejen de mostrarse complacientes a los requerimientos de sus maridos.

INDICE

Páginas.

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LAS BASES NATURALES DE LA EROTICA

Erótica y civilización.—La influencia de los climas. En las zonas árticas.—Los gitanos yugoeslavos.—Los placeres del sexo y los de la mesa.—Causalidad de la erótica.—Teólogos y médicos.—La misión de éstos.—Un prelado ejemplar.—Las mujeres antiguas frente a la incomprensión de los hombres.—El masoquismo de Santa Teresa.—Los árabes del Sus.—Sexualidad y erótica.—Ambivalencias.—Matrimonios felices.—Diferencias de carácter..... 7

TECNICA DE LA EROTICA

Hombres y animales.—¿El hijo o la erótica?—Un dicho popular.—El hombre acaba y la mujer empieza.—Los hipócritas.—Lo que es normal.—Los refinamientos normales.—Coito normal.—Inconvenientes de los preventivos.—Repetición del acto sexual. Límite de capacidad y recursos de imaginación.—Las necesidades naturales de la mujer.—Cómo satisfacerla plenamente.—Los graves peligros del "coitus interruptus".—Técnica del "coitus reservatus".—La comunidad Oneida.—Cómo se practica en algunos pueblos.—Los japoneses, maestros en el arte erótico.. 19

LOS RECURSOS EXTREMOS

Advertencia inicial.—Nuevos métodos.—Disculpa del psicoanálisis.—Diferenciación de las perversiones.—Lo que nos enseñan los animales.—"Cunnilingus" y "fellatio".—Actitud del español frente a estas modalidades.—Explicación psicológica.—Fetichismo de de los órganos sexuales.—Un medio y no un fin.—El fetichismo de los pies en los chinos.—Entre los españoles.—Sugestión e imitación.—Las prostitutas.—La oposición de la mujer.—Recursos artificiales.—Aparatos excitantes y mutilaciones diversas..... 33

LOS SEXOS ANTE LA EROTICA

Independencia de la sexualidad.—El freno, origen de perversión.—La mujer toma la iniciativa.—Una confesión sincera.—Lo que la mujer desea.—Ellas exi-

Páginas.

gen mayores placeres.—Límite de capacidad erótica. Las insaciables.—El marido viejo y la mujer joven. El "cuarto de hora".—¿Quién logra más placer?—Mujeres célebres.—Lascivia femenina.—La mejor ocasión para el deleite 45

INFLUENCIAS ETI-ESTETICAS

El coito psíquico.—Mujeres excitables.—Tiranía de la belleza.—Nerón y Popea.—El elemento artístico en la sexualidad.—El "momento musical" de Schubert.—Tango argentino y cante flamenco.—La influencia de la música.—Un símbolo pictórico.—Emoción estética antes del orgasmo.—Masoquismo espiritual.—Un caso célebre.—La belleza nerviosa.—El hombre meridional y la mujer moderna.—Ideal de belleza masculina 59

LOS ESTIMULANTES DEL PLACER

Estímulos naturales.—Vestidos y posturas.—Remedios negativos.—Los alimentos.—La patata, como estimulante "mecánico".—Vegetales, especias y mariscos.—Sugestión.—El alcohol, como afrodisíaco.—Sus efectos.—Las fiestas y el aumento de la natalidad.—La medida prudente.—La periodicidad de los "talengs".—Orgías a base de alcohol.—El furor sexual.—Un cuadro espantoso.—La raza que se extingue 71

APENDICE 87

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

A y B: Esquimales.—C: Gitanos yugoeslavos..... 16

LAMINA II

Familia de lapones..... 17

LAMINA III

Mujer árabe del Sus..... 32

LAMINA IV

Negras de Senegambia..... 33

LAMINA V

A: Mujeres de Tonga.—B y C: Muchachas samoanas 48

LAMINA VI

A y B: Hombre y mujer giliakos.—C y D: Negros del Ecuador..... 49

LAMINA VII

Homosexual egipcio..... 64

LAMINA VIII

A y B: Hombre y mujer "talengs"..... 65